

**ALEXANDRA DAVID - NEEL**

**INMORTALIDAD Y  
REENCARNACION**

**Doctrinas y prácticas: China - Tibet - India**

**DEDALO**

ALEXANDRA DAVID - NEEL

INMORTALIDAD  
Y  
REENCARNACION

*DOCTRINAS Y PRÁCTICAS  
CHINA — TIBET — INDIA*

EDITORIAL DEDALO  
BUENOS AIRES

Titulo del original francés  
INMORTALITE ET REINCARNATION

Traducción de  
FLORA SETARO

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723  
© by EDITORIAL DÉDALO — Maza 177 — Buenos Aires

*Impreso en Argentina — Printed in Argentina*

**“Aquello que no es no puede dejar de ser”.**

***Bhagavad Gita***

## PRÓLOGO

*El vocabulario no está a salvo de los caprichos de la moda. Algunas palabras envejecen, dejan de aparecer en el lenguaje escrito y no vuelven a oírse en el lenguaje hablado, caen en el olvido. Otras, por el contrario, alcanzan de la noche a la mañana el favor del público. Los escritores, oradores y políticos las utilizan ampliamente para múltiples propósitos. Entre ellas figura hoy día el término "problema". ¿Debemos presumir que ese vocablo responde a preocupaciones particularmente vividas que nos dominan?*

*Un problema es una cuestión que se trata de resolver aportando una solución. Es, asimismo, un hecho que contraria nuestros deseos y la búsqueda de los medios adecuados para superar ese molesto obstáculo y alcanzar el fin anhelado.*

*Oímos hablar de problemas políticos, económicos, religiosos y muchos otros, pero hay uno que pese a no ser mencionado con frecuencia no deja de ocupar un lugar predominante en nuestras preocupaciones conscientes o subconscientes y que se mantiene, encubierto bajo múltiples apariencias, tanto en la vida colectiva de las sociedades, como en la vida física y psíquica de cada uno de nosotros: el problema de la perennidad.*

*La idea de dejar de existir resulta abominable y terriblemente penosa para todo individuo. Por bajo que sea su lugar en la escala de los seres vivientes, el hombre trata con todas*

...sus fuerzas de perdurar largo tiempo, indefinidamente, eternamente.

El problema de la inmortalidad está íntimamente ligado al problema del Yo.

Evidentemente, la idea que uno se forma de la naturaleza del Yo, la manera de representárselo mentalmente, es lo que dicta las concepciones que se elaboran en cuanto a los modos de duración que se le pueden aplicar.

Preguntemos a un individuo cualquiera: "¿Quieres subsistir después de tu muerte, crees quizá que subsistirás? Pero ¿qué es, en realidad, eso cuya persistencia deseas, qué es eso que, según tú, persistirá después de tu muerte?"

Es probable que nuestro interlocutor encuentre absurdas esas preguntas o que por lo menos gran número de aquellos a quienes se las formulamos tengan la misma opinión. ¿Acaso la respuesta no es muy simple?

"Lo que quiero es perdurar", "Soy yo quien continuará existiendo", responderán los interpelados, de acuerdo con sus respectivas convicciones filosóficas o religiosas.

"¿Perdurar? ¿Quién eres tú? ¿En qué consistes?" Cuando dices, "Soy yo quien aspiro a subsistir, ¿qué es ese Yo?"

Para la mayoría de los occidentales esto no está sujeto a discusión, sea que se atengan a la definición de los catequismos, según la cual "El hombre se compone de un cuerpo mortal y un alma inmortal", o a definiciones análogas que establecen una división bien clara entre espíritu y materia. Se trata del principio inmaterial: el alma subsiste, mientras el cuerpo se desintegra.

No sucede lo mismo con los pueblos imbuidos de nociones diferentes acerca de la constitución de la persona humana.

En todas partes, sin embargo, la realidad impone al hombre la prueba del carácter transitorio de todo cuanto le rodea.

*pero esta penosa comprobación no apacigua su anhelo innato de inmortalidad. Se obstina en él y crea mitos, doctrinas y prácticas que tienden a reconfortarlo, a robustecer la fe en su inmortalidad.*

*Para que las investigaciones sobre el tema sean completas deben abarcar todos los pueblos, pero esto excede la medida de mis posibilidades y el marco de este libro. El lector podrá encontrar informaciones minuciosas en las obras de los eruditos y especialistas en el estudio de diferentes civilizaciones. Por mi parte, me limitaré a abordar los campos que me son familiares: China, el Tibet y la India.*

# Capítulo I



En China encontramos un dogma que constituye, por excelencia, la doctrina de la inmortalidad: el taoísmo.

En nuestros días, el taoísmo no es más que una mezcla de creencias y prácticas tomadas de la antigua religión china y del budismo popular. ¿Cómo era el taoísmo filosófico originario, varios siglos antes de Cristo? <sup>1</sup> Cabe pensar que presentaba numerosos puntos de semejanza con el Vedanta indio.

Sin embargo, no me propongo trazar la historia del taoísmo, sino examinar aquí algunas de las formas en que los adeptos al taoísmo o los chinos que están más o menos vinculados a esta doctrina enfocaron el problema de la supervivencia humana y su solución.

En primer término, veremos cómo concibe el taoísmo el mundo en que surgió el hombre.

El taoísmo no encara un *verdadero* comienzo del universo, un comienzo absoluto.

Nuestro mundo no es más que un modo, una fase de la "Existencia en Sí": el Tao que ninguna palabra puede describir, que ningún pensamiento puede abarcar.<sup>2</sup>

El comienzo de nuestro mundo se sitúa en el caos, de donde todo emerge y adonde todo se reintegra. El caos es

<sup>1</sup> Hacia los siglos XII y IV antes de Jesucristo.

<sup>2</sup> El Tao que puede ser nombrado no es el Tao eterno (Tao te King).

periódico; intervalos de duración inconcebible separan los períodos en que el mundo existe, de aquellos en que se desintegra en el caos.

El caos contiene una energía latente: una "respiración". La expiración, o hálito, crea todo cuanto existe.

Si no se teme emplear esta fraseología singular, podría decirse que el mundo, que emana del caos, fue "insuflado" en el vacío.<sup>3</sup>

Estos hálitos-energías, contenidos en el caos, se pusieron en movimiento y dividiéndose y combinándose pasaron por un estado sutil a otro cada vez más material.

Los más sutiles se elevaron para formar el cielo; los más groseros descendieron configurando la tierra. El hombre está constituido por esos "hálitos" inferiores, los cuales no son inertes: están dotados de su propio tipo de vitalidad. Empero, *aquello* que verdaderamente anima el cuerpo del hombre es un hálito puro (sin mezcla) que emana directamente del Tao.

Al encarnarse, el hálito puro se mezcla con los elementos groseros que constituyen la sustancia material del cuerpo. La

<sup>3</sup> En efecto, un Tao-sse empleó esta expresión hablando conmigo. Compárese la doctrina de la filosofía india vedanta:

"Al apuntar el día todo lo manifestado surge de lo inmanifestado y al llegar la noche todo se absorbe en lo inmanifestado."

"Esta muchedumbre de seres repetidamente producida, se disuelve al llegar la noche, y por divina ordenación surge de nuevo, ¡oh, Pârthala, al apuntar el día."

"Por lo tanto, sobre lo manifestado existe en verdad lo inmanifestado y eterno, que permanece entre la destrucción de todos los seres."

(*Bhagavad Gita*, VIII, 18, 19.)

"Todos los seres, ¡oh Kaunteya!, se absorben en mi inferior naturaleza al término de un *Kalpa* y de Mi emanan otra vez al comenzar un nuevo *Kalpa*."

(*Bhagavad Gita*, X, 7.)

separación de este hálito superior y de los elementos materiales ocasiona la muerte.

Ninguno de los elementos cuyo conjunto da forma a un individuo es intrínsecamente inmortal. El hombre dominado por el anhelo de inmortalidad debe "fabricar" la suya. El taoísmo no concibe la inmortalidad de un principio espiritual separado del cuerpo físico. Por lo tanto, es preciso procurar que el cuerpo se vuelva inmortal a fin de que pueda continuar sirviendo de habitat para el espíritu.

Ésta es una ardua empresa, pero los antiguos tao-sse<sup>4</sup> creían que era posible llevarla a buen término ejercitándose en ella con perseverancia.

Los chinos taoístas, e incluso un gran número de chinos en general, no ponen en duda la existencia de seres inmortales, hombres o mujeres.

Si bien es raro oír hablar en nuestros días de encuentros con Inmortales, hechos de esta índole se mencionan con frecuencia en las obras de los autores antiguos.

En ellas se describen largas peregrinaciones de virtuosos taoístas que van en busca de Inmortales, movidos por el deseo de que éstos los instruyan acerca de las verdades trascendentes.

Los peregrinos no vagan al azar por el mundo. Los Inmortales, al igual que los dioses, no habitan en regiones extraterrestres. Se cree que ciertos lugares en las montañas y algunas islas les sirven de refugio, si no permanente, por lo menos temporario. Es allí donde se dirigen quienes aspiran a encontrarlos, y según los antiguos relatos, a veces salen airoso en la empresa.

<sup>4</sup> En general se conviene en aplicar la denominación de "taoista" a todo sectario de la doctrina taoista y en reservar el nombre de "Tao-sse" para los adeptos iniciados en las enseñanzas profundas del taoísmo y en las prácticas que derivan de él.

Entre las islas presuntamente habitadas por Inmortales se mencionaban por lo común tres, que respondían a los nombres de P'ang-Tai, Fang-Tchang y Ying-Tchéou, y estarían situadas a lo largo del golfo de Pécheli. Al parecer, era fácil llegar a ellas pero, de acuerdo con las crónicas, los visitantes solían ser sorprendidos por terribles tormentas y arrojados al mar cuando intentaban desembarcar.

De las diversas expediciones enviadas durante el reinado de la dinastía Tsinn, ninguna alcanzó su objetivo y sólo los miembros de una de ellas declararon haber entrevisto las islas.

Sin embargo, poseemos otras informaciones provenientes de personas que afirman haber atracado en sus costas, donde fueron recibidas por Inmortales. No obstante, se dice que muchos encuentros con Inmortales se llevan a cabo en el interior del país, en las montañas, o incluso entre las multitudes de las grandes ciudades. Al igual que los duendes, los Inmortales deambulan revistiendo la apariencia de individuos comunes, y sólo aquellos seres dotados de facultades superiores de clarividencia son capaces de reconocerlos.

Entre las innumerables historias que narran la búsqueda del elixir de la inmortalidad podemos citar la del Mago Lou y la del Emperador Tche Houang Ti. Los hechos habrían ocurrido el año 222 antes de Cristo. Existen varias versiones de esta historia, pero sólo examinaremos aquellas que se relacionan con la creencia en la existencia de seres Inmortales.

De los relatos conservados en los anales chinos se infiere que estos Inmortales eran considerados, ora como hombres que lograron hacerse Inmortales, ora como divinidades Inmortales por naturaleza.

El Mago Lou pasaba por ser discípulo del célebre maestro Kão. Éste había muerto varios siglos atrás, pero algunos creían que no había hecho más que desaparecer y, trasfor-

mado en un Inmortal, vivía en algún lugar de las montañas. Los propios emperadores habían enviado repetidas veces a distintos emisarios en su búsqueda.

Kão afirmaba que era posible volverse inmortal despojándose del cuerpo, como lo hacen ciertos insectos que se encierran en su capullo, pero no indicaba el camino para obtener ese resultado. Pero si bien no nos llegaron estas informaciones, es muy probable que el Maestro Kão haya impartido instrucciones en este sentido a sus discípulos más inmediatos. Sea como fuere, el acceso a la inmortalidad suele ser atribuido a la absorción de elixires especiales.

Se citaban casos de hombres sabios o virtuosos que recibieron el elixir como presente de los Inmortales, pero en general se consideraba que la fabricación de ese elixir maravilloso era obra de magos alquimistas.

El Mago Lou dice al Emperador: "Mis enviados y yo nos esforzamos en vano en hallar a los Inmortales que podrían darnos para Vos el elixir de la inmortalidad: al parecer, hay espíritus malignos<sup>5</sup> que tratan de ponernos toda clase de obstáculos.

"Según las reglas de la magia, es preciso que el Emperador permanezca invisible a fin de que los espíritus enemigos no lo perciban y, en consecuencia, no se les ocurra la idea de contrariar sus proyectos".<sup>6</sup>

El Emperador, siguiendo el consejo que le han dado, se encerró en su palacio. Aquí los cronistas chinos se dejan llevar por todas las divagaciones de su imaginación. Para algunos, el Emperador poseía un centenar de palacios que se

<sup>5</sup> Los *Koei* son espíritus malignos. A veces, cuando a la muerte de un individuo sus diferentes almas se separan, algunas de sus almas inferiores se convierten en *Koei*. Véase pág. 20.

<sup>6</sup> Engañar a los espíritus malignos por medio de astucias que nos permiten ocultarnos de su vista es una práctica corriente en el Tibet.

elevaban en medio de vastos parques y a fin de poder ir, sin ser visto, de uno a otro de esos palacios, Tche Houang Ti los había hecho comunicar por medio de galerías subterráneas. Relatos más sobrios nos hablan de un inmenso palacio construido a semejanza de los distintos recintos de los Dioses. Por último, los historiadores de tendencias más racionales nos presentan a Tche Houang Ti como un político avezado que engañaba al pueblo haciéndole creer que se dedicaba a experimentos de alquimia pero, mientras todos lo creían encerrado en su palacio, recorría el país bajo un disfraz, inspeccionando todo cuanto allí pasaba y las actividades de los funcionarios y, provisto de estas informaciones, no vacilaba en liquidar a quienes consideraba dispuestos a contrarrestar eficazmente sus proyectos o a urdir complotes en su contra.

Además de los relatos concernientes a la búsqueda de los Inmortales, las crónicas chinas incluyen otros en los cuales vemos a ciertos adeptos al taoísmo que son honrados con la visita de un Inmortal que entra de improviso en sus hogares.

Por mi parte, conocí a un taoísta erudito, un hombre serio y responsable, a quien su educación había familiarizado con la ciencia moderna, y se mostraba poco propenso a entregarse a fantasías y quimeras. Sin embargo se consideraba un Inmortal, un Maestro espiritual que residía, de cuando en cuando, en los alrededores de Omishan<sup>7</sup> y allí recibía a algunos de sus discípulos.

Cualquiera que haya sido en el pasado el grado de fe en la existencia de seres Inmortales y sea cual fuere la persistencia de esa fe en la época moderna, el caso de los Inmortales se consideró siempre como un hecho excepcional.

<sup>7</sup> Omishan es una de las montañas sagradas de China, situada en la provincia de Szetchouan.

Examinaremos, por lo tanto, las concepciones más corrientes acerca del destino de los difuntos.

Según los taoístas, el hombre contiene, ubicadas en el cuerpo, varias almas, las cuales comprenden tres almas superiores, las *houen*, y siete almas inferiores, las *p'ó*.

Estas almas pueden considerarse como individualidades que gozan de una existencia más o menos independiente y que, aunque compuestas por una sustancia más sutil que los tejidos que integran el cuerpo, no son, sin embargo, inmateliales.

Cuando el hombre muere, las diferentes almas se dispersan, pero sin dejar de existir. Según otras opiniones, es precisamente su dispersión la que ocasiona la muerte.

Las teorías acerca de la suerte que espera a las almas salidas del cuerpo en que se alojaban son muy diversas. No obstante, todas coinciden en adjudicarles un destino muy aciago.

Si bien en principio cada una de las tres almas superiores pueden tener destinos separados, son pocos los detalles que se nos dan a este respecto.

Desde hace siglos los chinos creían, de una manera general y sin hacer distinciones entre las tres *houen*, que las almas de la mayoría de los muertos descendían a la región subterránea de las "Fuentes Amarillas", donde permanecían confinadas. Es una estancia oscura y lúgubre, pero no un infierno.

El sufrimiento que allí padece el alma desencarnada radica en que echa de menos al cuerpo del cual se ha separado. Aunque no está totalmente desprovista de una envoltura algo material, la falta del cuerpo físico le crea una penosa situación. Aspira a experimentar las sensaciones que conoció cuando estaba unida a su cuerpo; siente la necesidad de realizar

los actos que le eran habituales y no puede hacer lo uno ni lo otro, porque le faltan los órganos y los miembros indispensables.

¿Cuánto tiempo subsistía el alma en esta desdichada condición? Los datos no son muy precisos. Lo mismo ocurre con la suerte de las almas inferiores, las *p'o*. Estas se demoraban, vagando alrededor de la tumba bajo la cual yacía el cuerpo que habían ocupado, o bien rondaban por la casa que fue en vida su antigua morada. Amargadas por la desagradable situación en que se hallaban, se creía que eran fácilmente irritables y que antes de desintegrarse podían convertirse en fuerzas malévolas o francamente hostiles hacia los seres vivos.

El alma superior, más consciente, retenida en la región de las Fuentes Amarillas, no podía subsistir allí indefinidamente, separada del cuerpo material. Por lo tanto, se esforzaba por conseguir otro cuerpo para reemplazar al que había perdido y volver a ocupar su lugar entre los vivos. Parientes y amigos se afligían al pensar en su terrible angustia, pero al principio trataban de disuadirla de abandonar este mundo.

En las pequeñas aldeas chinas, donde aún se conservan las viejas costumbres, he visto a campesinos subidos al techo de sus casas, llamando al alma de uno de los deudos cuyo cuerpo yacía en el interior, a la espera del día de los funerales.

Un texto que data del siglo III antes de Cristo, traducido por el gran sinólogo Maspero<sup>8</sup> y titulado *Le Rappel de l'Âme*, expresa en estilo poético los sentimientos y creencias de los chinos acerca de la suerte de las almas descarnadas:

<sup>8</sup> 1846-1916.



“¡Oh, alma, retorna! Habiendo abandonado el cuerpo habitual de tu señor ¿qué haces en las cuatro direcciones?

¡Oh, alma, retorna! ¡No debes detenerte en la región oriental!

El Hombre-largo de diez codos persigue allí a las almas.

Los diez soles se suceden; funden los metales y licúan las rocas;

Ellos, están acostumbrados a este calor, pero el alma que allí vive se funde y licúa.

¡Alma, retorna! ¡No debes fiarte de esta región!

¡Oh, alma, retorna! ¡No debes detenerte en la región meridional!

Las Frentes-tatuadas y los «Dientes-Negros» ofrecen carne humana en sacrificio.

Y hacen caldo con los huesos.

Es la región de las víboras, las serpientes y los pitones de cien leguas.

La hidra macho de nueve cabezas va y viene, rápida y alerta

Y su corazón se regocija al engullir a los hombres

¡Oh, alma, retorna! En la región occidental, el peligro son las arenas movedizas, de mil leguas de longitud.

Si arrastrada por el remolino entras en la fuente del Trueno, serás pulverizada, ¡no te quedes allí!

Si por casualidad escapas, encontrarás afuera un desierto estéril.

Lleno de hormigas rojas grandes como elefantes y avispas negras que parecen calabazas.

Allí no brotan los cinco cereales; sólo crece la hierba y es ése el único alimento.

Esta tierra agosta a los hombres, los cuales buscan agua sin encontrarla

Irás errando de un lado al otro, sin hallar jamás un lugar donde asentarte en esta inmensidad sin fin.

¡Retorna, retorna! ¡Temo que te arrojes tú misma en brazos de la desgracia!

¡Oh, alma, retorna! ¡No debes permanecer en la región septentrional!

El hielo acumulado forma montañas, la nieve cae cubriendo extensiones de mil leguas

¡Retorna, retorna, no debes permanecer allí!

¡Oh, alma, retorna! ¡No subas al cielo! Tigres y panteras guardan las Nueve Puertas; muerden y lastiman a los hombres llegados de la tierra.

Un hombre con nueve cabezas corta allí el árbol de nueve mil ramas

Lobos de ojos penetrantes van y vienen

Lanzan a los hombres por el aire y juegan con ellos, después de lo cual los arrojan a un abismo insondable,

Para obedecer las órdenes del Señor de las Alturas y luego van a dormir.

¡Retorna, retorna! ¡No descendas a la sombría morada!

El Conde Tierra de los nueve repliegues, con sus cuernos afilados,

Los músculos macizos y las garras ensangrentadas, persigue velozmente a los hombres

Tiene tres ojos, cabeza de tigre y un cuerpo enorme como el de un buey

Todos estos monstruos se alimentan de carne humana

¡Retorna, retorna! Temo que te encuentres en un gran peligro."

Después de haberla puesto en guardia contra los peligros que le esperan afuera, el poeta, autor de ese texto, invita al alma a entrar en el templo funerario que le erigió su familia y que le servirá de morada.

Sin embargo, así como cuando habitamos en nuestra casa necesitamos comer para subsistir, el alma que mora en la urna depositada en el templo o en un aposento de la vivienda familiar debe alimentarse por medio de ofrendas que le brindarán sus descendientes. Si éstos las descuidan o la familia se extingue, el alma sufre hambre y sin duda terminará por perecer.

En los cuidados tendientes a prolongar la vida *post mortem* de los antepasados puede entreverse la manifestación del deseo, consciente o inconsciente, del ser humano de asegurar su propia perennidad por medio de los descendientes.

Sea cual fuere la forma en que los chinos conciben la supervivencia de sus deudos, el hábito de "alimentarlos" está tan arraigado en ellos que los misioneros cristianos tuvieron siempre grandes dificultades para lograr que sus conversos renunciaran a esa costumbre, y cabe dudar de que alguna vez lo hayan conseguido en forma completa. Renunciar a alimentar a los progenitores difuntos lastimaría profundamente el sentido de piedad filial. Si lo hicieran, la mayoría de los chinos se sentirían culpables de atentar contra la vida de ultratumba de los seres que los amaron, culpables de un asesinato.

Sea cual fuere la duración de la existencia de que las almas—*houen* o *p'o*<sup>9</sup>— pueden gozar después de su separación del cuerpo, no pueden alcanzar la inmortalidad. Sólo puede

<sup>9</sup> Los *houen* tienen derecho al culto principal, pero accesoriamente se efectúan ofrendas a los *p'o* a fin de conjurar su malignidad capaz de dañar considerablemente a los vivos y a sus bienes.

procurársela su estrecha unión con un cuerpo que ha llegado a ser inmortal.

¿Cómo actuar para asegurar la inmortalidad de ese cuerpo que, como todo lo demuestra, está destinado a la destrucción? Los métodos previstos son múltiples en sus detalles, pero parecen regidos por una concepción casi uniforme acerca de la naturaleza del cuerpo.

Los antiguos autores taoístas más autorizados describen el cuerpo como una ciudad semejante a las ciudades chinas, es decir, rodeada de murallas interrumpidas de trecho en trecho por grandes puertas flanqueadas por torres de guardia.

Esa ciudad —el cuerpo— está ocupada no sólo por las almas a las que nos referimos en las páginas precedentes, sino por diferentes dioses y gentes de su corte, cuyas residencias se hallan a lo largo de calles y avenidas de diferente amplitud, y están dotadas de cruces y plazas. Estas residencias comprenden siempre, según los modelos chinos, patios, pabellones, salas, etcétera. Numeroso personal de funcionarios y servidores monta guardia a las puertas de la ciudad, asegura los servicios administrativos, y atiende a las diversas tareas implícitas en la vida de la urbe.

Bajo el velo de esta extraña topografía, los adeptos iniciados en el taoísmo discernen una descripción anatómica del cuerpo humano y de las distintas actividades que en él se manifiestan y dirigen su funcionamiento.

Los dioses —fuerzas eficientes— que el cuerpo alberga son amigos o bien enemigos. Los primeros tienden a su conservación; los segundos, a su destrucción. El candidato a la inmortalidad debe adquirir un conocimiento perfecto de sus respectivas tendencias, de sus medios de acción y de su grado de poder. Debe discernir claramente, asimismo, la ubicación de la morada de cada uno de ellos en su cuerpo.

Los dioses alojados conforme a esta creencia en las diferentes partes del cuerpo son los mismos que habitarían en lugares terrestres como montañas, lagos, ríos, fuentes, etcétera.

Los historiadores relatan el asombro que esta similitud despertaba antiguamente en los fieles taoístas.

¿Cómo es posible, se preguntaban, que un dios que tiene su palacio en una montaña pueda encontrarse, simultáneamente, en el corazón o el cerebro de un hombre? A fin de explicar este misterio a los ingenuos que formulaban esos interrogantes, se elaboraron teorías relativas al poder de ubicuidad de que gozan los dioses.

Durante esa época, los Maestros espirituales taoístas enseñaban a los círculos muy cerrados de sus discípulos que los habitantes de nuestro cuerpo no son, de ningún modo, seres divinos, sino fuerzas, las mismas que actúan en la roca de la cumbre de la montaña y en el agua del río que se desliza hacia el mar. Una sola ley gobierna al mundo. La Vida que se presenta ante nosotros bajo múltiples formas es *una* en su esencia.

Esta misma doctrina es la que enseñan en nuestros días los raros instructores taoístas que todavía existen.

Los dioses, habitantes del cuerpo, no están fijos en sus respectivas moradas. Circulan a lo largo de ciertos conductos que son los nervios y las venas. Suele suceder que algunos se evaden fuera del cuerpo o son expulsados de allí después de luchar con dioses de temperamento opuesto. Por último, visitantes venidos del exterior se presentan a las puertas de la ciudad, donde son recibidos o detenidos en la entrada por los guardianes que vigilan dichas puertas. Es preciso estar alerta y cuidarse de dejar penetrar a huéspedes malévolos o peligrosos. Ciertos signos, tales como los zumbidos de oreja, los estornudos, etcétera, denuncian la llegada de

extraños que penetran, o tratan de penetrar, en el interior de las murallas. En estos casos, se recomiendan diversas clases de prácticas, recitado de fórmulas mágicas, ingestión de píldoras especiales o, simplemente, de un poco de agua.

Los huéspedes más maléficos del cuerpo son tres, designados con el nombre de los tres cadáveres o los tres gusanos.

Estos huéspedes están instalados en el cuerpo antes de su nacimiento. Quizá fueron incorporados contra su deseo y sin su cooperación por efecto de causas difíciles de conocer.

Todas esas descripciones que los taoístas instruidos consideran simbólicas dieron origen entre los fieles de las clases populares a una serie de prácticas supersticiosas.

Aprisionados dentro del cuerpo, los *gusanos* tienden a escapar. Si lo logran, deambulan en libertad convirtiéndose en fantasmas, en espíritus maléficos. Por consiguiente, no se trata de expulsarlos del cuerpo, sino de destruirlos.

La destrucción de estos comensales indeseables se lleva a cabo por medio de un régimen alimenticio apropiado, que consiste principalmente en abstenerse de ingerir cereales.<sup>10</sup> También se prohíben la carne, el vino, todas las bebidas fuertes, el ajó y la cebolla.

Se cree que los "gusanos" se alimentan especialmente de cereales. Algunos taoístas llegan a afirmar que son engendrados por los cereales.

Este régimen debe prolongarse durante un gran número de años. En nuestros días casi se lo ha abandonado.

Sólo después de haber destruido, con ayuda de estas abstinencias, a los tres gusanos que corroían algunos órganos del cuerpo, se puede abordar el régimen superior que consiste en "alimentarse de aire".

<sup>10</sup> Según los chinos: trigo, cebada, mijo, arroz, guisantes y habas.

“Alimentarse de aire” equivale a asimilar la energía vital que impregna al mundo. De esta manera, se desarrolla la “respiración embrionaria”, análoga a la respiración cósmica, origen y sostén del mundo.

Por efecto de la “respiración embrionaria” se opera gradualmente una transformación de la sustancia material del cuerpo: ésta se vuelve más sutil, más duradera y, finalmente, capaz de resistir a todos los factores de destrucción.

La “respiración embrionaria” se desarrolla mediante ejercicios progresivos para retener el aire aspirado.<sup>11</sup>

Es necesario, ante todo, saber aspirar profundamente:

“Hasta los talones”, dicen los taoístas. Después, el aire inhalado no debe permanecer inmóvil. Es preciso hacerlo circular a través de las diferentes partes del cuerpo, siguiendo un itinerario cuidadosamente señalado que prescribe los tiempos de detención en los principales centros vitales situados respectivamente en el cerebro, el corazón y el bajo vientre.<sup>12</sup> Los tejidos del cuerpo atravesados por esta circulación de aire se impregnan con el fluido viviente que transporta, lo digieren y asimilan. Al mismo tiempo, la fuerza de esta corriente arrastra consigo a los espíritus nocivos, a los dioses enemigos que se habían introducido en aquél. De este modo se forma en el interior del cuerpo un nuevo cuerpo que será indestructible.

Este ejercicio debe ejecutarse bajo la dirección de un Maestro competente. Entregarse a él sin una guía es peligroso. Es necesario empezar a practicarlo en la juventud. Un hombre de más de setenta años no tiene ninguna posibilidad de pro-

<sup>11</sup> Este ejercicio forma parte del entrenamiento yoga. Lo encontramos en todos los países.

<sup>12</sup> Los mismos centros figuran en el yoga indio, donde se denominan *chakra*.

ducir en sí mismo las transformaciones necesarias para que su cuerpo se vuelva inmortal, y el solo hecho de intentarlo podría resultarle fatal. Empero, por medio de este procedimiento podrá acrecentar su longevidad muy por encima de la duración normal de la vida humana.

Los ejercicios de retención del aliento no deben practicarse en cualquier lugar y en cualquier momento.

Los lugares solitarios y elevados, en lo alto de las montañas, lejos de los centros poblados y las horas de la mañana, preferentemente el alba, son las condiciones más favorables.

La inspiración debe hacerse por la nariz, con la boca bien cerrada, mientras que la espiración se hará muy lentamente entre los labios apretados que sólo dejan una pequeña abertura.<sup>13</sup>

El profesor Pen Chen, un erudito taoísta contemporáneo, me comunica la nota siguiente acerca de la expresión técnica taoísta "ingerir el aire".

"Las citas que siguen están tomadas de *Dialogues du Patriarche Hwan Yuan Chi*, quien vivió bajo la dinastía Yuan (1277-1367); no se descarta la posibilidad de que el autor de estos discursos fuera otro Maestro del mismo nombre. De cualquier modo, la obra de la cual se ha extraído el pasaje que citamos a continuación es muy famosa en China y lo sigue siendo en nuestros días entre todos los taoístas, quienes la consideran una verdadera guía para la vida espiritual."

El hálito que se retiene dentro del cuerpo o fuera del mismo, impidiendo la inspiración, es aquel que denominamos "hálito primordial" y no el que constituye la respiración que se efectúa por las fosas nasales. Una pequeña parte de este hálito primordial se llama hálito embrionario en el cuerpo,

<sup>13</sup> Existen otros métodos en el Tibet y la India.



durante la primera etapa de la práctica taoísta. Se lo puede interpretar como el "hálito cósmico",<sup>14</sup> pero los taoístas no distinguen una división en cinco partes como lo hacen los indios. Jamás comprendieron el acto de reducir y retener la respiración en el sentido del *Kumbaka*, etcétera.<sup>15</sup>

El hálito embrionario sólo se descubre en el cuerpo después de la suspensión de la respiración física acompañada por el cese de toda actividad mental.

El hálito primordial recibe también los nombres de "hálito real", "única esencia real" y "hálito primordial natural".

No tiene forma, ni color, ni sonido, ni pensamiento. Está muy lejos y muy cerca.<sup>16</sup> No está adentro, ni afuera. No crece, ni decrece. No es causado por las actividades sátvicas del hombre y, en consecuencia, "existentes", y tampoco por las tendencias tamásicas y, en consecuencia, "inexistentes".<sup>17</sup>

Es la raíz de todas las cosas, anterior a la creación, y sin él nada puede existir.

El despertar del hálito embrionario es el punto de partida de un movimiento denominado "retorno a las raíces" o "retorno a la vida", como lo enseñó Lao Tse. Cuando ese hálito embrionario se mueve, sentimos que una ola de alegría llena todo el cuerpo con sus cuatro miembros y cada una de sus células, y un soplo claro y luminoso sube hasta la parte superior de la cabeza, de suerte que los sentidos también están grandemente iluminados.<sup>18</sup>

Ese hálito se disuelve después en el espíritu, y el taoísta

<sup>14</sup> El Prána cósmico.

<sup>15</sup> Véase el cap. III.

<sup>16</sup> Encontramos aquí el lenguaje de las *Upanishads*.

<sup>17</sup> Las actividades sátvicas están dirigidas hacia el bien. Las tendencias tamásicas se inclinan hacia la inercia, el embotamiento.

<sup>18</sup> Encontramos aquí, una analogía con la subida del *kandalinishaṭṭi* descrita en el Yoga.

comienza su alquimia preparando, dentro de sí mismo, el elixir de la vida, a fin de llegar a ser apto para la inmortalidad.<sup>19</sup>

Cuando se habla de "sustancia" se hace siempre la distinción entre la sustancia física sutil y la sustancia material grosera.

Cuando los taoístas hablan de dos Cielos, dos Tierras y dos dobles Principes es evidente que esas expresiones se refieren a otro estado de conciencia (distinto de nuestro estado habitual).

Los taoístas afirman que ese otro mundo (percibido en dicho estado particular de la conciencia) se diferencia de nuestro mundo y, sin embargo, existe en él, está en relación directa con él y ejerce influencia sobre él. Es difícil descartar por completo una teoría que, si bien es enunciada a menudo en forma imperfecta y grosera, no deja de servir para finalidades prácticas.

Cuando los taoístas hablan de "ingerir el aire" se refieren a uno de sus términos técnicos, cuyo sentido es "servirse de él", "utilizarlo". El sentido ordinario del término es "llevarlo al interior", lo cual origina la ambigüedad de la expresión "ingerir".

"Devenir inmortal" tiene también otro sentido en el taoísmo. Esta expresión no significa necesariamente una prolongada existencia del cuerpo físico, aunque implica y encierra igualmente ese sentido. Pero la principal significación es la de "unirse con el «Príncipe eterno» y, en consecuencia, elevarse por encima de la naturaleza".

El término "inmortalidad" entraña, asimismo, facultades tales como encerrarse, a voluntad, dentro de un cuerpo, ex-

<sup>19</sup> Esto indica que el término alquimia empleado por los taoístas debe entenderse en sentido figurado y que es un error querer, como lo hicieron tantos taoístas, fabricar drogas destinadas a producir la inmortalidad.

pandirse como el propio hálito, o ser capaz de proyectar innumerables emanaciones.

No existen reglas específicas relativas a los momentos convenientes para practicar los ejercicios respiratorios, pero es preciso tomar algunas precauciones.

Si por esos momentos se entienden las doce divisiones del día y de la noche se dan algunas indicaciones. Si se alude a disposiciones íntimas o a condiciones exteriores favorables o desfavorables las indicaciones son otras. Si se trata de los altibajos en el larguísimo curso de la práctica taoísta, o bien de un momento crítico, o de primordial importancia para esa práctica, las cosas son diferentes.

Sea como fuere, ciertas cosas resultarán evidentes —de manera natural y espontánea— para aquel que está espiritualmente calificado para ello y ha llegado a ser capaz de percibir las.

Son numerosas las obras de inspiración taoísta que se ocupan del hálito o espíritu primordial. Entre ellas, extractamos algunos pasajes de la titulada *El Secreto de la Flor de Oro*.<sup>20</sup>

Este libro forma parte de una serie de escritos de carácter esotérico que se consideraba contenían enseñanzas orales, las cuales se transmitían en China del Maestro al discípulo desde la más remota antigüedad.

Se presume que *El Secreto de la Flor de Oro* se publicó en el siglo VIII de nuestra era. El libro se refiere a una energía llamada figurativamente “Flor de Oro” o “Elixir de la Vida”, cuyo nacimiento era necesario provocar a fin de que circulara después en el interior del cuerpo.

Esta enseñanza es atribuida a Lu Yen, quien la habría re-

<sup>20</sup> Consultar acerca del tema del *Secreto de la Flor de Oro* los comentarios del profesor C. G. Yung en *The Secret of the Golden Flower*.

cibido de un discípulo directo de Lao Tse. Numerosas leyendas se tejieron en torno de la personalidad de Lu Yen, en las cuales aparecía como uno de los "Inmortales".

Muchos otros Maestros sostuvieron teorías análogas a las de Lu Yen.

Como todas las obras de esta clase, *El Secreto de la Flor de Oro* está redactada en un lenguaje oscuro. Esta oscuridad puede haber sido buscada deliberadamente por el autor, deseoso de reservar la lectura del libro para un pequeño círculo de estudiantes que ya estén algo familiarizados con las teorías que allí expone. Pero tampoco se descarta que sea casi imposible exponer por medio de palabras esas teorías, que se apoyan en estados de conciencia particulares, a aquellos que no han tenido ya un mínimo de experiencia en ese campo. Los taoístas creen, en general, que el lector necesita casi indispensablemente explicaciones dadas por un Maestro muy versado en esa categoría de doctrinas.

El Maestro Lao Tse dice:

Aquello que existe por sí mismo es llamado Tao. El Tao no tiene nombre, ni forma. Es la esencia única, el espíritu primordial. La Esencia y la Vida no se pueden ver. Están contenidas en la Luz Celeste.

Voy a revelaros el secreto de la Flor de Oro del Gran Uno.

Gran Uno es el nombre dado a aquello por arriba de lo cual no hay nada. La magia de la vida consiste en servirse de la acción para llegar a la no-acción.<sup>21</sup> No hay que descuidar las etapas intermedias y querer penetrar directamente en el secreto.

Los preceptos que nos fueron transmitidos invitan a em-

<sup>21</sup> La doctrina de la no-acción también se enseña en el Tíbet.

prender sin demora nuestro trabajo sobre la esencia, pero al hacerlo debemos cuidarnos de no seguir una mala senda.

La Flor de Oro es la Luz. Nos servimos de este término como de una expresión imaginada para designar el verdadero poder trascendente del *Gran Uno*. Si el hombre alcanza ese *Uno*, vive; si le falta, muere. Pero aun si el hombre vive dentro del poder (el hálito o respiración cósmica) no lo percibe, del mismo modo que los peces no ven el agua aunque vivan dentro de ella. El hombre muere cuando le falta el hálito vital, al igual que los peces mueren cuando están privados del agua. Por esta razón, los Maestros iniciados nos enseñaron a unirnos a lo primordial y a conservar el *Uno*, que es la circulación de la Luz. Al conservar el verdadero poder se puede prolongar la duración de la vida y poner en acción, en consecuencia, el método destinado a crear un cuerpo inmortal.

Por consiguiente, sólo tenéis que hacer circular la Luz; ahí está el más profundo y el más maravilloso de los secretos. Si se permite a la Luz circular durante suficiente tiempo en un círculo, se solidifica y deviene, entonces, el cuerpo espiritual natural. Es el estado del cual se ha dicho en el libro del sello del corazón:

“Silenciosamente, te elevas hacia lo alto.”

Al seguir este método, no tenéis necesidad de ningún otro. Sólo es preciso concentrar vuestros pensamientos en él.

Se ha dicho también:

“Concentrando tus pensamientos, puedes volar y nacer en el Cielo.”

El Cielo no es una inmensa bóveda celeste, sino el lugar donde se crea el cuerpo en el sitio del poder creador. Si se persevera en este método se desarrollará, naturalmente, además del cuerpo material, otro cuerpo espiritual.

La Flor de Oro es el Elixir de la Vida. Toda modificación de la conciencia espiritual depende del corazón.<sup>22</sup> Hay allí un sortilegio secreto que, aunque produzca su efecto de manera precisa, es tan sutil que exige un alto grado de inteligencia y perspicacia, una calma y una concentración perfectas. Quienes están privados de esa inteligencia y ese alto grado de comprensión no logran encontrar el medio de servirse de ese hechizo; quienes no poseen la más perfecta capacidad de concentración espiritual y de serenidad no pueden asirlo.<sup>23</sup>

El Maestro Lao Tse dice:

Si se lo compara con el Cielo y Tierra, el hombre es menos que una mosca, pero comparados con el sentido (significación), con el Tao, el Cielo y la Tierra es menos que una burbuja de agua, menos que una sombra. Sólo el espíritu primordial, la verdadera esencia, trasciende el tiempo y el espacio.

El poder de la simiente, como el Cielo y la Tierra, está sujeto a la muerte, pero el Espíritu primordial está más allá de los dos polos opuestos.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Hay que cuidarse de no dar a los términos "corazón", "flor", "elixir", y otros su sentido literal. Son expresiones simbólicas. El "corazón" es el centro, la base, "el elixir" es una corriente de energía, etcétera. Sin embargo, nuestro texto distingue dos principios coexistentes, uno natural o físico, el otro de esencia sutil o espiritual. En este sentido, coincidimos con la teoría de las dos almas o los dos Yo y, de manera indirecta, con la del cuerpo y su doble sutil.

<sup>23</sup> El comentario dice: "Si un hombre consigue llegar a una calma perfecta, el Corazón Celeste se manifestará por sí mismo. Cuando la sensación se eleva y se expande siguiendo su curso natural, la persona es creada como individuo primordial. Entre el momento de la concepción y el nacimiento, ese individuo habita en el verdadero espacio. Al nacer surge el concepto de individualización; la esencia y la vida están divididas en dos; a continuación, si no se alcanza la calma absoluta, la esencia y la vida no se verán jamás."

<sup>24</sup> Comienzo y fin.

Cuando el estudiante aprende a asir el Espíritu primordial, triunfa sobre los opuestos de la luz y la oscuridad. No se demora más en los tres mundos. Pero sólo aquel que contempló la Esencia en su manifestación originaria es capaz de hacerlo.

Cuando los hombres salen de la matriz, el espíritu primordial reside en el pequeño lugar situado entre los ojos, pero el espíritu consciente mora bajo el corazón. Este corazón depende del mundo exterior.

Si un hombre no ingiere alimentos aunque sea un solo día se sentirá mal. Si oye una cosa terrible, tiembla; si contempla la muerte, se entristece. Pero el Corazón celeste situado en la cabeza no se conmueve. No es bueno que se conmueva.

Cuando los hombres comunes mueren, ese espíritu se pone en movimiento y esto no es bueno. Es preferible que la Luz se haya fortificado en un cuerpo espiritual y que las fuerzas vitales hayan penetrado gradualmente en los instintos y los movimientos. Este es un secreto que no fue revelado desde hace millares de años.

El corazón inferior se pone en movimiento como el poderoso jefe que desprecia al Jefe celeste a causa de su debilidad y que se ha apoderado de la dirección de los asuntos de Estado. Pero cuando el castillo primordial puede ser fortificado y defendido es como si un jefe fuerte y sabio se sentara en el trono.

Los dos ojos que están a la derecha y a la izquierda ponen en circulación la luz, al igual que dos ministros que ayudan al jefe con todas sus fuerzas. Cuando el jefe, que se halla en el centro, impone un orden recto, todos los guerreros batalladores se presentan ante él, sumisos, para ponerse a sus órdenes.

Inmortalidad no es Eternidad.

El Inmortal taoísta puede esperar, a lo sumo, que subsistirá tanto como el mundo. Llegará un tiempo en que ese mundo con sus dioses, con la tierra, los astros, con todo cuanto lo constituye, se desintegrará y será absorbido por el Caos de donde ha salido.<sup>25</sup>

El sueño de inmortalidad del Inmortal llegará a su fin; se desvanecerá como se desvanece el sueño de una noche y ningún soñador quedará para recordarlo.

Con la inmortalidad del cuerpo, el Taoísmo no alcanza su meta. No ha resuelto el problema de la perennidad infinita. La masa de sus adeptos, sin renunciar a las prácticas rituales del Taoísmo —y sobre todo a aquellas que dependen de la magia y la hechicería— se volvió hacia el budismo y las diferentes doctrinas que penetraron después en China.

En la actualidad, la mayoría de los chinos creen en la reencarnación a la manera en que lo hacen los indios,<sup>26</sup> es decir, que un principio inmaterial personal<sup>27</sup> abandona al moribundo. La recompensa o el castigo que a éste le corresponde por sus obras se traduce en la permanencia más o menos larga en lugares extraterrestres agradables o desagradables. El difunto se encarna después en un nuevo cuerpo y vuelve a ocupar un lugar en nuestro mundo.

Sin embargo, mientras el grueso de los taoístas seguía esta senda, una pequeña élite se volvió hacia la doctrina original, o quizá nunca se apartó por completo de ella. Sus miembros no tratan de llegar a ser inmortales; se sienten eternos.

En tanto que los candidatos a alcanzar una inmortalidad

<sup>25</sup> Los indios creen en la disolución, en la desintegración del mundo: el pralâya.

<sup>26</sup> Excepto los confucianos materialistas o agnósticos.

<sup>27</sup> Que asume el rol de un alma.



material se ocupaban de nutrir el cuerpo, ellos pensaban en alimentar el espíritu.

Al régimen dietético material contraponían —sin rechazarlo enteramente y conservándolo por su valor higiénico— la práctica de la meditación contemplativa.

La doctrina fundamental del taoísmo es la *no-acción*. Es la que resurge de las declaraciones del *Tao te king* y de las enseñanzas basadas en esta obra.

El *Tao te king* es el *Libro del Tao* y el *Tao* es, en sentido literal, el Camino, pero según la significación generalmente aceptada por los chinos es el *Ser en Sí*,<sup>28</sup> análogo al Brahman del Vedanta indio.

Esta obra es atribuida a Lao Tse, un personaje que emerge de un espeso velo de leyendas y de quien, en realidad, no sabemos nada, excepto que los antiguos autores chinos mencionan que vivió hacia el siglo VI antes de Cristo.

De acuerdo con una tradición corriente, El Sabio Lao Tse, en quien algunos quieren ver a un Inmortal, al llegar a una edad avanzada resolvió dejar la China para dirigirse al "País del Oeste", es decir, al Tibet. Montado sobre un buey atravesó el territorio del extremo noroeste de la China que es hoy la provincia de Kansou.<sup>29</sup>

Una vez llegado al fuerte que cuidaba la frontera china, el funcionario que allí residía le pidió que antes de abandonar el país<sup>30</sup> dejara un libro que perpetuaría sus enseñanzas y

<sup>28</sup> *L'êtrêté*, "*the beingness*", según la excelente traducción inglesa. No un ser, sino "el estado de ser" por excelencia.

<sup>29</sup> Yo recorrí esta ruta pensando en Lao Tse. Poco importa que haya o no existido materialmente; su leyenda repetida durante siglos y la doctrina que se le atribuye le crearon una personalidad psíquica más vivida, más real que las grotescas personalidades de la mayoría de los hombres. ¿Lao Tse no es realmente inmortal? Creo haberlo visto caminando delante de mí y perdiéndose a lo lejos para penetrar resueltamente en el Tibet, ese país del eterno misterio.

<sup>30</sup> Lao Tse no había escrito nada.

preservaría para beneficio de las futuras generaciones el recuerdo de las verdades que se le habían aparecido en el curso de sus meditaciones.

El Sabio accedió al pedido y se detuvo durante algunos días para escribir el *Tao te king*, después de lo cual prosiguió su camino hacia el Oeste, y nadie volvió a verlo jamás.

Sea cual fuere el hecho histórico oculto bajo esta tradición Lao Tse ha hecho Escuela por medio del *Tao te king*.

No hay seguridad de que Lao Tse haya innovado al predicar la doctrina de la no-acción. Al parecer, los chinos siempre se inclinaron a creer que el juego natural de las cosas determinaba su comportamiento, sin que los rigiera ningún poder existente fuera de ellas. Si el hombre se inmiscuye en ese orden natural, si pretende introducir cambios, o mejoramientos, lo perturbará y el resultado será un desorden funesto.

Una vez admitido esto en lo que se refiere al mundo físico —la sucesión de las estaciones, las mareas, los movimientos de los astros, etcétera— los taoístas extienden el mismo concepto al plano mental. Hay que dejar que el espíritu permanezca en su estado natural, no agitarlo con conflictos de pensamientos, con la elaboración de ideas, etcétera.

En esto consiste la no-acción taoísta.<sup>31</sup> Es menester no dejarse engañar por la expresión “no-actuar” e imaginar que quien lo practica cesa toda actividad material visible y se sume en la inercia. Nada de eso. El individuo se dedica a sus ocupaciones acostumbradas —intelectuales o materiales— que determinan la situación en que se encuentra, pero su actitud espiritual difiere de la del hombre que cree dirigir los acontecimientos que le interesan, o aquellos que afectan al medio en

<sup>31</sup> Encontraremos una analogía bastante estrecha en los budistas que predicán la supresión de los samskâras y en los adeptos ortodoxos del Yoga de Patanjâli.

que se encuentra. Comprende que no dirige el curso de ellos, del mismo modo que los astros no dirigen, conscientemente, sus revoluciones y que las estaciones no regulan su curso. Comprende que participa en la Vida eterna e inconcebible del Tao y que, como la Existencia misma, es un movimiento eterno, sin actuar.

La meditación del taoísta es una no-meditación. No se propone ningún tema de reflexión o de investigación; aparta incluso los pensamientos que surgen en él durante los comienzos de la vida contemplativa. Se contenta con dejar que fluya su vida mental, sin esfuerzos, como fluye la vida de su cuerpo, sin que tenga necesidad de dirigir los latidos de su corazón o cualquiera de las funciones de sus órganos internos.

Más tarde, ningún pensamiento —el pensamiento crea una dualidad: la cosa pensada y el pensador— se elevará en su espíritu, que se ha convertido en algo semejante a un espejo bruñido, a un lago inmóvil, sin orillas que limiten su expansión, sin ninguna brisa que roce la superficie, un lago que refleja un cielo infinito y sin nubes.

Sin embargo el taoísta, como todos los otros místicos, tiende a tener conciencia de la difusión en la Unidad Suprema, y si tiene conciencia de ella, se debe a que no es perfecta. La sensación de arrobamiento que persiste en el éxtasis demuestra su imperfección. Aun cuando toda actividad física ha cesado y el cuerpo se ha vuelto insensible, el sentimiento de dualidad subsiste en el trasfondo del espíritu de aquel que experimenta la voluptuosidad del contacto espiritual con el Tao, el Brahman o Dios. Éstos todavía siguen siendo para él: *Otro*.

La unión integral conduciría a una inconciencia total de sí mismo, y quizás a la muerte.

Ese estado de voluptuosidad que les parece supramaterial es una trampa en la cual cayeron muchos taoístas. Buscaron

ese estado por medio de drogas o de la simple ebriedad producida por el vino, así como en otros países algunos lo hallaron con ayuda del incienso o la música.

Nada es más fácil y más común que engañarse en la búsqueda de la unión espiritual y creer, orgullosamente, que hemos accedido a los planos supranormales cuando nos hundimos en divagaciones y sensaciones que pertenecen a la patología.

“Buscar” la unión con el Tao, con el Todo, con el Uno, denota una completa falta de comprensión. Esa unión no debe ser producida: existe y existió siempre.

“*Cual era tu rostro antes que tu padre y tu madre nacieran*” es un problema (un *koan*) que los Maestros de la Escuela Zen<sup>32</sup> plantean a sus discípulos desde hace siglos. Ese rostro no difería del que tengo hoy. Esto es lo que hay que comprender, lo que hay que *ver*.

No tengo que “volverme inmortal”. El Eterno *és*, a la vez, unidad y diversidad, *yo* y el *otro*: el Tao, suprema inmutabilidad que produce todo, sin actuar.

<sup>32</sup> El *ts'an* —en japonés, Zen— tomó mucho del taoísmo.

# Capítulo II

Las teorías relativas a la supervivencia y los temas afines que encontramos en el Tibet no son totalmente extraños a los occidentales. No faltan, entre nosotros, personas que se sienten inclinadas a creer en la reencarnación, o que incluso creen firmemente en ella, mientras que otras sostienen la existencia de espíritus desencarnados, o de un "doble" sutil de nuestro cuerpo, que no es destruido por la muerte. El Tibet, encrucijada donde se encontraron y mezclaron inmigrantes venidos de los cuatro puntos cardinales e incluso, según algunas leyendas, de regiones extraterrestres, ofrece una extraordinaria diversidad de esas creencias, ya que cada grupo de inmigrantes trajo consigo su contingente de concepciones sobre el tema capital de la perennidad indefinida, universalmente deseada, de la vida individual.

Los tibetanos son considerados budistas. Lo son, en efecto, con grados y modos diversos. Pero, sobre todo, se creen budistas, budistas auténticos, los únicos que lo son en el mundo entero. Firmes en esta convicción, miran con piedad o desprecio a sus correligionarios de otros países asiáticos.<sup>1</sup> Admi-

<sup>1</sup> Los Théravadinos (discípulos de los Ancianos), conocidos en Occidente como los "Adeptos al Pequeño Vehículo" (Hinayāna). En tibetano, *tchéng chung* o *thég men* (thég dmen) Vehículo inferior. El término *thég pa* significa una doctrina religiosa, una regla de conducta que, como un vehículo, conduce a un fin: la salvación espiritual.

ten, sin duda, que deben mucho a los Pandits de la India. Reconocen cada día este hecho ofreciendo simbólicamente, antes de sus comidas, algunas migajas de alimentos a los pandits indios.

“Los pandits de la India se mostraron benévolos con el Tibet”, dice la fórmula recitada antes de la ofrenda.

Es verdad, admiten los tibetanos, que antiguamente, hace mucho tiempo, algunos de nuestros lamas fueron a instruirse acerca de la Doctrina de Buda en los grandes Colegios budistas de la India, de Nalanda y otras partes y que trajeron con ellos y tradujeron a nuestra lengua numerosas obras de los Maestros indios de la Doctrina. Esta Doctrina, introducida en el Tibet, está preservada ahora, mientras que se perdió para los indios.<sup>2</sup>

Apoyándose en esta opinión, los tibetanos atribuyen a su país la exclusividad del título de “Pais de la religión”,<sup>3</sup> que en otro tiempo se daba a la India, patria del Buda.

Los budistas creen unánimemente en la reencarnación, aunque esta doctrina no figura en forma expresa —muy por el contrario— en la Enseñanza primitiva que, según se consideraba, había sido proclamada directamente por el Buda Sidharta Gautama.<sup>4</sup>

Admitida la reencarnación en principio, ¿bajo qué forma la imaginan los tibetanos? De maneras muy distintas, tanto en la teoría como en la práctica.

<sup>2</sup> Es exacto que numerosas obras budistas escritas en sánscrito se perdieron en la India en el curso de las guerras y persecuciones contra los budistas. Anteriormente, fueron traducidas al tibetano y esas traducciones se encuentran en las bibliotecas de los monasterios.

<sup>3</sup> *Tcheu kyí yul* (chos kyí yul).

<sup>4</sup> Volveremos más adelante sobre este tema.

Ante todo, es preciso ponerse de acuerdo sobre un primer punto. ¿Qué es *aquello* que se reencarna?

Según las ideas populares, es el *namshés*.

El término *namshés* es una forma abreviada de *namparshés*.<sup>5</sup> Es el nombre de un príncipe que "conoce", que se da cuenta qué son los objetos con los cuales nuestros sentidos se ponen en contacto, que los diferencia, los clasifica. Se distinguen seis *namparshés*. Cada uno de los cinco sentidos tiene su *namparshés* particular.<sup>6</sup> El sexto *namparshés* está ligado al espíritu.<sup>7</sup> Se considera que es la conciencia de la personalidad, aquel que tiene la idea del "yo".

. Sin embargo, la mayoría de los tibetanos hicieron del *namshés* el equivalente del *jiva* indio, y juega el mismo rol que éste.<sup>8</sup>

Es una entidad espiritual que está ligada al cuerpo material, pero no depende enteramente del mismo, que se separa del cuerpo cuando éste muere y ya no puede ser utilizado por aquélla. El *namshés* emigra entonces para habitar otro cuerpo. "Como cuando uno se quita un vestido usado para ponerse otro." (Bhagavad Gíta.)

<sup>5</sup> *Nam par shés pa* (rnampar shés pa), el "conocedor de todo", en sánscrito, vijāna.

<sup>6</sup> *Mig kyi namparshés* pa, conciencia resultante de la vista o resultante de la vista que se ejerce por medio del ojo (mig). Y así de seguido: conciencia del sonido asociado al oído, etcétera. *Namparshés* pa es uno de los elementos constitutivos de la persona.

<sup>7</sup> *Yid ki*, namparshés pa. Yid: en sánscrito, *manas*. Los tibetanos tienen tres términos para designar al espíritu y éstos no son en absoluto sinónimos. *Yid* es, más particularmente, la facultad intelectual, el poder de percepción, de imaginación. *Lo* (*blo*) es la facultad afectiva, las disposiciones naturales; expresa también los términos sánscritos *buddhi*, *prajñā*. *Séms* encierra una vasta gama de significaciones y representa los términos sánscritos *citta*, *manas* y *satva*. En lenguaje culto estas tres palabras se designan con el vocablo *thugs*.

<sup>8</sup> *Jiva* no debe considerarse equivalente del alma de la cual hablan las religiones occidentales. No fue creado, particularmente, para cada individuo en el momento de su nacimiento.



No obstante, el *namshés* no tiene libertad para elegir a su gusto el nuevo cuerpo donde habrá de residir. Ese cuerpo le es impuesto por el juego automático de causa-efecto: el "juego de la acción". (Karman).

Las causas que determinan la naturaleza de su reencarnación son los actos<sup>9</sup> que llevó a cabo por intermedio del individuo al que estuvo unido en el curso de muchas existencias pasadas.

Ningún poder supremo rige la reencarnación del *jiva-namshés*. Éste es conducido automáticamente al nuevo cuerpo que ha de habitar.

Ese nuevo cuerpo no les es extraño en la misma forma en que el vestido comprado en una tienda es extraño a la persona que tiene que ponérselo. El propio *namshés* es quien, en el curso de su unión con el cuerpo material, ha tejido y confeccionado la vestimenta que se halla preparada para recibirlo.

Este procedimiento de "confección" es continuo. De cuando en cuando el *namshés* da algunos retoques a la obra hecha anteriormente. Modifica el aspecto de la vestimenta, agregándole distintos trozos de tela o recubriéndola con otros adornos que se incorporan a la propia tela y la transforman.

De este modo, la incesante actividad del cuerpo, la palabra y el espíritu<sup>10</sup> forjan el destino del individuo en su existencia, prosiguiendo de reencarnación en reencarnación, mediante la sucesión de muertes y nacimientos.

Sólo los ignorantes hablan de castigos y recompensas. Se-

<sup>9</sup> Obras realizadas por el cuerpo, por la palabra, por el espíritu (pensamientos, voliciones, etcétera).

<sup>10</sup> El espíritu no es un "individuo" distinto del cuerpo que le sirve de compañero. Esto lo diferencia del alma, tal como la conciben los occidentales. El espíritu depende del cuerpo para su existencia. No existe lo "mental" separado de las sensaciones, de las percepciones captadas por los sentidos. Los antiguos Maestros indios ya decían: "El espíritu es alimento" (Chandogya Upanishad).

gún dicen los tibetanos sólo existe la ley inexorable, soberanamente racional, de las causas y los efectos, del "acto y sus frutos".

Muchas fantasías se tejieron acerca del tema de la reencarnación. Algunos imaginan la existencia de un juez de los muertos.<sup>11</sup> Sin embargo, los tibetanos no atribuyeron a este juez la facultad de estimar el valor de los méritos o deméritos de los difuntos que se presentan ante él. El juez carece de facultades para pronunciar sentencias basadas en su apreciación personal. Los actos de los difuntos no le afectan para nada; no experimenta hacia ellos ni benevolencia ni animosidad. Su único rol consiste en anunciarles la suerte que ellos mismos se prepararon.

A veces se documenta consultando un registro, mantenido al día, donde figuran las buenas y malas acciones realizadas por el difunto. Otras, esas acciones están representadas por guijarros blancos y negros colocados en los platillos de una balanza. El resultado de la pesada indica cuál es la sentencia que debe pronunciar.

Otra pintoresca fantasía nos muestra, en la sala del juicio, un vestuario de donde cuelgan pieles de hombres y de animales de distintos géneros.

El *namshés* es revestido, automáticamente, con una de esas pieles que señala su destino. Será cabra, pájaro o caballo; será jorobado, enclenque o hermoso, del sexo masculino o del sexo femenino.

En otra de estas concepciones fantásticas dos caminos conducen a la sala del juicio. Uno de ellos descende hacia los mundos donde reina el sufrimiento, es decir, los diferentes infiernos; el otro, se eleva hacia los diferentes paraísos.

<sup>11</sup> Shindjé, el Yâma de los indios. India, China y las religiones occidentales conocen también la comparecencia de las almas ante un juez.

Pero en todos los casos, ninguna decisión arbitraria rige la suerte de los *namshés*.

Conviene hacer notar que ninguno de los estados, agradables o penosos, hacia los cuales se dirige el *namshés* es definitivo. La nueva vida en la que va a entrar llegará siempre a su fin y será seguida de otra vida que podrá ser muy distinta de la precedente.<sup>12</sup> Se muere en los infiernos como se muere en los paraísos. Se muere en las seis clases de seres.<sup>13</sup> Los tibetanos no admiten la beatitud eterna, ni el horror de un infierno eterno...

Los efectos engendrados por causas que se produjeron en el tiempo (los actos que tuvieron una duración limitada) no pueden tener un alcance infinito y durar eternamente; su eficiencia se desgasta, como se desgastan igualmente los resultados que nuestros actos ocasionaron. Empero, este "desgaste" puede no producirse en el curso de una sola vida. Un resto de efectos no agotados puede trasladarse a otra reencarnación y combinarse allí con los efectos provenientes de la actividad de esa nueva encarnación. Se formularon numerosas teorías sobre este tema.

Entre otras, mencionamos la teoría relativa a las acciones

<sup>12</sup> En general, todos los efectos de los actos realizados en una encarnación no se manifiestan o no se consumen enteramente en la encarnación siguiente. Esos efectos "mantenidos en reserva" pueden combinarse con los efectos provenientes de acciones cumplidas en la encarnación inmediatamente anterior. La ley de causa y efecto no consiste en líneas rectas y simples, sino en combinaciones y entrecruzamientos que, si bien jamás se desvían del principio inicial, producen resultados casi siempre imprevisibles. Observemos, también, que un efecto no es nunca el producto de una única causa, sino de varias causas combinadas. Además, las causas principales sólo actúan asociadas con causas secundarias: ambiente físico y mental, etcétera.

<sup>13</sup> Los dioses, los no-dioses (una especie de titanes), los hombres, los no-hombres (duendes, hadas, etc.), los animales, los habitantes de los mundos del sufrimiento.

que no producen resultados capaces de afectar la naturaleza de la reencarnación siguiente: los actos "estériles". Según esta teoría, se trata de actos que obedecen a causas que correspondían a una encarnación anterior, actos que son "resultados" y no provienen de una voluntad consciente. Estas manifestaciones puramente mecánicas pueden compararse, en cierta medida, con los movimientos reflejos.

Sin embargo, algunos tibetanos no admiten la existencia de esos actos "estériles". Objetan que esta teoría se basa en una concepción moral del *Karman* considerado como agente que retribuye las acciones "buenas" y "malas" realizadas por el individuo, y no en la sola consideración de una sucesión impersonal de actividades, prescindiendo de su valor moral. Toda acción, afirman estos últimos, produce inevitablemente efectos grandes o pequeños, inmediatos o de largo plazo, visibles o imperceptibles para nosotros. *El mundo es movimiento.*

La teoría de los actos "estériles" puede conciliarse con dos concepciones relativas al destino de los difuntos. Ambas corresponden a un nivel poco elevado de la religión tibetana.

Según una de ellas, el hombre que preparó en esta vida las condiciones de su vida futura sufrirá pasivamente en esta nueva encarnación los efectos de sus actos pasados; hasta el agotamiento de la eficacia de esos efectos, sin agregar nada mediante una actividad desplegada en la condición en que estaba situado.

Así, los bienaventurados que renacieron en un paraíso disfrutarán allí de las alegrías propias de sus moradores; los desventurados que por sus actos se prepararon un lugar en cualquiera de los infiernos, o en uno de los mundos inferiores —el de los animales, por ejemplo— soportarán los sufrimientos que esos mundos implican, pero en ese estado no podrán

influir en la naturaleza de la condición que les tocará en suerte en la vida futura.

De acuerdo con la concepción opuesta, la voluntad y los sentimientos permanecen activos —aunque con distintos grados de intensidad— en los habitantes de todos los mundos; esa voluntad y esos sentimientos son capaces de producir efectos no sólo en su vida futura sino también en su vida actual.

Numerosos cuentos y relatos ilustran esta creencia, entre los cuales citaremos uno muy popular en el Tibet.

“Después de los actos abominables que había cometido, un criminal renació bajo forma de caballo y como tal fue enganchado junto con otros dos caballos a un carro muy pesado. El suplicio infligido a esos desdichados consistía en arrastrar el carro a lo largo de un camino terriblemente escarpado para llevarlo a la cumbre de una montaña. A pesar de todos sus esfuerzos, los tres animales juntos no lograban avanzar con el pesado vehículo y los demonios los fustigaban sin piedad. En ese momento, un sentimiento de profunda compasión surgió en el corazón del ex criminal convertido en caballo en uno de los infiernos.

—Suelten a mis compañeros —les dijo a sus verdugos— déjenlos libres, yo arrastraré solo el carro.

—Miserable animal —gritó enfurecido uno de los demonios— los tres juntos no pueden mover el carro, ¿cómo te atreves a querer hacerlo tú solo?

“Y en un acceso de furia, asestó un terrible golpe con el mango de hierro de su látigo sobre el cráneo del caballo compasivo. Éste cayó muerto, e inmediatamente renació en un paraíso.”

Sabemos que para los budistas la compasión es la más excelente de las virtudes y esa virtud, al modificar la mentalidad del ex criminal, lo transportó al plano de existencia que

le correspondía. La buena gente del Tíbet afirma que fue recompensado por su pensamiento caritativo. Otros lo explican diciendo que el ex criminal había transformado su estado mental y es ese estado mental el que nos coloca automáticamente en el medio que corresponde.

Examinaremos ahora un proceso de reencarnación descrito muy detalladamente en las obras tituladas *Bardo thös tol* (*Bardo thos grol*). Existen varias versiones del *Bardo thös tol* las cuales, si bien difieren en sus detalles, son idénticas en lo relativo a sus fines.

*Bardo thös tol* significa "un texto cuya audición libera del Bardo", y el Bardo es el estado intermedio en el que permanece la entidad desencarnada, desde el momento de la muerte hasta la reencarnación.

La obra original en sánscrito que sirvió de base a las diferentes versiones actuales se ha perdido, si es que existió alguna vez, lo cual es probable, pero no absolutamente seguro. Este *Bardo thös tol* forma parte de los tesoros *tér* o *térma* (gter). Se denomina *tér* los escritos que su autor, Padmasambhava,<sup>14</sup> habría escondido bajo tierra u ocultado de alguna

<sup>14</sup> Padmasambhava, oriundo de Udiana, una región que hoy forma parte de Afganistán, era casado. No pertenecía a la orden religiosa budista (el sangha). Era un sabio adepto al tantrismo, famoso por sus poderes mágicos. Durante un tiempo fue profesor de la célebre universidad de Nalanda.

El rey tibetano Tisrong Dé Tsén (Kri strong Dé Tsan) había emprendido la construcción de un gran monasterio en Samye pero no lograba terminarlo porque los demonios locales demolian cada noche los trabajos que los obreros habían hecho el día anterior. Por consejo de Santarakishta, su capellán indio y cuñado de Padmasambhava, el rey lo invitó a venir al Tíbet y a ejercer sus poderes ocultos contra los demonios de Samye. Padmasambhava llegó a tierra tibetana en el año 747 y venció a los demonios que desde entonces, en vez de demoler la obra de los trabajadores, la levantaron ellos mismos con milagrosa rapidez. Fue Padmasambhava quien introdujo el tantrismo en el Tíbet, donde se incorporó al budismo. Padmasambhava significa "nacido en un loto". Según la le-

otra manera en diferentes lugares, porque consideraba que los tibetanos de su época no eran capaces de comprender su sentido y quería reservar su lectura para futuras generaciones, intelectualmente más desarrolladas. De cuando en cuando un lama o un laico se jacta de haber descubierto alguno de esos escritos, pero los *tertöns* (gtér ston, descubridores de Tesoros), numerosos en los siglos pasados, son cada día más raros y las obras que se consideran "recuperadas" forman en las bibliotecas de los grandes monasterios un fondo (una cincuentaena de libros) que no parece admitir ningún agregado.

¿Las teorías expuestas en el *Bardo thös tol* representan concepciones pura y exclusivamente indias? Hay razones para dudarlo.

Los diferentes *Bardo thös tol* ofrecen, en efecto, en más de un punto, similitudes con doctrinas pertenecientes a la antigua religión prebudista del Tibet, el *Bön*, que era un género de taoísmo.

Sin embargo, no se trata aquí de discutir los orígenes de los *Bardo thös tol*, sino de presentar el procedimiento de reencarnación que describen. Poco importa por quién fue concebido; es fruto del pensamiento humano impulsado por el incansable anhelo de perennidad del individuo.

El *Bardo thös tol* pretende enseñar el medio de lograr la salvación budista después de la muerte a aquellos que no la alcanzaron en el curso de su vida en la tierra.

La salvación budista consiste en liberarse de la cadena de muertes y renacimientos sucesivos, esto es, de la "ronda" o, en sánscrito, el *Samsāra*. Esta liberación se produce por el

---

yenda, Padmasambhava apareció milagrosamente en un loto, en medio de un lago. Los tibetanos lo llaman Gurú rimpotché (el Precioso Maestro) o Guru Péma (Maestro loto) o Ugyen Péma (Loto de Ugyen, Ugyen por Udiana).

acceso al reconocimiento, a la iluminación espiritual que disipa el sueño, fértil en sufrimientos, en el que vivimos, prisioneros de las creaciones de nuestra imaginación.

El *Bardo thös tol* se estudia a veces bajo la dirección de un maestro competente y se presume que quienes se entregan a este estudio saben lo que espera después de la muerte y son capaces de orientarse de una manera satisfactoria para ellos.

Para los demás, que constituyen la gran mayoría, el *Bardo thös tol* cumple la función de "guía del viajero" en el más allá.

Más aún: para el común de los tibetanos, el *Bardo thös tol* perdió casi por completo su carácter de "Guía" para el más allá. Los lamas que lo salmodian rara vez comprenden las palabras que pronuncian. Para ellos no es nada más que una sucesión de sílabas rítmicamente tarareadas y casi siempre comparten la opinión de los parientes del difunto, quienes atribuyen a su lectura el mágico poder de transferir el Paraíso occidental de la gran Beatitud (Noub dewa tchen) al *namshé* del moribundo, al lado del cual se lee el libro. El mismo resultado se espera en el caso del individuo que falleció en fecha más o menos reciente.

Se cree que el rito llamado *powa*, el cual se practica solo o asociado con la lectura del *Bardo thös tol*, también es apropiado para efectuar la transmigración del *namshé* al Paraíso occidental.

Todos los tibetanos creen que la muerte es el principio de un arduo viaje, lleno de peligros, que el hombre debe efectuar durante el intervalo que ha de transcurrir hasta su nueva reencarnación en una u otra de las seis categorías de seres que marcarán el fin de su viaje.

Las regiones que el difunto tiene que atravesar están descritas según los paisajes familiares para los tibetanos. Deberá



escalar altas montañas trepando por senderos escarpados, vadear anchurosos ríos de rápidas aguas, cruzar zonas áridas y desérticas, y en todas partes los demonios, así como los bandidos, estarán al acecho. Que no deje, entonces, de encomendarse a Dolma, la Protectora de los viajeros...

Como gente práctica, los tibetanos tienen la caritativa idea de fortificar al moribundo o al difunto, en vista del viaje que debe emprender. A ese efecto se le servirá una comida varias veces por día mientras permanezca en su casa esperando el día de los funerales.

El período que transcurre desde el momento del deceso hasta las exequias fúnebres es siempre prolongado.

Acortarlo parecería una falta de respeto hacia el muerto, ya que podría pensarse que se tiene apuro en desembarazarse de él. Por otra parte, en un país donde las aldeas están tan espaciadas como en el Tibet, conviene dar a los invitados el tiempo necesario para recorrer el largo trayecto que llega a veces a doscientos o trescientos kilómetros, por caminos difíciles y a través de montañas. Cuanto más grande es el número de personas que asisten a los funerales tanto más estimará la familia del difunto que éste fue honrado por los parientes y amigos. El honor de que se le ha hecho objeto recae, naturalmente, sobre toda su parentela.

El cuerpo de las personalidades eminentes, especialmente el de los Grandes Lamas, es embalsamado o momificado rodeándolo de sal. El cuerpo del último Pentchén Lama, muerto en territorio chino cuando se disponía a regresar al Tibet,<sup>15</sup>

<sup>15</sup> El difunto Dalai Lama acusó al Pentchén de simpatizar con los chinos y planteó atraerlo a Lhassa para tomarlo prisionero. Este, temiendo por su vida, había huido a China donde vivía honrado por todos. Permaneció en ese país durante muchos años, pero después de

fue conservado de esa manera. Cada día la sal que se humedece es reemplazada por sal fresca y la sal impregnada con los líquidos que emanan del cadáver es vendida a los devotos, quienes la utilizan como medicamento.

Otro procedimiento de conservación del cuerpo de un Gran Lama consiste en sumergirlo en un baño de manteca hirviendo, después de lo cual se dora la figura de la momia y ésta, una vez vestida, puede permanecer expuesta en una caja de vidrio. Las momias reciben el nombre de *mardong*, que significa "figura en manteca".

La gran mayoría de los difuntos son vestidos con sus más ricas ropas, pero en vez de ponerlas como corresponde, la parte delantera del traje se coloca en la espalda. Ésta sería, al parecer, la manera de hacer comprender al difunto, cosa que no siempre ocurre, que ya no pertenece al mundo de los vivos.

El cadáver está sentado y sujeto en esa posición mediante tiras de género. Una marmita u otro gran recipiente rodeado de colgaduras sirve de asiento al cadáver. El recipiente está lleno de granos que absorben los líquidos provenientes de la putrefacción e impiden que se derramen. Si la exposición del cuerpo debe prolongarse mucho tiempo, el grano mojado es reemplazado por grano fresco.

Como ocurre con la sal, los granos no se desperdician, pero cuando el difunto es un tibetano corriente, se presume que no encierran virtudes especiales. En consecuencia, los parientes se limitan a lavarlos y utilizarlos como alimento para las bestias o para los usos comunes, como cualquier otro cereal.

---

la muerte del Dalai Lama, su perseguidor, se dispuso a regresar a su feudo; la provincia de Tsang, en el Tibet.

Yo estaba en el Tibet y en la frontera china durante esos acontecimientos.

Yongden, mi hijo adoptivo, quien como joven Lama asistió y participó a menudo en los ritos celebrados ante un cadáver durante el largo período que precede a los funerales, me contaba que el olor nauseabundo que emana del difunto es a veces insoportable. Sin embargo, los oficiantes no parecían estar molestos y comían con gran apetito las viandas especiales de los días festivos que se servían a la concurrencia.

El anfitrión, es decir, el difunto, era exhortado a imitarlos y a alimentarse copiosamente mientras aún pudiera hacerlo.

Es en esta atmósfera de superstición en que se lee, en la mayoría de los hogares tibetanos, el *Bardo thös tol*, poema simbólico filosófico escrito por eruditos para eruditos, que hoy día sirve aún como tema de estudio y de meditación para algunos pensadores del alto "País de las nieves".<sup>16</sup>

<sup>16</sup> *Khams gul*: el país de las nieves, es el nombre que los tibetanos dan a su país, hecho bastante singular por cierto ya que salvo en las altas cumbres, casi no nieva en el Tibet.

## EL BARDO THÖS TOL<sup>1</sup>

¿Has recibido la enseñanza de un sabio Maestro iniciado en el misterio del Bardo?

Si es así, recuérdala en tu memoria y que no te distraigan otros pensamientos.

Si el propio Maestro espiritual del moribundo es quien lo asiste, le dice:

Te he transmitido la profunda enseñanza que yo mismo recibí de mi Maestro y, por su intermedio, del antiguo linaje de Gurus<sup>2</sup> iniciados.

Recuérdala en tu memoria y no dejes que te distraigan otros pensamientos.

Conserva firmemente la lucidez de tu espíritu.

Si sufres, no te abstraigas en la sensación de tu sufrimiento:

Si experimentas un sosegado adormecimiento del espíritu,

Si te sientes hundir en una quieta oscuridad, en un apacible olvido,

<sup>1</sup> Reiteramos que Bardo significa "ir entre dos", es decir, entre la muerte y un nuevo renacimiento. La lectura de ese texto al lado del moribundo tiene por fin aclararle lo que le espera después de expirar: el viaje "mental" que debe realizar y las posibilidades de que llegue a liberarse de la ronda de sus renacimientos sucesivos o, a falta de esa liberación, la posibilidad de procurarse un renacimiento feliz. Si no ha podido utilizar esa posibilidad durante el curso de la vida que está por concluir, puede aún encontrarla en el estado donde penetrará después de su muerte.

<sup>2</sup> Guru: maestro y guía espiritual.

No te abandones. Permanece alerta.

Las conciencias<sup>3</sup> conocidas como N (el nombre de aquel a quien se dirige el lama), tienden a dispersarse. Debes retenerlas por la fuerza del *Yid kyi namparshéspa*.

"Tus conciencias se separan de tu cuerpo y van a entrar en el *Bardo*.

Apela a tu energía para verlas franquear el umbral con plena conciencia,

La fulgurante claridad de la Luz incolora y vacía va a aparecer, con rapidez más grande que la del relámpago, y te envolverá

Que el temor no te haga retroceder y perder conciencia. Sumérgete en esa luz.

Rechazando toda creencia en un ego, todo lazo con tu ilusoria personalidad

Disuelve su No-ser en el Ser y libérate."

Son pocos aquellos que no habiendo sido capaces de alcanzar la Liberación en el curso de su vida, lo logran en ese momento tan fugaz que podría decirse que no tiene duración.

Otros pierden el conocimiento, por efecto del terror experimentado como un choque mortal.

En el instante en que el moribundo expira, el lama que lo asiste —si está iniciado en esta práctica y recibió el poder para efectuarla con eficacia— grita tres veces, ¡*Hick!* y después ¡*phet!* una sola vez. Prosigue a continuación o, si fue

<sup>3</sup> Las cinco conciencias ligadas respectivamente a cada uno de los cinco sentidos y la conciencia de lo mental, considerada en el budismo como un sexto sentido cuyo objeto son las ideas: el *Yid kyi namparshéspa*. Ella es también la conciencia que tenemos de ser una personalidad, un "yo" lo cual es considerado como una percepción errónea.

llamado al lado de un muerto,<sup>4</sup> comienza su recitado en estos términos:

“Tú, N (nombre del difunto) te despiertas como de un sueño

Debes saber que abandonaste el cuerpo que has animado

Míralo, yace inerte

No sientas pena

No te sientas ligado a él

No te demores junto a aquellos que fueron tus parientes y tus amigos.

No te obstines en hablarles

Tu voz es insonora; no pueden oírte

No trates de recorrer tus campos, de contemplar los objetos que te pertenecieron

No tienes el poder de moverlos y llevártelos

Los has abandonado

Ellos te han abandonado

No te sientas ligado a ellos

No intentes renovar los vínculos que te unían a ellos

Desligate

Debes saber que viviste un sueño poblado de formas sin consistencia. Puesto que no pudiste asir la Liberación

<sup>4</sup>. A veces el ritual del *Bardo Thös tol* es leído, en ausencia del cadáver, junto a un maniquí revestido con la ropa que perteneció al difunto fallecido hace varios días. El procedimiento es bastante ilógico puesto que, si la conciencia del individuo ha transitado ya en el *Bardo*, nadie puede saber con certeza cuáles fueron los progresos realizados en el viaje y los consejos que se le dan pueden referirse a otro estadio y no a aquel en que realmente se encuentra. Los cuarenta y nueve días que la creencia corriente asigna a la duración del viaje en el *Bardo* son tan simbólicos como los seis días de la Creación. Los lamas instruidos declaran que las peregrinaciones en el *Bardo* se efectúan en un tiempo indefinido, según las condiciones mentales del viajero.

en el momento en que te envolvió la Luz-Realidad, continuarás soñando sueños agradables o penosos. En el curso de ellos se te ofrecerán oportunidades para alcanzar el Conocimiento

Permanece vigilante, permanece alerta

Ahora compréndelo: Cada una de las conciencias que, unidas, formaron tu persona por obra de tus órganos físicos cuya materia va a disolverse, proseguirá su actividad particular hasta que se haya consumido la energía engendrada por los actos pasados que la mantenían activa.

Por efecto de esa actividad pasada de tu cuerpo material y de tu mente aparecen las visiones que te rodean.

Porque por tus ojos te llegó la conciencia de las formas y los colores, ves las formas y los colores

Porque por tus oídos te llegó la conciencia de los sonidos, oyes los sonidos

Porque por tu nariz te llegó la conciencia de los olores, sientes los olores

Porque por tu lengua te llegó la conciencia de los sabores, paladeas los sabores

Porque por tu cuerpo te llegó la conciencia de las sensaciones provenientes del tacto, experimentas las sensaciones del contacto

Porque tu espíritu elaboró ideas derivadas de esas conciencias, se te ocurren ideas

Debes saber que todo eso no son más que alucinaciones

Ninguno de los objetos que se te ofrecen es real

Son productos de las actividades de tus conciencias pasadas

No te espantes

No te aferres a ellos

Contémploslos con indiferencia, sin aversión y sin deseo.

Si los pensamientos y los actos de caridad y paciencia, el esfuerzo por perseguir el Bien, y la tranquilidad de espíritu<sup>5</sup> predominaron en tu vida pasada, si en el momento de tu muerte hiciste votos de compasión por la felicidad de los seres y si tus aspiraciones fueron llevadas hacia los Budas y los Bodhisatvas, deseando aproximarte a ellos y unirte a su acción benéfica, entonces los Budas y Bodhisatvas aparecerán ante ti resplandecientes, en medio de una atmósfera azul claro infinitamente luminosa.

A pesar de su dulzura, su rareza y su potencia penetrante, ellos quizá te aterroricen porque, no obstante tus pensamientos y actos virtuosos, no estás suficientemente asimilado a la sustancia de los Budas y Bodhisatvas

No cedas al terror que puedes experimentar

No te vuelvas

Contempla serenamente la visión que se te ofrece

Calma tus temores

No cedas al deseo

Confíate a Aquel que ilumina<sup>6</sup>

Al inmortal Dordji semspa

Por virtud de su esencia, tu Liberación puede llegar en ese momento

Pero tu actividad mental y material también se manifestó por pensamientos de odio y celos, por actos de mala voluntad, por actos de maldad que causan dolor a

<sup>5</sup> Son tres de las *parâmitâ* o virtudes excelentes.

<sup>6</sup> Vairocana, en tibetano Nampar nang dzé (rnampar snang mdzad) "que hace aparecerlo todo". Una personalidad mística del Panteón mahayanista.



los seres. Alimentaste el deseo de los placeres animales de la lujuria, te entregaste a ellos, te alejaste del Conocimiento, te complaciste en el embotamiento y la ignorancia.

He aquí las formas de las deidades irritadas y de los guardianes de los umbrales

Sus satélites los rodean como una bandada tumultuosa

Tienen formas animales que no existen en el mundo que tú has dejado<sup>7</sup>

Rodeados de rayos de luces multicolores, se yerguen amenazadores ante ti, impidiéndote el paso

Se oyen ruidos extraños que causan espanto

Se elevan clamores

Las voces vociferan: ¡Golpea! ¡Golpea! ¡Mata! ¡Mata!

Es así que tú las oyes, sordo ahora, por efecto de tus actividades estúpidas, a las verdades liberadoras que llegan a ti como un clamor

No cedas al temor que se apodera de ti

Resiste a la confusión que perturba tu espíritu

Nada de lo que ves es una realidad

Contemplas el contenido de tu espíritu lleno de pensamientos contradictorios

No temas en absoluto

A las deidades de formas terroríficas que aparecen ante ti: Shindjé shépdo, Tandrin, Nampar gyalwa, Dut-sikylwa

Ni a los Dakinis de rostros coléricos que llevan el aguijón, el lazo, la cadena y la campanilla<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Estas formas se encuentran en todas las mitologías: Egipto, India y China.

<sup>8</sup> Muestran cuerpos semihumanos, rostros de león, de lobo, de aves de rapaña con picos de buitres.

Dando vueltas en círculo alrededor tuyo

No trates de huir

Sus caras espantosas son el aspecto opuesto a los rostros benignos de los Budas y Bodhisatvas que contemplaste anteriormente

Emanan de tu propio espíritu donde sus dos aspectos coexisten

En ti están las cinco sabidurías<sup>9</sup>

En ti están los cinco venenos<sup>10</sup>

Las claridades brillantes o empañadas que parecen centellear hacia ti para penetrar en tu corazón, en realidad emanan de él

Lo que ves no es más que el reflejo del contenido de tu espíritu

Devuelto por el espejo del Vacío

Si esta comprensión surge en ti, provocando un choque terrible, sentirás desparramarse el cuerpo etéreo<sup>11</sup> que aún arrastras y estarás liberado

Sin embargo, las facultades de que gozas gracias a este cuerpo sutil

Pueden acrecentar tu ilusión

Basta que desees trasladarte a un lugar para que te encuentres inmediatamente allí, aunque sea en los confines del mundo

No utilices ese poder para deambular por los lugares

<sup>9</sup> Las cinco sabidurías: la sabiduría de las obras, la sabiduría que distingue, que clasifica, la sabiduría que unifica, la sabiduría-espejo que refleja el juego de las causas y efectos, la sabiduría de la esfera de los elementos que tiene conciencia de la unidad esencial existente bajo la aparente diversidad.

<sup>10</sup> Los cinco venenos: la codicia, la cólera, la lujuria, el orgullo y la torpeza.

<sup>11</sup> El *dja lus* (hdjah lus) "cuerpo arco iris": cuerpo ilusorio análogo al "doble" o "cuerpo astral" de los ocultistas.

que solías frecuentar y entre los seres hacia los cuales te empuja tu sed de volver a experimentar tus sensaciones pasadas

Si no captaste el sentido de lo que te han enseñado y no lo utilizaste para liberarte

Si te domina siempre el deseo de existir bajo una forma individual

No lograrás cerrar la boca, ampliamente abierta como un abismo, de la ronda universal donde diversas matrices están prontas para atraerte

Corres el peligro de internarte por uno de los caminos iluminados por una luz difusa, que parece agradable y sosegada para la vista que no ha podido soportar el esplendor de las radiantes claridades que brillaron sobre tu ruta

Tus movimientos proceden de la ilusión que conservas por el agregado que constituyó tu *yo* y que se dispersa

Entre los rayos multicolores de la luz que rodea a la zarabanda de deidades ululantes y amenazadoras que se agitan a tu alrededor, hay un rayo blanco, estrecho como un camino que se alarga hacia el infinito

Conduce a la esfera de los dioses; síguelo si puedes. Sin embargo, más valdría que te abstengas si has rechazado el deseo de una existencia individual en la ronda de las existencias

Las estancias felices son irreales, transitorias. Como burbujas en la superficie del océano, surgen en nuestro espíritu en olas de sensaciones que luego se abaten y disipan para volver a surgir en nuevas formaciones inestables, agradables o penosas, que se suceden siguiendo la incesante actividad de energías diversas y contradictorias.

Si tu propensión al Bien te empuja irresistiblemente,

seguirás ese camino de pálidas blancuras y disfrutarás por un tiempo del reposo adonde conduce

Si estás movido por sentimientos de celos, de ambiciones violentas, si tus últimos pensamientos te hicieron entrar en el *Bardo* con un cuerpo sutil impregnado de influencias combativas, sentirás la tentación de seguir por un camino hecho de luz verde

Resiste a ese impulso; el rayo verde conduce al mundo de los *Lha ma yin*,<sup>12</sup> que están perpetuamente en guerra con los *Lha*. Ellos se esfuerzan en vano por escalar el espacio que los separa del mundo de la quietud y la felicidad, pero son vencidos sin cesar, y sin cesar renuevan sus esfuerzos con una fatiga infinita.

Vuélvete si puedes hacerlo

Puedes sentirte atraído por ese rayo color oro pálido que se hunde hasta perderse de vista en las lejanías infinitas. Es el camino que lleva al mundo de los hombres que acabas de dejar. El hombre experimenta allí raras alegrías seguidas de múltiples sufrimientos: enfermedades, pérdida de los bienes, pérdida de los seres más próximos, enfermedades de la vejez, además de las angustias de la muerte que lo arroja en el *Bardo*, esa antecámara de nuevos renacimientos

Invoca los recuerdos de las vicisitudes de tus numerosas existencias y rechaza el deseo de experimentar nuevamente las sensaciones oníricas en el mundo de los humanos

Apártate

<sup>12</sup> Los *Lha-ma-yin* (los no-dioses) son los *Asuras* de la mitología india, especies de titanes. Están perpetuamente en guerra con los dioses, a quienes tratan de echar de sus moradas, para ocupar sus lugares.

Entra en el estado vacío de no-atracción y no-aversión.  
En el estado de perfecta inmovilidad del espíritu.

Cuando éste es como un lago cuya superficie no tiene la menor ondulación, como un espejo perfectamente pulido, la Realidad puede reflejarse en él.

Si tus propensiones a la pesantez del espíritu, a la indiferencia, alimentadas por tus obras, te arrastran hacia un rayo azul grisáceo

Resiste, vuélvete si puedes hacerlo

Ese rayo conduce al mundo desdichado de los animales incapaces de alcanzar el Conocimiento liberador

¡Resiste, resiste, trata de hacer un nuevo esfuerzo!

El sombrío rayo rojo te atrae, pero conduce al espantoso mundo de los *mi-ma-yins*,<sup>13</sup> seres miserables de formas horribles, perpetuamente atormentados por necesidades que la falta de órganos apropiados no les permite satisfacer.

Evoca el recuerdo de los Budas y de su Doctrina, de los Bodhisatvas compasivos, de tu Dios tutelar<sup>14</sup> y de tu sabio *Guru*

Las benéficas influencias de los pensamientos asociados con ellos podrán atenuar las de tus maléficas actividades pasadas y bloquear, para ti, el terrible sendero rojo.

No lejos de éste hay un oscuro sendero color humo; es aquel donde mora el dolor, el sendero de los infiernos, donde la duración de la vida es larga y es raro el caso de una muerte que lleve a una vida mejor<sup>15</sup>

<sup>13</sup> Los *Mi-ma-yins* (los no-hombres) comprenden numerosas categorías. La que describimos aquí es la de los *Yidag*, pero existen otras que no tienen nada de horrible, como los duendes, las hadas, etcétera, unos de carácter malévolos para el hombre, las otras, amables.

<sup>14</sup> El *Yidam* de los tibetanos; el *Ishta dévata* de los hindúes.

<sup>15</sup> La duración de una vida en los infiernos puede ser sumamente

Evoca con todas tus fuerzas al recuerdo de los Budas y Bodhisatvas. Recuerda la irrealidad de las visiones que aparecen ante tus ojos, domina los movimientos de tu espíritu. Concibe pensamientos caritativos hacia todos los seres

Nó te abandones al temor

De ti emanan los diversos rayos-caminos que has contemplado. Sólo existen dentro de ti, junto con los mundos a los cuales conducen

Desecha los sentimientos de simpatía y aversión

Permanece indiferente y calmo

Si, a causa de la influencia del embotamiento mental al cual te abandonaste en la existencia que acabas de dejar, a causa de actos malignos que realizaste incitado por la ignorancia y por tus propensiones malsanas, has permanecido atontado, sordo a lo que acaban de enseñarte, avanzando sin darte cuenta entre las fantasmagorías del *Bardo*, trata ahora de escuchar.

El cuerpo sutil que arrastras en tu camino está impregnado de tus antiguos deseos y tiene una sed ardiente de sensaciones cuyo recuerdo le obsesiona y que la falta de órganos carnales le impide experimentar. El deseo de una reencarnación es para él un tormento insoportable.

Ese deseo que te atenaza sin que tengas conciencia de su naturaleza, lo experimentas como una sed ardiente mientras caminas, fatigado, a través de un desierto de arenas quemantes.

En tu camino percibes un chörten<sup>16</sup> o varios de ellos

---

larga, pero siempre tiene un fin seguido de un renacimiento. Ningún estado es eterno en el budismo.

<sup>16</sup> Monumento religioso que se encuentra en todos los lugares del Tibet.

en grupo, o bien divisas un puente cubierto<sup>17</sup> y esperas descansar a su sombra, pero surgen seres monstruosos. Algunos tienen cabezas de animales con cuerpos humanos, otros son gigantescos pájaros con alas provistas de garras. Lanzan aullidos y gritos estridentes. Agitan enormes látigos; un huracán te apresará en sus remolinos, te lanza hacia adelante, mientras la furiosa tropa de seres demoníacos te persigue

A lo largo de tu camino puedes ver templos y palacios contruidos con oro y plata y adornados de piedras preciosas, bañados por una suave claridad blancuzca. Entra allí si puedes. Esos palacios y templos son las matrices simbólicas y el umbral para pasar al mundo de los dioses, donde el nacimiento es puro y milagroso<sup>18</sup> y se nace en el centro de un botón de loto que hace eclosión.

Si estás obligado a seguir tu camino empujado por la fuerza de tus actividades pasadas, encontrarás un agradable bosquecillo cubierto de verdor. Frutos apetitosos cuelgan de los árboles y querrás coger algunos para calmar tu sed.

Cuidate de hacerlo. Lo que parece un bosquecillo, es la matriz que te hará renacer en el convulsionado mundo de los guerreros *Lha-ma-yin*.<sup>19</sup>

Atravesarás también extensiones cubiertas de matorrales secos y espinosos. Apártate, son las matrices de seres miserables, eternamente hambrientos<sup>20</sup>

Verás grutas y cavernas, unas cuyo aspecto agradable

<sup>17</sup> Semejante a los puentes chinos cubiertos por un techo, como existen también en el Tibet.

<sup>18</sup> Se surge allí milagrosamente formado por completo, sin pasar por la infancia y se nace sin mediación de los padres y de la unión de los sexos.

<sup>19</sup> Véase la nota precedente n° 12.

<sup>20</sup> Los *Yidag*, véase la nota 13.

y acogedor ofrece sosegado abrigo; otras, polvorientas y sombrías.

Guárdate de aventurarte en alguna de ellas. Las primeras son las matrices del mundo animal. Por ellas se renace caballo, perro, búfalo, lobo, oso, pájaro, pez o alguna otra forma bestial. Las segundas son las matrices por las cuales se nace entre los seres atormentados en los mundos infernales, de los cuales sólo se sale después de una larga estada

Cuídate de entrar allí

Verás un lago o un río y en sus orillas campos fértiles y soleados. Querrás sentarte junto a las márgenes cubiertas de hierba y apagar tu sed en el agua cristalina que reverbera ante ti. Este paisaje encantador es la matriz por la cual se nace en el mundo de los hombres.

Ten cuidado. Reprime tu deseo

No te detengas

Pero la memoria de las sensaciones carnales a las que te abandonaste en el curso de la vida que has dejado te agujonea en ese cuerpo de materia sutil que ahora arrastras contigo

Ante ti, alrededor de ti, hombres y animales se acoplan y tú los envidias, esos seres te atraen

Si el efecto de tus propensiones te destina a nacer macho sentirás una intensa aversión por los machos que desfilan ante tu vista. Si el efecto de tus propensiones te destina a nacer hembra, sentirás una intensa aversión por las hembras que desfilan ante tu vista

No te acerques a las parejas que ves en tu camino, no trates de introducirte entre ellas, de ocupar el lugar de uno de los dos, sea el del macho sea el de la hembra, humanos o animales



Te desvanecerás en la sensación que experimentas y serás concebido como un ser humano o algún otro perteneciente a una de las distintas especies animales

Si te has apartado, llegarás al término de tu largo sueño en el *Bardo*

Estarás ante Shin Djé, Señor de los muertos.

En vano tratarás de mentir,<sup>21</sup> de disimular las malas acciones que cometiste. En el resplandeciente espejo que sostiene el Juez Supremo, aparecen las formas de todas tus actividades físicas y mentales

A pesar de eso, escúchame

Debes saber que, sean cuales fueren las formas que puedas contemplar en el *Bardo*, no son más que imágenes oníricas irreales elaboradas por ti mismo y cuando las proyectas, sin reconocerlas como creaciones tuyas, te asustan

El espejo en el cual crees que Shindjé está leyendo es tu memoria, que te recuerda la cadena de tus acciones pasadas y las juzga según las concepciones que tú has formado.<sup>22</sup>

Eres tú quien, por las propensiones que están en ti, pronunciarás tu propia sentencia, y te asignarás tal o cual renacimiento

Ningún Dios terrible te empujará hacia allí

Irás por ti mismo

Las formas de esos seres espantosos que ves apoderarse de ti y que te empujan hacia tu nuevo nacimiento

<sup>21</sup> Una característica que difiere de lo que nos dicen en el Libro de los Muertos de los egipcios donde, por medio del conocimiento de procedimientos mágicos, el difunto puede engañar al Juez de los Muertos y ocultarle las faltas que cometió durante su vida.

<sup>22</sup> Es decir, según tus nociones, tus opiniones acerca del bien y del mal.

son aquellas con las que tú mismo te revistes, las fuerzas de tendencias que están en ti.

Debes saberlo

Fuera de tus alucinaciones, no existen dioses ni demonios, ni el vencedor de la Muerte<sup>23</sup>

Compréndelo y te habrás liberado.

La lectura atenta del *Bardo Thös tol* no dejará de suscitar en el lector múltiples reflexiones inspiradas por los diversos episodios del singular viaje que el autor de la obra hace efectuar al difunto desencarnado.

Aquellos que consideran, por ejemplo, que la suma de las causas engendradas por la actividad de un individuo (su karma)<sup>24</sup> llega a su término con la muerte de ese individuo y que sólo le resta sufrir los efectos provenientes de dichas causas, se asombrarán al ver que el desencarnado posee una voluntad que le permite decidir su destino futuro sin tener en cuenta, aparentemente, su *karma*. Se sorprenderán también al comprobar que las mismas oportunidades de alcanzar, sea la "Liberación" de las reencarnaciones —el *nirvâna*— sea reencarnaciones felices, se repiten varias veces en el curso del viaje en el *Bardo*.

Los iniciados en el rito del *Bardo* afirman que esas repeticiones no son inútiles y ofrecen diversas explicaciones cuya sustancia trataré de condensar.

En primer término, es preciso tener presente la advertencia

<sup>23</sup> Yamantâka; en tibetano, Djampal Shindjé gshév.

<sup>24</sup> Karma (acción) es un término bastante impropio para designar la "suerte" asignada a un individuo. Sin embargo, lo empleo porque probablemente resulta familiar, en este sentido, para muchos de mis lectores que sin embargo comprenderán perfectamente que es el propio individuo quien labra, por sus obras (karma) su propio destino. Los tibetanos se sirven también del término sânscrito: *karma*, pero suelen utilizar con más frecuencia la expresión *nieun ky lés* (acciones pasadas).

que se da continuamente a los oyentes del texto: el viaje descrito en el *Bardo* no es un viaje real, efectuado a través de lugares reales. Ese viaje traduce, en imágenes, las concepciones registradas en la mente del difunto. A éste no se le proporciona ningún alimento nuevo,<sup>25</sup> de modo que "rumia" simplemente las viandas de todas clases que ingirió anteriormente.

En una ocasión, pregunté a un lama que en la frontera chino-tibetana había tenido contactos con misioneros cristianos.

—¿Los cristianos que siguen la religión de Issou (Jesús) irán al *Bardo*?

—Ciertamente.

—Pero ellos no creen en los dioses lamaicos, ni en las reencarnaciones, ni en nada de lo que describe el *Bardo thös tol*.

—Irán al *Bardo*; pero allí verán a Jesús, el paraíso, el infierno, los ángeles, demonios, etcétera. Volverán a examinar, en su espíritu, todas las cosas que les enseñaron y en las que creyeron. Ellas harán surgir visiones que los aterrarán: el juicio, los tormentos del infierno. Las imágenes que poblarán el sueño de su viaje y sus peripecias imaginarias difieren de las que conocerá un tibetano, pero se tratará del mismo hecho. Las "memorias"<sup>26</sup> almacenadas durante la vida del individuo tomarán forma y se presentarán ante él bajo el aspecto de cuadros animados, al igual que el tibetano, el cristiano, o cualquier otro individuo desencarnado, tenderá a tomar por acontecimientos reales los episodios que sólo acontecen en su espíritu.

Las repeticiones que se encuentran en el texto señalan que

<sup>25</sup> Esta opinión es discutida. Algunos creen que las visiones percibidas, las sensaciones experimentadas en el *Bardo* por el desencarnado proporcionan un nuevo alimento para las facultades mentales debilitadas que aún posee y constituyen para él la base de nuevas causas más o menos eficientes, de las que derivan nuevos efectos.

<sup>26</sup> Los *vásanas* de la filosofía india.

en la memoria del difunto los recuerdos, los pensamientos que lo obsesionan, dan nacimiento a distintas alucinaciones. En suma, el viajero es un individuo obsesionado que da vueltas una y otra vez en su espíritu y un limitado stock de impresiones.

Ésta es por lo menos una de las explicaciones que me brindaron.

En cuanto a la elección que el viajero parece estar en libertad de hacer, independientemente de la ley del *karma*, debemos advertir las numerosas restricciones que acompañan a las reiteradas exhortaciones del guía, que se expresa por intermedio del texto del *Bardo thös tol*.

Señalamos, entre otras: "Apártate, si puedes hacerlo", o bien "Si tus propensiones no te empujan"... , etcétera.

Vemos, por consiguiente, que el viajero desencarnado está sometido, al igual que nosotros, a las influencias de las sustancias materiales y mentales que componen su individuo momentáneo. Como nosotros, está regido por diversas tendencias y hábitos que determinan su comportamiento.

Sin embargo, las enseñanzas enunciadas en el *Bardo thös tol* señalan claramente que ese comportamiento no está sometido a un rígido fatalismo. Ciertas trasposiciones o combinaciones pueden operarse en el grupo de elementos que componen el viajero y dar la mayoría a aquellos elementos que optarán por una decisión favorable para él.

Esta opción se hará, como se hacen las nuestras, bajo el influjo de la composición momentánea de nuestra persona. Se podrán vaticinar algunas probabilidades, pero jamás una certidumbre absoluta.

Otro punto mencionado en el *Bardo thös tol* llama nuestra atención.

En el texto se dice al moribundo:

“Cada una de tus «conciencias»<sup>27</sup> que reunidas formaron tu persona, por efecto de los órganos físicos cuya materia va a disolverse, proseguirá su actividad particular.”

¿El *Bardo thös tol* pretende aquí atribuir una perennidad distinta a cada una de las “conciencias”<sup>28</sup> que van a separarse? ¿Entiende de esa manera que cada una de esas “conciencias” se reencarnará en un individuo cuyos órganos físicos le servirán nuevamente de sostén? ¿Equivaldría esto a considerar esas “conciencias” como “individualidades” que habrían habitado temporariamente el cuerpo del difunto y que, al quedar sin morada, irían, de una manera u otra, a continuar su existencia en otra parte? El budismo no puede sustentar esa idea. No existe ninguna “conciencia” de las formas y los colores sin el contacto del ojo con las formas y los colores. Lo mismo sucede con cada una de las conciencias ligadas, respectivamente, a cada uno de los sentidos. Lo que denominamos “conciencia”, dicen los lamas instruidos, es una operación mental. No es sin duda una persona.

Empero, los tibetanos conservan la idea de las reencarnaciones múltiples de una misma personalidad, idea que vemos expresada, especialmente, por las tres reencarnaciones simultáneas de la conocida división: espíritu-verbo-forma material.<sup>29</sup>

<sup>27</sup> Véanse las notas precedentes.

<sup>28</sup> “Conciencia”, en tibetano *namparshéspa* (rnampa shéspa), significa “conocimiento”, es decir, el acto de darse cuenta de lo que es la sensación que se experimenta por medio del contacto que nos procura alguno de nuestros sentidos. Sin embargo, para la mayoría de los tibetanos, el término abreviado *namshés* significa casi exactamente lo que significa el *jiva* de los indios, una entidad que trasmigra. El *namshés* es quien, según la creencia popular, viaja en el *Bardo*, es “a él” a quien le atribuyen las conciencias, es “él” quien, según veremos, arrastra consigo en su viaje a un “doble” etéreo que se le unió en su encarnación terrenal. El término *namshés* tiene en el Tibet múltiples sentidos, a veces contradictorios.

<sup>29</sup> Se utilizan constantemente en el Tibet para designar el triple aspecto de la persona: espíritu, verbo, forma física (sems, ngag, lus).

Se dice, por ejemplo, que el "espíritu" de un lama difunto está representado por el *tulkou*, mientras que otros dos lamas encarnan, respectivamente, su "verbo" y su "cuerpo". Las dos encarnaciones —verbo y cuerpo— son poco conocidas y en todos los casos, la única que cuenta es la reencarnación del "espíritu", la única que es considerada prácticamente como el difunto lama que retorna entre nosotros y toma posesión del sitio, el título y los bienes de su antecesor. En otras palabras, "retoma" la posesión de lo que le perteneció.

¿Qué acontece, pues, con las "conciencias" que se separan? No acontece otra cosa, dicen los lamas competentes, que lo que sucede a cada instante. La energía de diversa naturaleza engendrada por nuestra actividad mental se mezcla con el flujo de energía engendrada por todas las otras actividades que se desarrollan en el universo y se derrama en ese receptáculo de las conciencias: el Alāya Viñāna del budismo mahāyānista, de donde saldrán de nuevo, como "memorias o recuerdos", propensiones que suscitarán nuevas corrientes de fuerzas, nuevas actividades.

Así gira la "ronda": el *samsāra*.

Sin embargo, se dice que algunos moribundos se esfuerzan por oponerse a la dispersión de las "conciencias" y que a veces logran mantener la unidad de su grupo o dar preeminencia a una de ellas y proyectarla en sus nuevas reencarnaciones. El hecho se producirá en el caso del individuo que se siente morir sin haber podido concluir una tarea que le era muy cara o que simplemente desea continuar aquella que realizó y teme que sea abandonada después de su partida de nuestro mundo. Se enuncian, asimismo, muchas otras razones capaces de suscitar el deseo de perpetuar una actividad específica en una nueva encarnación.

Son numerosos los tibetanos que creen que si el moribundo

está dotado de voluntad y de poderes psíquicos suficientemente poderosos, logrará esa reencarnación en bloque de su individuo, dando nacimiento, de este modo, a un *Tulkou*.

La diversidad de opiniones emitidas sobre el tema y el número de discusiones que suscitaron son considerables.

Acabamos de ver que la Reencarnación en bloque de todas las conciencias o de una buena parte de ellas, después de la disolución del cuerpo físico a causa de la muerte, da lugar a la existencia de un *Tulkou*. Es raro que el individuo considerado como un *Tulkou* tenga clara conciencia de su estado particular. Sin embargo, a veces parece manifestarlo dando prueba de que recuerda hechos relacionados con su vida pasada. Los tibetanos fundan la autenticidad del *Tulkou* sobre "pruebas" de ese género.

Existen centenares de *Tulkous* en el Tibet, en Mongolia y en los otros países que profesan el budismo Lamaísta; su respectiva importancia varía de acuerdo con la posición social o religiosa que ocupaba el personaje que inició la línea, a veces muy larga, de esas reencarnaciones sucesivas.

Los tres *Tulkous* más eminentes<sup>30</sup> son: el Dalaï Lama, el Pentchén Lama y la Dama Gran Lama Dordji Phagmo, abadesa del monasterio de Samding, a orillas del lago Yamdok, al sur de Lhasa.

Se ha escrito mucho acerca de la personalidad del Dalaï Lama, pero a decir verdad los occidentales no tienen ninguna idea de lo que es realmente según la doctrina ortodoxa del budismo tibetano. Es común que los escritores extranjeros gratifiquen al Dalaï Lama con títulos tales como "Dios viviente", "Reencarnación de Buda", "Jefe espiritual de todos los budistas", etcétera. El Dalaï Lama no es nada de todo

<sup>30</sup> Se recordará que *Tulkou* (sprul s kus) significa: cuerpo ilusorio cuerpo engendrado por magia.

eso. No es un Dios encarnado y el Buda que alcanzó el *nirvâna* no se reencarna; no existe entre los budistas ninguna persona que ocupe el lugar parecido al del Papa en la iglesia católica romana. Nadie tiene facultades para dictar a un budista lo que debe creer o no creer, cuáles son las prácticas religiosas que puede adoptar, o si puede abstenerse de todas las prácticas rituales. Cada budista puede adoptar a voluntad las doctrinas de la secta budista que prefiere. El budista de Ceylán no experimenta ningún sentimiento de veneración por el Dalai Lama. Piensa, más bien, que éste profesa una suerte de budismo degenerado que tiene poco en común con la doctrina original del Buda histórico: Siddharta Gautama.

¿Qué es, en realidad, el Dalai Lama para los tibetanos, o para aquellos mongoles o habitantes de otras regiones, que comparten las creencias de los tibetanos?

En primer lugar, es una reencarnación de su predecesor inmediato y, por su intermedio el eslabón de una serie de reencarnaciones que constituyen el linaje de los Dalai Lama. (El Dalai Lama actual, en 1960, es el decimocuarto en el orden de sucesión.)

Es un error creer que la institución de los Dalai Lama y su poder temporal se remontan al Tsong Khapa,<sup>31</sup> fundador de la secta de los Gélugs pa, que constituye actualmente la Iglesia del Estado. Ni Tsong Khapa ni sus primeros sucesores a la cabeza del clero reformado<sup>32</sup> tenían ese título. Tampoco ejercían ningún poder temporal.

El título de Dalai Lama (en lengua mongola Dalai significa "océano") fue conferido por Altan Khan, un príncipe mongol, al tercer sucesor de Tsong Khapa: Sönam Gyatso.<sup>33</sup>

<sup>31</sup> Nacido en Amdo, en la frontera chino-tibetana hacia 1240.

<sup>32</sup> Kas doup djé (mkhas grub djé) y Gédun doub (dge dun grub).

<sup>33</sup> Sönam Gyatso significa "océano de méritos" o de "Virtudes". El



Fue también un príncipe mongol (Gushi Khan) quien, habiéndose instituido en protector del quinto Dalaï Lama, venció al Príncipe de la Provincia de Tsang,<sup>34</sup> que se había apoderado de Lhasa, y estableció a ese quinto Dalaï Lama, Ngawong Gyatso, como soberano temporal de las provincias centrales de U y de Tsang.

Las regiones lindantes con China —Amdo y Khams— no están sometidas a su poder. Aun cuando más tarde se incorporaron al Tibet,<sup>35</sup> el control del gobierno que tenía su asiento en Lhasa jamás se estableció estrictamente en esas regiones, cuya población sigue animada siempre por sentimientos ferrozmente independientes.

Si los tibetanos consideran a los Dalaï Lamas como reencarnaciones reiteradas de una misma personalidad, no es por ese título que gozan de la unánime veneración de los fieles al Lamaísmo. Ese tipo de reencarnaciones en serie se presenta en todos los lamas *tulkous*.

Esa veneración particular se basa en la creencia en una íntima y misteriosa unión de la persona de los Dalaï Lamas con un personaje místico y simbólico del budismo mahâyânista: el Bodhisatva Avalokiteshvara (en tibetano, Tchénrézigs).<sup>36</sup>

Hacia 1650, el quinto Dalaï Lama que acababa de ser instalado en Lhasa como soberano temporal juzgó conveniente realzar aún más su eminente situación aportando el prestigio

---

término mongol: dalaï era, pues, una traducción del nombre *gyatso* que correspondía al de ese Lama.

<sup>34</sup> Los Tsang pas, habitantes de la provincia de Tsang —capital Jigatzé, asiento del Pentchén Lama, situada al oeste de la provincia de U, capital Lhasa— aspiraron siempre a mantenerse independientes del gobierno de Lhasa.

<sup>35</sup> Nominalmente.

<sup>36</sup> Está demás decir que en la creencia popular Tchénrézigs está dotado de una existencia real y puede ser asimilado a una deidad.

de un parentesco místico con el mundo espiritual. Declaró estar "habitado" por el espíritu de Tchénrézigs.

En este caso no puede tratarse de una "reencarnación"; el Bodhisatva pertenece a un plano mental,<sup>37</sup> no muere, ni ha nacido; no tiene un cuerpo material. Es una concepción abstracta personificada.

Para la masa ignorante de la población tibetana, el Tchénrézigs reside en el Paraíso occidental de la Gran Beatitud (Noub Déwa thén), en donde siempre está dispuesto a socorrer a sus devotos y los acogerá al finalizar su existencia terrena. Los Lamas que ofician junto a ellos se dedican a proyectar el espíritu de los moribundos en ese lugar paradisiaco.

Volviendo a la persona del Dalaï Lama, la forma más correcta de comprender su situación sería considerarlo como un *avatar*, a la manera de los avatares indios del Dios Visnu: Krishna, Râma y otros. El Dalaï Lama no es un Dios ni una encarnación del Buda histórico: es un *avatar* de Tchénrézigs.

Al mismo tiempo que se instituía como avatar de Tchénrézigs, el quinto Dalai Lama declaró que su antiguo Maestro era un avatar de Amithaba (en tibetano, Ophagméd). Éste es el origen del linaje de los Pentchén Lamas.

Observemos, de paso, que mucho antes de la creación del Dalaï Lama el más grande de los Reyes del Tibet, Strong bstan Gampo (641), era considerado un avatar de Tchénrézigs.

Las teorías relativas a la reencarnación por medio de los *Tulkous* tienen puntos de contacto con la de la "transferencia", es decir la transferencia de la "conciencia" (siempre

<sup>37</sup> Es preciso distinguir esos Bodhisatvas, creación del budismo mahâyânista, de los Bodhisatvas humanos del budismo primitivo. Estos últimos son individuos que alcanzaron un altísimo grado de perfección espiritual y que en su próxima reencarnación, se convertirán en Budas perfectamente iluminados.

bajo el nombre de *namshés*) de un individuo a otro. La muerte, la permanencia en el *Bardo* y el renacimiento no juegan ningún rol en este caso.

La transferencia se denomina *powa*. Ya nos referimos antes<sup>38</sup> a la asociación de este rito con la lectura del *Bardo-thös tol* junto al lecho del moribundo y vimos que esa lectura puede omitirse a veces, reemplazándola por el procedimiento más breve del *powa*. La finalidad de éste radica en contribuir al esfuerzo que el desencarnado debe hacer en el *Bardo* para asegurar el éxito de su viaje y conducirlo a una salida favorable.

Se dice que la eyaculación de la sílaba ¡*Hick!* en un tono particular provoca la salida del *namshés* fuera de la parte superior del cráneo del moribundo y la súbita proyección de ese *namshés* en el Paraíso de la Gran Beatitud.

Un Maestro debidamente iniciado debe enseñar el rito del *powa*, la manera de pronunciar ese ¡*Hick!* Es necesario efectuar un largo aprendizaje para llegar a dar a la exclamación el sonido preciso del cual depende su eficacia.

Según las prescripciones, el ¡*Hick!* se repite tres veces a la cabecera del lecho del moribundo y es seguido por la exclamación ¡*Phat!* (se pronuncia *pèth*), pero ésta sólo debe emitirse si se tiene la seguridad de que la muerte es inminente e inevitable, ya que el ¡*Phat!* después del ¡*Hick!* causa irremediablemente la muerte.

Ciertos yoghis tibetanos emplean, según se dice, este procedimiento para suicidarse, proyectando su "conciencia" (*namshés*) en el Paraíso de la Gran Beatitud o dándole otro destino de acuerdo con su elección.

Notemos, por último, que los hindúes e incluso los tibe-

<sup>38</sup> Véase más arriba.

tanos, dan gran importancia a la salida del espíritu (*namshés*, *jiva* para los hindúes, alma) por la parte superior del cráneo. Se presume que su salida por otro punto del cuerpo conduce a una reencarnación penosa.

Es probable que los tibetanos hayan tomado esta idea de la India.

La exclamación, *phet!* es utilizada también como un exorcismo al final de ciertos mantram y se considera que tiene el poder de destruir a los malos espíritus. Por otra parte, Milarespa atribuye al *phet* el poder de operar la reunión de los elementos que producen la percepción consciente de los objetos, cuando esos elementos se han dispersado. Parecería entonces que el *phét* fortifica la unidad de la persona cuando esa unidad amenaza con disgregarse.

Junto a la teoría de la transferencia de la personalidad (*powa*), encontramos otra que parece derivar de la creencia taoísta china en la posibilidad de volverse físicamente inmortal.

Como acabamos de ver, en el *powa* hay una parte sutil—inmaterial o semimaterial— que, salida de un individuo, es injertada en otro o introducida en un individuo que fue vaciado previamente para recibirla.

La otra clase de transferencia es completamente distinta. Se trata del paso de un individuo, de la clase de seres a la cual pertenece, a otra clase de seres. No se dice que para efectuar ese pasaje, el hombre debe morir o que de otra manera un principio sutil (espíritu, alma, etcétera) debe abandonar la forma física a la cual estaba unido.

A fin de comprender esta concepción de los tibetanos, conviene recordar de qué manera se representa el mundo.

Los tibetanos tomaron de los indios la teoría relativa a los tres mundos: el mundo del deseo (*Kāmaloka*), mundo mate-

rial dominado por los instintos de cariño, de codicia; el mundo de la forma pura, de las ideas abstractas (rupa loka), y el mundo sin forma (arupa loka) que nos resulta inconcebible.<sup>39</sup>

El mundo del deseo, aquel en el cual existimos, abriga seis clases de seres: los dioses; los no-dioses (una especie de Titanes adversarios de los dioses, cuyas moradas codician); los hombres; los no-hombres, que comprenden numerosas variedades de seres: duendes, hadas de diversas categorías; los animales de todas las especies; los seres miserables destinados por su constitución al sufrimiento.<sup>40</sup> A estos últimos están asimilados los seres que habitan los infiernos.

Ninguna de estas condiciones de existencia es eterna. Los seres nacen, residen temporariamente y mueren en sus respectivos departamentos después de lo cual renacen, sea en la misma clase de seres que acaban de dejar, sea en otra clase.

No existe una barrera infranqueable entre esos diferentes departamentos del mundo. Sus habitantes se codean continuamente, sin tener generalmente conciencia de ello, lo que no quiere decir que, sin saberlo, esos contactos no produzcan resultados.

Ahora bien, dada la creencia en esa promiscuidad, es bastante fácil imaginar el pasaje, en circunstancias excepcionales, de un ser a otra categoría de seres, tal como el hombre que se introduce entre la multitud de duendes o de deidades, después de haber adquirido las particularidades físicas y psíquicas apropiadas.

<sup>39</sup> En tibetano, respectivamente: Deu pai Khams (dod pai Khams), Zugs kyi Khams (gzugs kyi khams) y Zugs méd kyi khams (gzugs med kyi khams).

<sup>40</sup> Como, por ejemplo, los *préfas* que tienen un cuerpo gigantesco y la boca tan estrecha como el orificio de una aguja. Esta particularidad les impide ingerir la cantidad de alimentos necesarios y sufren continuamente la tortura del hambre.

Si bien es admitida en principio, esta transmigración realizada en vida del individuo suele ser ignorada por el grueso de los tibetanos. Sólo algunos Maestros la mencionan ocasionalmente en el estrecho círculo de sus discípulos.

En cambio, en las biografías de muchas altas personalidades lamaicas se relata otro género de transformaciones que consiste en la desaparición, la "volatilización" del cuerpo material.

El caso de Marpa y su esposa Dangmédma es muy conocido y son raros los que dudan de que se trate de un hecho real.

El erudito lama tántrico Marpa se sienta en postura de meditación, teniendo a Dangmédma en sus brazos y ambos se abstraen en una profunda meditación. En el curso de la misma la materia física de sus cuerpos se sublima y sólo se encontraron sus vestimentas vacías.

El mismo fenómeno se relató acerca de Reschungpa, un discípulo del asceta-poeta Milarespa, de Guésar de Ling, el jefe guerrero, héroe del poema épico nacional del Tibet y de muchos otros.

La "Transferencia" se opera también para otros diferentes fines y por otros medios. Éstos se mantienen en secreto y forman parte de una doctrina esotérica que los Maestros en ciencias ocultas reservaban a sus discípulos más queridos.

Ciertos procedimientos de Transferencia aspiran a asegurar la perennidad de la vida consciente del individuo, es decir, la de su *namshés*, transportándolo fuera del cuerpo, que ha dejado de ser para él un instrumento conveniente, y llevándolo a otra envoltura corporal más adecuada para servir a sus designios, sin que en todo ese proceso intervenga la muerte. Por ese medio se evita la ruptura causada por la muerte y la reaparición del *namshés* en otra envoltura cor-

poral, junto con las consecuencias: olvido, etcétera, que ellas implican.

El *namshés* del iniciado se instala directamente en el cuerpo cuyo *namshés* ha "desalojado" o que redujo a la servidumbre asumiendo el dominio del hombre en cuyo cuerpo se ha instalado. Hay allí un fenómeno análogo al de la posesión.

El cuerpo abandonado por el *namshés* puede entonces languidecer lentamente o morir súbitamente.

Se puede comparar este hecho con aquel en que una parte del conjunto material y mental que integra la persona se disgrega antes del momento de la muerte. Esa persona continúa realizando todos los actos normales de la vida habitual y sin embargo ya no está "enteramente" presente en nuestro mundo. Sólo los clarividentes que conocen las condiciones ocultas de la vida perciben ese estado particular. Sin embargo, la mayoría de los tibetanos creen en su existencia y aceptan sin demasiada extrañeza la declaración que suelen hacer los Lamas cuando son llamados para presidir los funerales de una persona: "Este hombre está muerto desde hace dos años, tres años o menos tiempo".

Ciertas sensaciones y fenómenos psíquicos experimentados por algunos individuos parecen sustentar esa extraña teoría.

La disgregación de los componentes espirituales que junto con el agregado material constituyen la persona viviente tal vez no se opere de golpe. Todos los Yoghis tibetanos: el *naldjorpas*, declaran que se puede tener "un pie en el otro mundo" y, más aún, que partes de nuestra personalidad consciente pueden vivir, a la vez, en diferentes mundos y experimentar simultáneamente diversos modos de existencia. El *Bardo thös tol*, afirman algunos, refleja impresiones vivenciadas por esa clase de individuos.

Retornemos al viajero desencarnado que transita por el *Bardo*.

Hemos visto que el *namshés* a quien el lector del *Bardo thös tol* prodiga sus consejos no viaja solo. "Arrastra<sup>41</sup> consigo a un compañero de quien lo inducen a desembarazarse porque obstaculiza su liberación". Ese compañero es un cuerpo sutil "impregnado con los deseos que el desencarnado nutrió durante la vida que acaba de dejar". Tiene "una sed ardiente de las sensaciones que ha conocido y que ya no puede experimentar porque carece de los órganos por cuyo intermedio se producen esas sensaciones".<sup>42</sup>

¿Quién es ese compañero del *namshés* que entró con él en el *Bardo*? Se lo designa con el nombre de *Djalus* (hdjah lus).

El *Djalus* es concebido como una entidad, si no inmortal, por lo menos dotada de la facultad de continuar existiendo mucho más tiempo que el cuerpo físico.

El término *Djalus* sólo se usa en literatura y el tibetano común no especula sobre su naturaleza. Para la mayoría de los habitantes del Tibet, el *namshés*-Proteo desempeña todos los roles.<sup>43</sup>

*Djalus* significa, literalmente, cuerpo hecho de arco iris

<sup>41</sup> Véase pág. 65.

<sup>42</sup> *Idem*.

<sup>43</sup> A propósito del *Djalus* diremos que correcta y técnicamente ese término designa al alma que ha llegado a un grado tan alto de sutilización de la materia de su cuerpo que éste se disuelve. Un fenómeno de esta clase, mencionado anteriormente, es atribuido a Marpa (siglo x), un erudito traductor de textos budistas sánscritos y adepto a las doctrinas tántricas. Habiéndose sentado en el trono con su esposa Dangmédma en la postura de unión sexual (como las estatuas de las deidades tántricas), ambos se abstrajeron en la meditación y sus cuerpos se volatizaron. Quizás se pueda hacer aquí una comparación entre esa volatización del cuerpo material y la concepción taoísta del individuo perfecto que "sube al Cielo en pleno día", es decir, que alcanzó la inmortalidad, y no se encuentra ningún vestigio de él en su tumba.



(dja). Este nombre es una manera poética de designar su carácter sutil, ilusorio, semejante a los rayos de luces multicolores que componen el arco iris.<sup>44</sup>

Nos inclinamos a llamarlo un "doble" del individuo, similar al K'a de los egipcios, para quienes era distinto del alma (Ba). Al parecer, consideraban inmortal ese alma, mientras que el *Doble* dependía para su supervivencia de las ofrendas que le hacían sus allegados. Hay aquí una similitud con las creencias de los taoístas chinos.<sup>45</sup>

Si bien la gran mayoría de los tibetanos no tienen la intención de discutir acerca de la naturaleza del *doble* y su diferencia con el *namshés*, ese *doble* juega, sin embargo, un importante papel en sus creencias.

En primer término, comprobamos que no se le tiene ninguna simpatía. Si el *namshés* es exhortado a separarse de él en esta tierra, los parientes del difunto se apresuran a despa-charlo y utilizan con ese fin procedimientos tan simplistas que hacen pensar que ven en el *doble* a un ser dotado de muy poca lucidez.

Durante la comida funeraria que ofrecen al muerto, al mismo tiempo que le recomiendan que se alimente copiosamente a fin de tener la fuerza necesaria para cumplir el difícil viaje que debe efectuar, también le aconsejan que se cuide muy bien de regresar a su casa para reunirse con los miembros de su familia.

A ese efecto, uno de sus parientes o un anciano de la aldea le dirige un discurso de este tenor: <sup>46</sup>

<sup>44</sup> Véase pág. 61.

<sup>45</sup> Véase pág. 125.

<sup>46</sup> Yo misma lo oí.

“Escucha bien, Ténzing,<sup>47</sup> estás muerto. Ya no tienes nada que hacer aquí. No tenemos necesidad de ti. Sigue tu camino.

Han venido tus acreedores.<sup>48</sup> Se apoderan de tu ganado y de tus caballos. Se llevaron a tus hijos para que les sirvan como domésticos y paguen de ese modo algo de lo que tú les debes.

Tu mujer ya no está en la casa. Fue echada para que tus acreedores puedan disponer de la casa o venderla.

Como aún es bastante fuerte para trabajar, Tseundup se la llevó a su residencia y la hará su segunda mujer.

Si vieras todo esto te afligirías. Pero no puedes impedirlo, ya no puedes cultivar el campo, ni servirte de las herramientas. Por lo tanto, es inútil que vengas a rondar por aquí. Te hemos alimentado bien y eso basta. Vete adonde debes ir; no vengas a molestar a nadie.”

Se supone que el espíritu del difunto —el doble— debe creer esas mentiras e irse. Sin embargo, a veces sucede que insiste, en cuyo caso hay que llamar a un lama, un *snagspa*, quien conoce las fórmulas mágicas o, mejor aún a un *Bön*, un adepto iniciado de la religión prebudista del Tibet. El “aparecido” a quien no se pudo convencer con astucia, será tratado en forma enérgica. Se emplearán contra él poderosos ritos especiales, los mismos que se utilizan contra los demonios, y será expulsado de su casa.

Todos los países conocen ejemplos de mansiones encantadas, de almas angustiadas que rondan alrededor de miembros de sus familias. La única característica distintiva de las prác-

<sup>47</sup> O el nombre del difunto, cualquiera que sea.

<sup>48</sup> El orador puede decir esto a ciencia cierta. No hay ningún tibetano que no esté endeudado.

ticas tibetanas es el conjunto de los deudos del difunto instándolo a que se aleje de ellos.<sup>49</sup>

Más interesantes son las manifestaciones de los dobles de individuos vivos.

Según los tibetanos, pueden distinguirse diferentes clases:

Manifestaciones que se efectúan voluntariamente.

Manifestaciones que se efectúan involuntariamente.

Manifestaciones en el curso de las cuales el cuerpo del individuo parcialmente disociado del *doble* permanece inerte: sumido en un sueño normal o en estado cataléptico.

Manifestaciones durante las cuales, mientras el *doble* actúa en un lugar más o menos alejado de aquel en que se encuentra el cuerpo del cual está separado, éste continúa comportándose en forma normal.

El *doble* no es inmaterial, pero la materia que lo compone es sumamente tenue. Por regla general, el *doble* permanece invisible. Cuando se vuelve visible, su forma suele ser un calco del cuerpo material.

Algunos afirman que los seres humanos no son los únicos que poseen un *doble*. Según ellos los animales, las plantas, todos los cuerpos que percibimos bajo un aspecto sólido, tienen asociada a su forma visible una forma sutil.

Existen diversas teorías acerca del *doble*, entre otras una que lo representa como una emanación natural que producen todos los cuerpos, o como una prolongación de los mismos.

Aunque el *doble* está generalmente inactivo —o aparenta estarlo— parece poseer una especie de individualidad propia y llega a veces a liberarse de su dependencia del cuerpo.

Por lo común, sólo puede hacerlo cuando el sueño —sea

<sup>49</sup> Puede compararse esta costumbre con la de los chinos que tratan, por el contrario, de retener el alma de sus seres queridos. Véase pág. 20.

natural, o provocado artificialmente— afloja el control que ejercemos sobre él.

El hombre, conscientemente o no, tiene prisionero a su *doble*. Quizás el *doble* lleva en sí mismo un oscuro instinto que tiende a su liberación.

Muchos interrogantes de esta índole se plantean entre los ocultistas tibetanos, pero la mayoría de sus compatriotas se limitan a observar los fenómenos curiosos que se manifiestan ante su vista, sin preocuparse por descubrir el mecanismo.

El *doble* liberado se vuelve visible y parece tener la facultad de comportarse como una persona normal. Puede, de este modo, confundir a quienes lo perciben, pero en la mayoría de los casos deambula, invisible, asistiendo —sin que se sospeche su presencia— a las escenas que ciertos individuos relatan al despertar de su sueño.

Oí contar a un campesino que mientras sus familiares lo veían dormido en su cama había estado en casa de un hombre muy conocido por todos los que escuchaban su relato y que vivía en una aldea bastante alejada del lugar. Había visto que ese hombre vendía un caballo y que la venta originaba ásperos regateos.

Una vez tomados los informes correspondientes se comprobó que todos los detalles del relato eran exactos. Hecho singular: las discusiones relativas al precio del caballo se habían prolongado hasta muy tarde, cosa poco corriente, porque el comprador deseaba cerrar el trato sin esperar hasta el día siguiente, ya que pensaba llevarse al animal muy de madrugada.

En ese momento, el campesino que sostenía haber estado presente en casa del vendedor del caballo ya estaba dormido.

Muy a menudo se oye hablar de hechos análogos y los tibetanos los aceptan, sin dar mayores muestras de asombro.

Examinemos ahora las exageraciones en que suelen caer los tibetanos a propósito de los *deslogs*.

El término *deslog* significa literalmente "venido del más allá".

No se trata de "aparecidos" en el sentido que damos a esta palabra en Occidente, puesto que los *deslogs* no son muertos.

Los *deslogs* son hombres o mujeres que permanecieron en estado de letargo durante períodos de tiempo anormalmente largos: varios días o más.

Se menciona el caso de ermitaños contemplativos (*gom-chéns*) que permanecieron varios meses completamente insensibles, sumidos en el *samâdhi*,<sup>60</sup> pero su estado es muy diferente del de los *deslogs*.

También difiere mucho del caso de los yoghis indios quienes, después de un entrenamiento particular, se hacen enterrar y son retirados vivos de su tumba después de un tiempo que a veces llega, según se cuenta, a varios meses.

Estos hechos, sea cual fuere la opinión que se tenga de ellos, no tienen ninguna relación con los *deslogs*.

En este caso, no hay ningún entrenamiento, ninguna preparación. El fenómeno se produce de manera inesperada e involuntaria. Un hombre o una mujer se duerme, se vuelve súbitamente insensible y presenta el aspecto de un cadáver. La única diferencia consiste en que su cuerpo no entra en estado de putrefacción y en que termina por despertar.

En suma, el caso de los *deslogs* es análogo al de los individuos que durante su sueño habitual parecen desdoblarse y vagabundear con una parte de sí mismos. Sólo la duración

<sup>60</sup> El *samâdhi* es un estado de perfecta concentración del espíritu, durante el cual la sensibilidad física está abolida y la respiración se hace singularmente más lenta. Es el término de diversos grados de meditación contemplativa en casi todas las sectas místicas.

anormal de su estado cataléptico los diferencia de estos últimos. Sin embargo, puede observarse que mientras los relatos de los sueños ordinarios se refieren generalmente a lugares terrenales y personajes humanos, los *deslogs* describen regiones y personajes fantásticos, lo cual hace pensar a quienes los escuchan que franquearon realmente las fronteras de mundos lindantes con el nuestro.

Las peregrinaciones que el *deslog* pretende haber realizado se asemejan a menudo a las del *namshés* desencarnado en el Bardo, según nos son presentadas en el *Bardo thös-tol*.

Otras descripciones y otras aventuras reflejan, asimismo, las creencias populares relativas a los paraísos y los infiernos, en las cuales los demonios desempeñan un importante papel.

Por consiguiente, haya razones para creer que mientras su cuerpo permanecía inanimado, el espíritu del *deslog* continuaba su actividad y, como en los sueños, fabricaba imágenes con los elementos almacenados en el curso de su vida activa normal.

No obstante, ¿quién sería bastante temerario para tener la pretensión de poder informarnos de manera válida acerca del origen y la naturaleza de los pensamientos y visiones que pueden presentarse al espíritu en el tiempo más o menos largo que transcurre entre el momento en que el moribundo parece haber roto los lazos con nuestro mundo y aquel en que se hundirá definitivamente en el olvido y la inconciencia? ¿Pero existen realmente la inconciencia y el olvido totales?

Aquello que existió ayer, existe hoy y existirá mañana y, bajo formas diferentes, existirá siempre, conservando una eficiencia.

Quizás el *deslog* haya entreabierto la puerta de un depó-

sito de recuerdos. Quizás el *deslog*, quizá todos nosotros, no seamos nada más que recuerdos vivientes.

Lo que ha sido no puede dejar de ser.

Empero, los relatos de los *deslogs* no se refieren siempre a viajes fantásticos.

Durante mi estada en Lhasa se habló de un *deslog*.

Se trataba de un hombre que, según era de público conocimiento, jamás había salido de su aldea. Ninguno de sus parientes, ni amigos había viajado jamás. Todos eran analfabetos.

Ese hombre, al despertarse después de varios días de letargo, contó que estuvo en Mongolia y que asistió a una sabia y erudita discusión entre varios lamas. Describió los lugares donde había estado y repitió, sin comprender nada, frases enteras de las pláticas que había presenciado.

Los temas tratados le resultaban completamente extraños y superaban considerablemente su entendimiento. Sólo había captado el sonido de las palabras; ni siquiera sospechaba que los lamas mongoles habían utilizado la lengua tibetana literaria que, para los adeptos del lamaísmo, sea cual fuere su nacionalidad, juega el mismo papel que tenía antaño entre nosotros el latín.

Yo no vi a ese hombre, pero personas serias y dignas de fe, admitían la autenticidad del relato. Los informes recabados posteriormente confirmaron la realización de una asamblea de lamas en el curso de la cual se llevó a cabo la discusión mencionada por el aldeano.

En los casos de este tipo, la descripción de los lugares que el durmiente afirmó haber visitado y de los acontecimientos de los que fue testigo tiene tantos visos de veracidad que resulta difícil mantener intacta nuestra incredulidad.

Sin embargo, siempre cabe preguntarse —y es prudente

hacerlo— si el hombre que ha soñado o algunos de aquellos con quienes estuvo en contacto no habrán conocido, aunque no lo recuerden, los hechos relatados. La telepatía puede desempeñar un rol en esta clase de fenómenos, como parece suceder en otras ocasiones.

Si bien los paseos involuntarios del *doble* se producen generalmente durante el sueño del individuo a quien el *doble* está ligado, no siempre ocurre así.

Las apariciones de personas en lugares alejados de aquellos en los que cumplen realmente con sus ocupaciones normales parecen no ser muy raras en el Tibet. Yo misma fui testigo de varias. En un libro anterior<sup>51</sup> relaté la que me pareció más característica y me permito reproducir aquí el pasaje correspondiente:

“Un joven que estaba a mi servicio se fue a visitar a sus padres. Le concedí tres semanas de licencia, después de las cuales debía comprarme víveres y contratar a unos porteadores para transportar los fardos a través de la montaña.

El muchacho, que se divertía entre los suyos, prolongó su ausencia. Pasaron cerca de dos meses sin que apareciera. Yo creía que me había dejado definitivamente.

Una noche soñé con él. Lo vi vestido de una manera que no era la habitual y llevaba un sombrero de estilo europeo. Jamás había usado sombrero.

A la mañana siguiente, uno de mis criados se aproximó corriendo:

—Llega Wangdu —me dijo—, ¡lo reconocí al instante!

La coincidencia me pareció curiosa y salí para ver llegar al viajero.

<sup>51</sup> *Parmi les Mystiques et les Magiciens du Tibet*, pág. 295.



El lugar donde me encontraba dominaba un valle. Vi muy claramente a Wangdu. Estaba solo y ascendía por el sendero zigzagueante, sobre la ladera de la montaña.

Hice la observación de que no traía maletas y el criado que se hallaba a mi lado respondió: «Wangdu se habrá adelantado a los porteadores».

Otros dos hombres también vieron a Wangdu trepando por la montaña.

Mi criado y yo continuamos mirándolo acercarse hasta que llegó cerca de un pequeño *chörten*, cuya base estaba compuesta por un cubo de mampostería de unos 80 centímetros de lado; incluida la parte superior hasta la punta de la aguja terminal todo el monumento no medía más de dos metros. Estaba construido, parte en piedra y parte en adobe, y era completamente liso, no ofreciendo ninguna cavidad.

El muchacho pasó por detrás del *chörten* y no volvió a aparecer.

En ese lugar no había árboles, ni casas, ni repliegues del terreno; únicamente ese *chörten* aislado. Al principio el criado y yo supusimos que Wangdu se había sentado a la sombra del pequeño monumento. Después, viendo que pasaba el tiempo sin que reanudara la marcha, exploré los alrededores con ayuda de mi largavista. No vi a nadie.

Ordené a dos de mis ayudantes que fueran a buscar a Wangdu.

Los seguí con mis gemelos mientras caminaban hasta el monumento. No encontraron a nadie.

El mismo día, a eso de las cinco de la tarde, Wangdu apareció en el valle, a la cabeza de su pequeña cara-

vana. Llevaba el traje y el sombrero que yo vi, primero en mi sueño, y después en la visión.

Sin decirles nada de la aparición, sin darles tiempo para conversar con mis criados, interrogué a los porteadores y al propio Wangdu. De ese interrogatorio salí a relucir que todos habían pasado la noche juntos en un lugar demasiado alejado para que alguno de ellos hubiera podido llegar a mi casa por la mañana y que, por otra parte, Wangdu no se había separado de los aldeanos durante todo el camino.

Durante las semanas siguientes, tuve oportunidad de verificar la exactitud de las informaciones que me dieron.

Se demostró que los porteadores habían dicho la verdad y realizado la última etapa sin que Wangdu se apartara de su lado."

Muchos atribuyen los fenómenos de este tipo a los desplazamientos del *double*, pero otros se inclinan a ver en ellos, como en el caso mencionado anteriormente, el efecto de la transmisión telepática, aun si se efectúa en forma involuntaria.

A veces, explican, el individuo apto para recibir la transmisión visualiza la imagen exacta que está proyectada mentalmente hacia él; otras, la deforma agregando, inconscientemente, detalles de su propia cosecha y mezclándola con ideas, con "recuerdos", que en ese momento están impresos en su espíritu.

Es muy raro que esas apariciones den lugar a fenómenos auditivos. En general, el *double* permanece mudo.

Así como la existencia y la naturaleza del *double* suscitaron numerosas controversias, otro problema afín atrajo igualmente la atención de algunos pensadores tibetanos.

El *double*, obedeciendo a impulsos que emanan del individuo

al cual está ligado, ¿puede cometer actos materiales buenos o malos que tengan resultados tangibles?

La masa ignorante de los tibetanos no pone en duda que un mago iniciado pueda matar por la fuerza de su pensamiento y conservar ese poder aun después de su muerte, pero los tibetanos cultos, especializados en ciencias ocultas, no se apresuran a sacar conclusiones sobre el particular.

¿Puede el doble, en el curso de sus vagabundeos, entregarse a una actividad eficaz? ¿Lo hace como instrumento de una voluntad extraña? ¿Sería posible que desarrollase una voluntad personal?

Las opiniones están divididas en cuanto a estos temas.

Fuera de las discusiones puramente académicas sobre estas cuestiones, la gente tiene el convencimiento de que los actos que realizan en sus sueños de *deslogs* o en el curso de los sueños cotidianos normales tienen efectos materiales. Algunos de esos efectos son visibles, otros permanecen ocultos.

Un comerciante de la provincia de Kham tenía el convencimiento de haber matado a su hermano.

Los motivos de su acto eran simples.

Ese hombre era el hijo menor de una familia campesina y aspiraba a abandonar la vida rural para dedicarse al comercio y hacer fortuna: éste es el sueño de casi todos los tibetanos.

El hombre, llamado Tharchin, tuvo ocasión de prestar algunos servicios a un rico mercader que vivía en los alrededores de Dangar y pasó varios meses en su casa.

Se aproximaba la época en que los comerciantes partían en caravana hacia Lhassa, y Tharchin esperaba que su patrón lo contratase como ayudante para acompañarlo en la caravana. Veía en ello el primer paso en su próspera carrera de comerciante.

¿Qué sucedió? Su hermano fue quien resultó elegido para acompañar al comerciante y ayudarlo, como primer comisio-  
nista, en las transacciones en Lhasa.

El rico mercader parecía haberse encariñado con su nuevo empleado y Tharchin, frustrado en sus aspiraciones, imaginaba de antemano las posibles consecuencias de esa cordial relación.

El mercader sólo tenía una hija, una muchacha de rostro agraciado y en edad casadera. La costumbre imponía que el padre, deseoso de que la hija disfrutase después de su muerte de los bienes que había acumulado, le diera por esposo a un joven de su elección que fuese capaz de sucederle al frente de sus negocios, y al cual nombraría su heredero.

Si bien el hermano menor se creía inteligente, no subestimaba las cualidades del hermano mayor y comprendía que éste podría ser elegido más tarde como yerno y heredero, así como acababa de serlo para el cargo de primer comisionado.

¿Y él? Tendría que regresar a su miserable granja y trabajar en su pequeño campo hasta el fin de sus días... Jamás se resignaría a esa vida.

Un odio feroz se despertó en su interior contra ese hermano porque se veía, de antemano, privado de un bien que había soñado poseer algún día.

Llegó el día de la partida. Las mulas cargadas con los fardos de mercancías se alejaron conducidas por algunos criados. El comerciante y su primer comisionado seguían a continuación, montados en los mejores animales. Hubo saludos de despedida y deseos de buen viaje. Los viajeros respondieron alegremente alejándose con las mulas, mientras los que se quedaban los seguían con los ojos hasta que se perdieron de vista.

El hermano menor estaba entre ellos.

Esa misma noche partió, sin ningún plan preparado, regre-

sando maquinalmente a la casa paterna. Aunque eran varios días de marcha no se detuvo en ningún momento, mientras rumiaba continuamente su decepción. Llegó extenuado, presa de una fiebre violenta, y se dejó caer sobre los pobres almohadones que le servían de asiento y de lecho.

Al día siguiente estaba casi inconsciente y a duras penas pudo tragar un sorbo de té que le sirvió su hermano. Sus padres trataron en vano de que tomara algún alimento. Los miraba, con los ojos fijos, pero no parecía verlos. Ese estado se prolongó durante tres días y por la noche murió.

Dos lamas fueron llamados para recitar, al lado del cadáver, los textos religiosos de rigor, a la espera del día de los funerales. La región no era boscosa, de modo que no era posible efectuar la incineración del cadáver. Según la costumbre, el cuerpo sería transportado a un lugar alejado de la montaña y entregado a los *rogyapas* que lo despedazarían, por temor a que un demonio se posesione de él, y abandonarían los restos a los buitres.

Unos días después regresarían para recoger los huesos limpios dejados por las aves de rapiña, los machacarían y con el polvo mezclado con arcilla prepararían el *tsa tsa* que la familia del difunto depositaría en un lugar purificado.

En lugar de relatar yo misma el drama que siguió, prefiero reproducir, tal como quedó grabado en mi memoria, el fantástico relato, bastante incoherente, que me hizo el hombre que, muchos años atrás, fue el protagonista de la historia:

“Tenía la seguridad de estar ebrio, lo sentía. Más de una vez había bebido con amigos hasta emborracharme y sabía lo que era eso. Pero, aquel día no recordaba haber bebido, ni haber estado en alegre compañía. Sin embargo, estaba borracho. Tenía la sensación de balan-

cearme... de balancearme continuamente, y esa sensación no terminaba nunca.

Experimenté un ligero choque y el balanceo cesó.

Después, no sé nada...

Recuerdo que empecé a pensar en mi hermano... Lo vi alejarse orgullosamente al lado del comerciante. Proseguía su camino hacia Lhasa.

¿Dónde había llegado ahora la caravana? Traté de contar el número de días transcurridos desde la partida y no pude hacerlo, pero sabía que alcanzaría a la comitiva en el camino.

¿Me hallaba acostado o sentado?... No lo sé. ¿Me había levantado?... No sé nada, pero me encontré de pronto en el camino de Lhasa y avanzaba rápidamente. ¿Estaba caminando?... No lo sé. Alcancé a la caravana. Había penetrado en un lugar más estrecho y las mulas costeaban el borde de un terreno pedregoso, que se extendía en pendiente hacia abajo. Los animales avanzaban en fila. Vi que mi hermano estaba un poco rezagado. Llevaba una hermosa casaca de terciopelo, regalo de su patrón.

¡Ah! ¡con su hermosa figura luciría muy bien entre los mercaderes que encontraría en Lhasa! Y en adelante sería Kushog tsongpa, más tarde Kushog tsong pän,<sup>52</sup> recibido con respeto en los buenos albergues... Es lo que yo habría podido ser... pero ahora no sería nada más que un pobre campesino. Me había robado mi oportunidad; me había robado la felicidad de mi vida... La espalda de su gruesa casaca de terciopelo me fascinaba.

¿Cómo fue que me encontré muy cerca de mi hermano,

<sup>52</sup> Señor comerciante, señor comerciante principal.

detrás de él?... ¿Cómo fue que tuve en mi mano un largo bastón de peregrino guarnecido de hierro? No lo sé. Levanté el bastón con su punta de hierro y golpeé dos veces la espalda de mi hermano con todas mis fuerzas. Cayó del caballo y rodó desde lo alto del camino hasta el terreno que se extendía muy abajo.

Vi correr a varios criados... después levantaron a mi hermano. El patrón estaba allí. Acostaron a mi hermano en el suelo, pero no se movió... Comprendí que estaba muerto... Yo lo había matado.

No sé... Creo que me sentí contento y al mismo tiempo tenía miedo.

De pronto, sin saber cómo, me encontraba junto a la caravana que había partido hacia más de un mes y que debía haber recorrido ya un largo trayecto. Y no sé cómo abandoné el lugar donde mi hermano, a quien yo había golpeado, cayó de su mula.

Acababa de despuntar el día, vi el cielo encima mío y sentí que estaba acostado. Me di cuenta que me hallaba extendido en el suelo. Volví un poco la cabeza. Estaba en un hueco del terreno. Arriba había varios buitres inmóviles. Me miraban.

Moví un brazo y las aves huyeron.

Creo que todo eso llevó mucho tiempo.

Ahora lo pienso porque he reflexionado. Pero en aquel momento no pensaba en nada. Después, cuando empecé a pensar, me dije que sin duda estaba muerto y que debía estar en el Bardo. Pero no veía a mi alrededor nada de cuanto dice el libro del Bardo... Ni a los Bodhisatvas, ni a los terribles dioses parecidos a las figuras pintadas sobre los muros de los templos. No veía nada de todo eso. No estaba muerto.

Y de golpe recordé: había golpeado a mi hermano con el bastón, y él había caído... yo lo había matado. No lo lamentaba, pero tenía miedo... había cometido un crimen.

En ese momento me di cuenta de que me hallaba desnudo. Era extraño. ¡Y cómo se explicaba que estuviese acostado en ese lugar, en vez de estar en mi granja? Allí estaba acostado, de eso me acuerdo, y también recuerdo haber visto la partida de la caravana de mi patrón.

Muchos años después de esos acontecimientos, cuando Tharchin los relataba, su memoria siempre se rebelaba, negándose a recordar lo que había pasado entre el momento en que recordaba haber entrado en la granja después de la partida del hermano con el mercader, y aquel en que había recobrado la conciencia y se encontró acostado, desnudo en un hueco de la montaña, rodeado de buitres.

Empero, recordaba claramente lo que pasó después.

Había regresado a la granja y fue recibido con gritos de espanto.

¡Ro lang! ¡Ro lang!<sup>53</sup> aullaban los aldeanos y le tiraban piedras y tizones encendidos arrancados del fogón.

En vano trató de explicarles, de asegurarles que no estaba muerto, que sólo lo había estado en apariencia, que era un *deslog*.

Nadie lo escuchaba. No hacían más que repetirse unos a

<sup>53</sup> Los tibetanos creen que los demonios entran a veces en el cuerpo de los muertos y que éstos se levantan, de donde viene el nombre *ro*, cadáver, *lang*, que se levanta. Esos demonios recorren el país y son sumamente malignos. A fin de evitar esta toma de posesión del cadáver, cuando los muertos no son incinerados se los suelen cortar en pedazos. Otros, sin embargo, sobre todo los monjes, son arrojados a los ríos ya que, según se cree, todos desembocan con sus aguas en el Ganges.



otros que habían confiado su cadáver a los rogyapas para que lo desmembraran, que debieron haberlo hecho y haber machacado los huesos dejados por los buitres para preparar los *tsa tsa*.

Pasaron muchos días. Los rogyapas aún no habían regresado. ¿Por qué? Nadie lo sabía. Lo único seguro era que un demonio había penetrado en el cuerpo intacto y lo había reanimado... Las gentes se interpelaban unas a otras, pero todos estaban locos de terror a la vista de aquel que tomaban por un demonio y proseguían aullando exorcismos y arrojándole piedras.

Tharchin huyó.

¿Después?... Después corrió sin parar hasta encontrar un campamento. Temiendo que lo tomaran por otra persona se presentó humildemente como un caballero que viajaba solo, que fue atacado por bandidos que lo habían desvalijado por completo, robándole su caballo y despojándolo de toda su ropa.

Esas aventuras no tenían nada de excepcional. Los viajeros tuvieron piedad de él, le dieron algunos víveres, le regalaron un viejo traje y botas y lo dejaron proseguir su camino hacia el lugar donde creyó prudente decir que se dirigía.

El resto era la historia trivial de un pobre infeliz que gracias a su valor y su buena suerte pudo rehacer una existencia normal. Volvió a trabajar como criado de un comerciante y al cabo de un tiempo empezó a trabajar por cuenta propia.

El interés de su relato radicaba en su convicción de ser el asesino del hermano. Después pudo informarse sobre lo sucedido. La verdadera muerte del hermano coincidía con su visión. Cayó repentinamente de la mula, rodó por la pendiente y su cabeza chocó contra las rocas, muriendo en forma instantánea.

La historia de ese *deslog* daba pábulo a las discusiones re-

lativas a la posibilidad de que el *doble* cometiera actos que tuviesen consecuencias materiales.

Aquellos que admitían esta posibilidad encontraban la confirmación en la historia de Tharchin, el *deslog*, mientras otros recurrían a la telepatía para explicarla.

Sí, afirmaban, el accidente mortal tuvo lugar. Tharchin, cuyos pensamientos llenos de odio estaban concentrados por entero en su hermano y deseaba su muerte, permaneció en comunicación telepática con él. ¿Quién sabe si sus pensamientos no actuaron sobre el comportamiento del hermano, perturbándolo y provocando un malestar que lo hizo caer de la mula? Por lo menos Tharchin pudo sentir lo que pasaba, visualizarlo, regocijarse por ello y atribuirse la responsabilidad.

Por mi parte, mis reflexiones me orientaron en otra dirección. Me pregunté cómo se explicaba que Tharchin no hubiese sido despedazado por los *rogyapas*.

No cabe duda de que lo llevaron a la montaña, cosa que podía inferirse por los balances de Tharchin, aunque en apariencia insensible. Había percibido que lo desvistieron y guardaron sus efectos personales, ya que según la costumbre, era la parte que les correspondía. Alguien debió impedirles cumplir su tarea... ¿Quién? ¿De qué manera?... Nadie se siente muy tranquilo en el Tibet —ni siquiera los *rogyapas* profesionales— cuando se halla junto a un cadáver, puesto que los demonios siempre rondan alrededor de él. Tal vez se produjo algún incidente imprevisto, que parecía anunciar una intervención demoníaca, y los *rogyapas* huyeron.

Éstas no eran más que presunciones, pero resultaban plausibles. Por mi parte, no estaba en condiciones de entregarme a investigaciones exhaustivas acerca de un hecho acaecido casi treinta años atrás y que sólo me interesaba por la actitud

del hombre que creía haber cometido un crimen por intermedio de su fantasma.

Las cuestiones relacionadas con la supervivencia y la reencarnación difieren según que se trate de un doble o de un tulpa.<sup>54</sup>

Hacemos notar, ante todo, que cuando empleamos el término reencarnación entendemos, de acuerdo con su sentido literal, una "entrada en la carne". La parte espiritual del difunto (la que consideramos su Yo), privada por la muerte de la envoltura familiar que la resguardaba, se reviste de una nueva envoltura.

Los tibetanos no hablan de "entrada en la carne"; dicen simplemente "vida interior", "vida futura"; tienen, por lo tanto, una gran libertad para concebir, bajo cualquier forma que sea, esas dos vidas entre las cuales se ubica aquella que viven en el momento presente.

La gran masa de los tibetanos imaginan su vida anterior y su vida futura considerando que transitaron y deberán transitar de nuevo como miembros de una u otra de las seis clases de seres que pueblan el universo;<sup>55</sup> en otras palabras, creen que han sido y deberán ser todavía personalidades autónomas (*namshés*) revestidas con una envoltura material.

No sucede lo mismo con los intelectuales. Éstos postulan renacimientos de orden inmaterial: el renacimiento en el mundo de las ideas: la perennidad de ideas que fueron proclamadas, comunicadas a los demás de una u otra manera o, simplemente, concebidas en secreto.

Aunque no se manifiesten abiertamente, esas ideas no permanecen inactivas. Cada uno de los movimientos de nuestro

<sup>54</sup> Cuerpo mágico o ilusorio. Véase pág. 104.

<sup>55</sup> Las seis clases de seres. Véase pág. 80.

espíritu<sup>56</sup> proyecta en el universo corrientes de fuerzas adecuadas para implantarse en los individuos receptivos, tendencias que los inducen a comprender y actuar de manera más o menos consciente con la de los emisores de esas fuerzas: personalidades desaparecidas o contemporáneas.

Yendo más lejos, en los pequeños círculos donde se discuten temas similares, algunos postulan puntos de vista basados en la posibilidad —e incluso la probabilidad— de la reencarnación de los pensamientos, que se efectuaría por medio del nacimiento de individuos directamente animados por el tipo de pensamientos de las personas desaparecidas o contemporáneas.

Esto concordaría bastante con lo que pasa, según los tibetanos, en el caso de los lamas *tulkous*, a quienes los extranjeros denominan impropriamente "Budás vivientes". El Dalai Lama es el más notable de ese género de reencarnación.

Sin embargo, en lo relativo a esas series de *tulkous*, la creencia sostiene que el *namshés*, el espíritu de un personaje eminente, ha comenzado la serie de reencarnaciones reapareciendo en nuestro mundo, después de su muerte, por medio de un niño cuya forma física habría ocupado desde el momento de su concepción.

Por el contrario, la muerte no juega un rol necesario en la reencarnación de las ideas. La idea que emana de un individuo vivo no necesita que éste desaparezca para transitar e ir a instalarse en un recién nacido. Puede solicitar incluso a individuos de sexos diferentes y causar su acercamiento con vistas a la procreación de un ser que ella impregnará y que la representará, la manifestará en el plano físico. En realidad, esta teoría atribuye a la idea una verdadera personalidad.

<sup>56</sup> Los *Samskaras* mencionados por el budismo. Los *vrittis* que Patanjali, fundador del Yoga, exhorta a sus adeptos a dominar.

La convierte en el equivalente de un verdadero individuo dotado de una conciencia y de una voluntad,<sup>57</sup> que habría recibido de aquel que la concibió y proyectó por la fuerza de su deseo de perennidad.

La ingeniosidad desplegada por ese deseo de perduración que obsesiona a la mayoría de los hombres no tiene límites. Son innumerables las concepciones que imagina para encontrar en ellas la seguridad de la perduración del "Yo" personal, no obstante esencialmente transitorio, y hasta la seguridad de su inmortalidad.

La sucesión de causas y efectos que implican las reencarnaciones o los renacimientos físicos o mentales nos conduce a un interrogante que planteamos anteriormente: ¿El *doble* o el *tulpa* es capaz de realizar un acto material seguido de resultados tangibles para nosotros?

Muchos, como hemos visto, están convencidos de ello y se basan en hechos precisos que parecen apuntalar su confianza y justificarla.

¿Qué es un *tulpa*?

El *tulpa* es una criatura mágica. Se considera que el adepto especializado en ciencias ocultas es capaz de proyectar, por la fuerza de concentración de sus pensamientos, *tulpas* de forma humana o animal que utiliza según sus necesidades, a veces para hacerles ejecutar actos que él mismo sólo puede desear o imaginar.

En las tradiciones y leyendas vemos que los *tulpas* se comportan como seres normales. Se los cree capaces de matar a un hombre, de roturar los campos, de contraer matrimonio, etcétera. También vemos a otros *tulpas* que realizan actos ex-

<sup>57</sup> El *namshés* descrito en el *Bardo thös tol* la posee.

traordinarios que pertenecen al mundo de la magia. Nada constituye un obstáculo para ellos. Franquean instantáneamente las montañas elevándose por el aire, pasan a través de los muros, aparecen y desaparecen sin dejar rastro, etcétera.

Los *tulpas* no sólo figuran en las biografías de los lamas, los ermitaños contemplativos y héroes como Guésar de ling,<sup>58</sup> sino también en las de personalidades históricas como el más glorioso de los reyes del Tibet: Srong bstan Gampo.

He aquí un pasaje de esa biografía.

Srong bstan Gampo pensó que a fin de asegurar la prosperidad del Tibet sería conveniente llevar a ese país la estatua de un dios que lo protegiera. Gracias a informaciones llegadas por vía milagrosa se había enterado de que existía una estatua de ese tipo en la isla de Ceylán, a orillas del océano. La estatua representaba a Tchénrézigs.<sup>59</sup> Ninguna mano humana la había forjado; había surgido por sí misma.<sup>60</sup> Estaba enterrada debajo de un sándalo, detrás de una estatua de Visnú, en lugar donde los elefantes solían ir a acostarse.

Esta indicación era bastante vaga; el rey comprendió que no podía emprender por sí mismo un largo viaje y búsquedas prolongadas: un *tulpa* sería mucho más idóneo que él, o que cualquier otro hombre, para vencer los obstáculos que se encontrarían en el camino.

Engendrado por la fuerza de este pensamiento del rey, un personaje surgió de entre sus cejas, en el sitio donde éstas se unen encima de la nariz. Ese individuo mágico tenía el aspecto

<sup>58</sup> Su historia suministró el tema de la epopeya nacional de los tibetanos: su Iliada. Guésar de Ling, en torno al cual se tejieron numerosas leyendas, tuvo una existencia real hacia el siglo VII. Se puede consultar mi libro: "*La Vie surhumaine de Guésar de Ling*".

<sup>59</sup> De su nombre originario en sánscrito: Avalokiteshwara.

<sup>60</sup> El número de objetos considerados autógenos es considerable en el Tibet.

de un monje budista.<sup>61</sup> Fue llamado Akaramatishila y bajo ese nombre desarrolló una carrera muy activa y de larga duración, que es narrada por los historiadores tibetanos.<sup>62</sup>

Está de más decir que Akaramatishila logró descubrir la estatua y que se la llevó a Srong bstan Gampo. Cumplió además otras misiones y una vez concluida su tarea, el rey volvió a recobrar para sí mismo la energía que sustentaba la existencia del *tulpa*, el cual se disgregó, se diluyó en un rayo de luz y se hundió entre las cejas del monarca, retornando a la fuente psíquica que lo había engendrado.

El ejemplo de la historia del *tulpa* creado por Srong bstan Gampo (existen centenares de historias análogas) nos informa plenamente acerca de la opinión de los tibetanos sobre el tema de la capacidad de los *tulpas* para actuar como individuos reales y obtener los mismos resultados que ellos.

Detengámonos un momento en el término "real" que acabo de emplear a falta de otro mejor.

Según los eruditos tibetanos, existen diversos grados y formas de realidad. El *tulpa*, creación de la mente, posee su propio género de realidad. Por consiguiente, los efectos de su actividad pueden tener un grado de realidad igual al suyo o aproximarse al grado de realidad de los personajes y objetos que vemos en sueños.

Éstos determinan en nosotros sensaciones análogas a las que experimentaríamos si las escenas vistas durante el sueño lo hubieran sido cuando estábamos en estado de vigilia. Esas sensaciones persisten a veces después de nuestro sueño, y los

<sup>61</sup> Trece siglos después logré, mediante un prolongado ejercicio de concentración del pensamiento e inspirándome en los procedimientos del yoga tibetano, producir la ilusión de un personaje análogo que fue visto por uno de mis visitantes. Véase *Parmi les Mystiques et les Magiciens du Tibet*.

<sup>62</sup> Véase el resumen de sus aventuras en mi traducción de los textos tibetanos: *Textes tibétains inédits*.

tibetanos no dejan de citar, a propósito de esto, el caso del hombre que sueña que lo golpean con un bastón y que al día siguiente siente dolores en todo el cuerpo.<sup>63</sup>

Se dice que los actos realizados por el *tulpa* tienen efectos muy duraderos y se los equipara a los del individuo normal.

Sea cual fuere el grado de realidad que pueda acordarse al *tulpa*, se infiere que éste, creado por el pensamiento y sostenido por él, deberá desaparecer cuando ese pensamiento deja de animarlo. Vimos que el *tulpa* Akaramatishila se disolvió cuando su creador, el rey Srong bstan Gampo, ya no tuvo necesidad de sus servicios.

¿Sucede siempre así?

Algunos sostienen que el *doble*, y más aún el *tulpa*, tienden poco a poco a adquirir una personalidad distinta de la del individuo del cual dependen y que a veces lo logran, aunque sea en forma parcial.

En ese caso, la misma sed de perennidad que nos domina, se despertaría en la conciencia rudimentaria que puede haber nacido en ellos y se producirían luchas fantásticas entre el *tulpa* y su creador que se esfuerza por volver a traerlo hacia él, por reintegrarlo dentro de sí.

Es probable que tales luchas se libren en la esfera de la imaginación, pero si, a mi entender, no hay ningún ejemplo que pruebe que un "doble" mató a su asociado, el cuerpo material al cual estaba unido, abundan en cambio en el Tibet los relatos acerca de *tulpas* que asesinaron a su creador.

Cuentos similares acerca de robots que destruyen al individuo que los ha construido son comunes en todos los países del mundo, pero los del Tibet son particularmente escalo-

<sup>63</sup> Se puede objetar que quizás porque estaba dolorido soñó que lo golpeaban, pero los tibetanos brindan otros ejemplos, tales como las marcas dejadas en el cuerpo por quemaduras que uno se ha hecho o que vio infligirse en sueños, y muchos otros casos.



friantes, sobre todo aquellos que describen combates librados en el plano psíquico. Precisamente porque falta el elemento material, llaman nuestra atención por su carácter de veracidad.

Si bien nos damos cuenta de que nos movemos en el dominio de la fantasmagoría, creemos que si separásemos los hechos de los "embellecimientos" con que los recubre la imaginación popular podríamos descubrir una base para investigaciones de orden psíquico no desprovistas de interés.

A propósito de esto, citaré la opinión que oí en boca de un *guéshés* de Khams: <sup>64</sup>

"No es necesario, decía el erudito, representarnos siempre a los *tulpas* como seres fantásticos. Sin duda algunos de ellos fueron creados, verdaderamente, por la fuerza del pensamiento y cumplieron actos extraordinarios, pero existen muchos otros. Éstos no se diferencian de los individuos con quienes nos codeamos todos los días. Sin embargo, ¿no son acaso, la mayoría de las veces y sin sospecharlo ni remotamente, robots animados por influencias extrañas? <sup>65</sup> Su caso recuerda el de esos individuos a quienes los tibetanos describen como seres despojados de su propia mentalidad y cuya forma física fue ocupada, en el curso del rito de la transferencia (*powa*), <sup>66</sup> por un *namshés* que perdió la suya."

La descripción de ese *guéshés* se aplicaba al fenómeno de transmisión del pensamiento. El individuo transformado, más

<sup>64</sup> Un *guéshés* es un graduado en literatura y filosofía de una universidad monástica.

Khams es la región nordeste del Tibet. El gobierno chino nacionalista la había convertido en la provincia de Sikang.

<sup>65</sup> Comparar con lo que se ha dicho acerca de las reencarnaciones mentales. Véase pág. 103.

<sup>66</sup> Véase pág. 78.

o menos parcialmente, en *tulpa* asimila el pensamiento de un extraño al oír un discurso, al leer un libro o durante una conversación. A menudo esa implantación se hace en él sin que tenga conciencia de ello, y aun cuando las ideas y convicciones recibidas de otros e instaladas en él dirigen su comportamiento, se considera "enteramente libre y cree que actúa según su propia voluntad".

El mundo está lleno de *tulpas* de este género. ¿Es necesario decir que no tiene nada más que *tulpas*?... Ninguno de nosotros es autógeno. Somos física y mentalmente producto de causas anteriores, encaramos tendencias, pensamientos extraños: es eso, precisamente, lo que constituye el *tulpa*.

He aquí que tocamos de nuevo el problema de la perennidad, de la inmortalidad y es preciso repetir: Ninguno de los elementos que hoy forman el agregado que llamo "Yo" perecerá. Existían mucho antes de haberse reunido para constituir ese "yo" actual y transitorio.

Los Maestros tibetanos preparan a sus discípulos para ver ese cuadro de su vida perpetua.

Los tibetanos admiten que el *tulpa*, y quizás también el "doble", son capaces de cometer actos que producen efectos tangibles en el plano material, lo cual impone necesariamente plantear el problema de la responsabilidad.

¿Quién es responsable de un acto cometido por un "doble" o un *tulpa*?

La palabra "responsabilidad" exige una explicación. Como siempre, es preciso distinguir entre el concepto que tienen sobre ese punto el tibetano o el indio corriente y los intelectuales de sus respectivos países.

En los primeros, la responsabilidad evoca ideas de recompensas y castigos. En los segundos, el autor responsable de un acto material o mental (pensamiento, etcétera), sufrirá

sólo los efectos de la causa que puso en movimiento por su acto material o por su pensamiento, los cuales son fruto, ellos mismos, de múltiples causas anteriores.

Con excepción de los intelectuales, ningún tibetano pone en duda la responsabilidad del hombre en cuanto a los actos cometidos por el *tulpa* creado por su pensamiento y utilizado, por él, como instrumento para servir a sus designios.

Por lo demás, el "doble" es parte integrante del individuo, es decir, que es "él mismo". Lo que hace su "doble", lo hace él; por consiguiente, sobre él recae la responsabilidad.

¿Sucede siempre así? Recordemos lo que se dijo respecto de los "dobles" y sobre todo de los *tulpas* que tienden a romper los lazos de dependencia con su creador o con el individuo con quien están asociados. Recordemos su tendencia a adquirir una personalidad distinta, cómo lo logran y lo que acontece a continuación. Todos éstos son hechos que los tibetanos dan por seguro.

Partiendo de este punto de vista, el problema de la responsabilidad se complica. ¿Qué ocurre cuando se trata de un doble parcialmente liberado del control del individuo del que forma parte y que se aleja de su lado? ¿Qué sucede con el *tulpa* que se desprende de su creador, que ya no actúa obedeciendo a los impulsos que recibe, que sobrevive al individuo del cual emana?

Estos interrogantes suscitan animadas controversias entre los lamas eruditos que, por otra parte, son poco numerosos.

Entre las cuestiones que acabamos de enunciar hay un problema más especial que atañe a los sueños.

Los tibetanos creen que éstos son debidos al deambular del "doble", liberado parcialmente durante el sueño a causa de nuestro estado de pasividad.

Tsong Khapa, reformador del clero tibetano<sup>67</sup> y fundador de la secta de los Guélougs pas,<sup>68</sup> no vacila en afirmar que los actos que cometemos en sueños implican para nosotros, desde el punto de vista moral, las mismas consecuencias que los que realizamos en estado de vigilia.

Otros disienten con esta opinión.

Las acciones cometidas en sueños, sostienen, no implican para nosotros culpabilidad, ni atribución de méritos. Denotan nuestras tendencias habituales, nuestros deseos, nuestros pensamientos en el momento del sueño y reflejan, de múltiples maneras, el contenido de nuestro "yo" íntimo, la composición transitoria de nuestro ser. Examinar nuestros sueños es instructivo y nos ayuda a conocernos.

Pero ¿qué pasa con los actos que cometemos en sueños, con los sentimientos que manifestamos durante el sueño? ¿No tienen consecuencia alguna? Es imposible creerlo.

Nada de lo que aparece o se manifiesta en un plano u otro de la existencia puede ser borrado, aniquilado. Todo se transforma continuamente, nada perdura y, al mismo tiempo, nada se destruye. Los elementos de las escenas que vemos en sueños, los personajes que encontramos, los actos que cometemos son partes de nosotros mismos, vinculadas a las múltiples causas que nos formaron, a las causas que constituirán mañana el nuevo individuo que llegaremos a ser. No es el mismo que el de ayer y no difiere de él.

Ser "responsable" significa ser "causa"... Ser un renacimiento en una serie inmortal de renacimientos.

<sup>67</sup> Tsong Khapa, nacido hacia 1356 en Amdo al norte del Tibet.

<sup>68</sup> Aquellos que tienen "costumbres virtuosas", corrientemente llamados "gorros amarillos" a causa del color de su tocado.

# Capítulo III

La India no ofrece un campo tan sobrecargado de distintas creencias relativas a los modos de perennidad del individuo como el que exploramos someramente en China y el Tibet.

Este hecho se debe, sin duda, a que la naturaleza del Yo cuya perduración todos anhelan es concebido de manera casi similar por la mayoría de los indios, con excepción de la élite intelectual.

La creencia más difundida en la India acerca del Yo, del individuo, es, a primera vista, comparable en cierta medida con la de los catecismos cristianos: "El hombre se compone de un cuerpo mortal y de un alma inmortal."

Sin embargo, el *Jiva*, principio vital que sobrevive al cuerpo, tal como lo interpretan los indios, difiere bastante del alma, y juega un papel distinto. Mientras que, según las creencias occidentales, el alma es creada por completo cuando nace el individuo, el *Jiva* es muy anterior al cuerpo del hombre, a la forma física que el nacimiento introduce en nuestro mundo. En realidad, existe desde un período de tiempo inconcebible y ha transitado, de reencarnación en reencarnación, hasta el momento en que aparece sobre la tierra revestido de forma humana.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Nace por vez primera bajo forma humana, o bien se reencarna muchas veces de esa manera.

La naturaleza de la condición humana que le toca en suerte no es un accidente debido al azar. Es el resultado de una serie de causas seguidas inflexiblemente por sus efectos. Esas causas son los actos físicos y materiales realizados, en el pasado, por los cuerpos (los individuos) que el *Jiva* ha habitado en sucesivas reencarnaciones.

El problema de una justicia retributiva está resuelto también de manera satisfactoria. Las circunstancias felices de que disfruto son obra mía; las he elaborado yo misma, del mismo modo que atraje sobre mí los males que sufro. Ni unas ni otros son consecuencias de la bondad y la voluntad arbitraria de una poderosa personalidad ajena a mi persona.

Los indios no comprenden que los extranjeros no puedan invocar ninguna razón moral para explicar la condición del recién nacido que, de acuerdo con sus creencias, no tiene tras de sí ningún pasado personal. ¿Por qué, preguntan, algunos nacen deformes y otros hermosos? ¿Por qué algunos son inteligentes y otros obtusos? ¿Quién se divierte en crear y arrojar al mundo a individuos que difieren tanto entre sí?

Este concepto de la perduración individual en el pasado asegura a los indios su perduración en el futuro. Durante innumerables períodos de tiempo continuarán existiendo y transitando, con altos más o menos prolongados, por diversos estados de existencia. Por consiguiente, su sed de perennidad tiene ocasión de ser satisfecha. ¿Lo es realmente? De ningún modo.

Sin embargo, esta cuasi-eternidad que se extiende ante ellos aterrorizó a una minoría de pensadores y, desde los albores de su historia religiosa, los indios postularon una detención, un fin para esa sucesión de reencarnaciones.

Los Sabios de la India aspiran a liberarse de ella. Moksha

y Mukti<sup>2</sup> son los nombres dados a esa "liberación". Es el fin que se esfuerzan por alcanzar quienes están cansados de "dar vueltas" en la ronda repetida de muertes y renacimientos.

No obstante, son pocos los que se sienten cansados de la sucesión de esos renaceres reiterados hacia los cuales vuelve a conducirlos cada una de sus muertes. Pueden quejarse de su destino, pero abrigan la esperanza de una suerte diferente, la esperanza de días felices en su vida futura. El pobre paria despreciado se ve convertido en un rico y honrado brahmán; cada uno a su manera, saborea de antemano la realización de sus deseos y, sobre todo, cada uno está convencido de que continuará viviendo, de que no *terminará* para siempre.

En vano los maestros clarividentes denuncian las penosas condiciones entre las cuales transcurre la vida de la gran mayoría de los hombres;<sup>3</sup> los hechos a que aluden son evidentes y todos los conocen pero los aceptan, prefieren someterse a ellos antes que renunciar a vivir una existencia individual, distinta de aquellos que los rodean, antes que renunciar a la tenaz ilusión de ser ese Yo, esa entidad separada, y continuar siéndolo indefinidamente.

Por consiguiente, la reencarnación de Jiva (El Yo) es admitida unánimemente por los hindúes<sup>4</sup> de las clases populares.

<sup>2</sup> Nirvāna.

<sup>3</sup> "¿Cuál pensáis que es, ¡oh, discípulos!, la masa de las aguas del inmenso océano o de las lágrimas que habéis vertido en el curso de vuestro largo peregrinar, deslizándose perpetuamente hacia nuevos renaceres y nuevas muertes, atados a lo que odiáis y separados de lo que amáis? Esa ronda no tiene comienzo ni fin. Inconocible es el comienzo de los seres envueltos en la ignorancia que, impulsados por el deseo, son conducidos hacia los renacimientos, prosiguiendo esa ronda de renacimientos. Así, desde hace largo tiempo habéis sufrido males físicos y dolores morales, habéis abonado la tierra de los cementerios durante suficiente tiempo para estar asqueados de esta existencia, suficiente tiempo para apartarse del camino, para liberarse". (Samyutta Nikāya).

<sup>4</sup> El calificativo de "hindú" se aplica a la religión brahmánica y a



aunque muy pocos son capaces o se preocupan por tener una idea perfectamente clara acerca de ese Jíva que transmigra.

Según la creencia general, el hombre renace en la especie humana, y en un plazo muy breve a partir de su muerte.

No se excluyen los renacimientos en el mundo de los dioses o de los animales, pero sólo figuran en la literatura: en las leyendas y tradiciones.

No es extraño que en las descripciones, hechas por los indios, de la situación del Jíva desencarnado encontremos analogías que recuerdan a las mencionadas en el capítulo anterior en el *Bardo thös tol*. Como dijimos antes, el texto original, traducido al tibetano, era indio.

Sin embargo, las creencias populares indias no presentan prácticamente vestigios de las tendencias filosóficas que se manifiestan en el *Bardo thös tol* a propósito del viaje que el *namshés* —Jíva desencarnado— emprende en el intervalo que separa la muerte del momento de la reencarnación.

Mientras que se exhorta al *namshés* del tibetano moribundo o recientemente fallecido a comprender la irrealidad de las visiones que se le aparecen y el carácter puramente subjetivo del viaje que cree efectuar, el indio, exceptuando una pequeña élite de pensadores, no duda en absoluto de la realidad de las descripciones de sus libros religiosos relativas al deambular del espíritu desencarnado y a los incidentes implícitos en el mismo.

Un breve resumen de esas aventuras permitirá al lector darse cuenta del cuadro que contempla el indio cuando piensa en el destino de sus difuntos.

En el preciso momento de morir, el individuo tiene una

---

sus adeptos. La palabra "Indio" implica nacionalidad: los musulmanes nativos de la India, los budistas, los parsis, etcétera, son indios, pero no hindúes.

súbita visión fugaz como un relámpago, de la Unidad absoluta, de la cesación de todas las distinciones, una visión de la Existencia en Sí en la cual *él es* de la cual *él es*, que *él es*.<sup>5</sup>

Inmediatamente el hálito vital escapa de su cuerpo, dejándolo inanimado.

Comienza el viaje.

El Jíva, arrastrado por seres de formas horripilantes, es llevado ante Yâma, Señor de los Muertos, quien le anuncia el porvenir que le espera como resultado de la combinación de las acciones buenas y malas cometidas, así como de la suma de los pensamientos y deseos que ocupaban su espíritu en el instante de la muerte.

Sin embargo, la sentencia que acaba de oír no es ejecutada en forma inmediata. El relato tropieza, sin duda, con diferentes versiones del viaje por el más allá. He aquí una de las más aceptadas.

El Jíva desencarnado se siente desnudo y hambriento. Se arroja ávidamente sobre las tortas de arroz (pinda) que le preparan sus deudos. Este rito de ofrendas, al que se le asigna gran importancia, recibe el nombre de *shrada*.

Però el Jíva no sólo tiene necesidad de alimentos. Privado del cuerpo material que lo cubría, debe fabricarse un nuevo cuerpo que lo proteja hasta el momento de la reencarnación.

El rito del *shrada* implica, por lo tanto, la ofrenda simbólica de algunos hilos arrancados de la vestimenta de uno de los parientes del difunto, y de algunos de sus cabellos.

“¡Oh, Padre!” le dice el oficiante, “debes quedar satisfecho con esta ofrenda: no nos tomes nada más.”

<sup>5</sup> Es la visión a la que llegaron los Sabios redactores de las Upanisads; la que está expresada en la doctrina del Advaita Vedanta. Véase también el *Bardo Thôds tol*.

Esta orden revela el temor que el muerto inspira a los vivos, a sus parientes. Se considera que su destino es poco envidiable y que el difunto echa de menos la vida terrenal. Querria —piensan los deudos— recuperar el estado que la muerte le hizo perder. Envidia a los hombres que están vivos, desearia apoderarse de su hábito vital y volver a vivir.

Pero si bien los deudos estaban ligados con el muerto por tiernos vínculos afectivos, no están dispuestos de ningún modo a cederle su vida. Se lo vestirá, se lo alimentará en las regiones extraterrenas por donde transita, pero debe contentarse con lo que le han dado y no tratar de apoderarse de nada más.

Una vez concluida la ceremonia, los Padres antepasados son despedidos con respeto y los asistentes al retirarse barren el suelo tras de sí para borrar sus pasos a fin de impedir que el difunto los siga hasta su antigua morada y se reintegre a ella.

Que permanezca en el mundo de los muertos, su presencia entre los seres vivos es indeseable... y temida.

Vimos que los campesinos tibetanos manifiestan sentimientos análogos, aunque de manera más brutal.

¿Cómo es ese mundo de los Muertos donde hacen alto los desencarnados? No hay unanimidad de opiniones sobre el particular o, más bien dicho, se cree que todos los difuntos no habitan en un mismo lugar.

Están previstas ofrendas particulares para los Padres que residen respectivamente en diferentes regiones.

El texto recitado durante el rito del *shrada* es ilustrativo a ese respecto:

“Que aquellos de vosotros, ¡oh Padres! que están aún en nuestro mundo; que aquellos que están en la región

media y aquellos que merecieron beber el amrita<sup>6</sup> puedan todos elevarse a las regiones superiores.

Que aquellos de vosotros, ¡oh, Padres! que tomaron la forma del hálito vital<sup>7</sup> puedan ser purificados. Y que los Padres que alcanzaron el conocimiento de la Verdad puedan protegernos.

.....

Que los Padres, los Abuelos y los Bisabuelos que comieron los alimentos ofrecidos durante el *Shrada* puedan quedar satisfechos.

Los Padres están felices después de haber bebido y comido. Que ellos puedan satisfacerme otorgándome la realización de mis deseos,

Purificaos, ¡oh, Padres! lavándoos las manos<sup>8</sup>

Padres que viven en ese mundo y tienen un cuerpo. Padres que no viven en ese mundo. Padres que conocemos y Padres que no conocemos, participad en este rito sagrado. Que el viento pueda transportar miel,<sup>9</sup> que la miel pueda correr en los ríos.

Que las plantas puedan producir miel.

Que las noches puedan ser dulces como la miel.

Que las mañanas puedan ser dulces como la miel.

Que la tierra pueda ser dulce como la miel.

<sup>6</sup> Bhou, nuestro mundo; Bhouva, la atmósfera, región de los Pitris (antepasados); Svarga, los Paraísos, mundo de los dioses que beben el brebaje de la inmortalidad; *mrita*, equivalente de la ambrosia de los griegos. Es preciso subrayar aquí una contradicción. A pesar de esta bebida de la inmortalidad y de que la longevidad de los dioses es prodigiosa, éstos son mortales.

<sup>7</sup> Prâna.

<sup>8</sup> Como lo hacen los indios después de las comidas, lavándose las manos. Se ofrece agua a los antepasados.

<sup>9</sup> Miel significa aquí un agradable dulzor.

Que el Cielo, Padre de todos nosotros, pueda ser dulce como la miel.

Salutación a la primavera, al verano, a la estación de las lluvias, al otoño, al invierno.

Salutación a vosotros, ¡oh, Padres! dadnos familias numerosas.

Nosotros os damos vestimentas, ¡oh, Padres!

Esa vestimenta es un hilo, cubríos con él."

Por mi parte, agregaré algunas reflexiones de un erudito hindú<sup>10</sup> relativas al *shrada*:

"Es evidente que después de la celebración del rito se ruega a los antepasados que retornen a sus respectivas moradas y que se barre el piso y el lugar donde se celebró el rito, pero la base sobre la cual se funda el ritual es la inmortalidad de Jiva y se supone que cada objeto ofrecido en efígie en el curso de la ceremonia será utilizado por el difunto en otro mundo. . ." <sup>11</sup>

Se cree que durante cierto lapso después de su muerte (generalmente un año), el difunto deambula por la tierra y depende, para alimentarse, de las ofrendas que le hacen, las cuales deben servirle para fabricarse un cuerpo adecuado para residir en el mundo de sus antepasados. Al cabo de un año, el difunto se encamina a la región que le fue asignada.<sup>12</sup>

He citado la opinión de este sabio amigo para sustentar mi

<sup>10</sup> Raj Bahadur Lala Baj Nath. Hoy fallecido.

<sup>11</sup> Una creencia de donde proviene la costumbre de ofrecer a veces a los difuntos alhajas y hasta objetos y mobiliarios reales. Se considera que el difunto recibe esos presentes que son entregados efectivamente a los Brahmines.

<sup>12</sup> Assignada cuando comparece ante Yâma.

sucinta descripción de los puntos de vista y las prácticas hindúes<sup>13</sup> relativas a los difuntos; pero las opiniones y prácticas relacionadas con este tema son múltiples y diferentes, si bien todas se basan en la creencia común en una vida semimaterial de los difuntos en diversas regiones del más allá.

¿Cuál es, realmente, esa entidad cuya vida se trata de preservar? ¿Es el Jîva? Los hindúes lo consideran inmortal, y por lo tanto, no sería menester alimentarlo.

Empero, el Jîva parece haber arrastrado consigo, cuando se separa del cuerpo, a un compañero que es el cuerpo sutil del difunto.<sup>14</sup>

Podríamos designar a ese compañero con el nombre de "doble", a quien ya encontramos en el capítulo anterior. Algunos creen que ese cuerpo sutil, que no muere cuando el cuerpo material perece, acompaña al Jîva hasta el momento en que se reencarna en un nuevo cuerpo, y se reencarna junto con él. Otros piensan que el cuerpo sutil sólo subsiste en aquellos que, en el momento de su muerte, tienen el espíritu colmado de deseos.<sup>15</sup>

La creencia en ese principio sutil y los ritos basados en ella son muy antiguos y el hindú que hoy celebra el *Shrada* no hace más que pronunciar las frases litúrgicas y realizar los gestos que la India vio repetir, idénticos, desde hace tres mil años.

<sup>13</sup> Hindú, indio, véase la nota 4.

<sup>14</sup> El *soushma sarira* que no perece cuando el cuerpo muere.

<sup>15</sup> Los tibetanos exhortan a los moribundos a expresar los deseos que aún anhelan satisfacer, a desembarazar su espíritu de todas las preocupaciones, remitiendo a sus deudos el cuidado de llevar a cabo los actos que ellos mismos ya no podrán cumplir. Es importante que al morir su espíritu se haya liberado de todas las ataduras y preocupaciones. Esto es importante para la existencia futura y lo es también para los vivos a quienes los difuntos podrían importunar a causa de actos que dejaron inconclusos, o que proyectaron y no emprendieron en el momento de abandonar este mundo.

En tiempo de los Vedas, no sólo los indios de las clases populares creían en la existencia de un "doble"<sup>16</sup> asociado con el cuerpo, sino también los intelectuales. La naturaleza de ese "doble" parecía mal definida. Ora se lo confundía con el hálito vital que se manifiesta a través de la respiración, ora con el principio conocedor, pensante: el *manas*.

Sea como fuere, ese principio, sin ser inmortal, sobrevivía a la muerte del individuo y llevaba después una existencia independiente.

Las entidades que nuestros antepasados dejaron tras de sí son los *Pitris* (los Padres).<sup>17</sup>

¿Dónde se encuentran esos Padres? ¿Cuál es su destino en el mundo donde existen?

Conservan su personalidad propia, pero el tipo de esta personalidad no es uniforme. Sin embargo, presentan una característica común: todos tienen un cuerpo y para subsistir, ese cuerpo exige alimento. También reclama vestidos. Privado de los elementos indispensables para la continuación de su existencia el "Padre", que parece empeñarse en conservarla con una firmeza igual a la que manifestamos nosotros mismos, puede convertirse en un fantasma malévolos.

Sin embargo, la antigüedad védica conoció otro mundo distinto del de los *Pitris*. Ese mundo acoge a una cierta categoría de difuntos. Se trata de aquellos que durante su vida en la tierra ofrecieron numerosos sacrificios rituales e hicieron ricos presentes a los brahmanes. A ellos les está abierto el mundo de los dioses.<sup>18</sup>

<sup>16</sup> Sushuma.

<sup>17</sup> Los manes de los griegos y romanos.

<sup>18</sup> Más adelante veremos que el padre de Nachiketa ofrece un sacrificio que incluye todos sus bienes a fin de renacer entre los dioses.

La idea de los tres mundos aparece en la fórmula de renunciación de

¿Cómo es concebido ese mundo? De una manera enteramente material.

Un himno del Rig Veda nos permite entrever esa morada de delicias hacia la cual tendían las aspiraciones de los piadosos hindúes de esa lejana época. Es una plegaria dirigida a Soma, la deidad que personifica la bebida sagrada: el soma.

“El mundo donde brilla el inagotable esplendor, donde se encuentra el sol, haz que pueda residir, ¡oh, Soma! en el mundo imperecedero de la inmortalidad.

Donde está el rey, hijo de Vivasvant, donde está la sólida bóveda del firmamento, donde están las aguas fluentes; en ese lugar, haz que yo sea inmortal.

Donde uno puede moverse holgadamente, en el triple firmamento, en el triple cielo del cielo, donde están los mundos de la luz, en ese lugar, haz que yo sea inmortal

Donde están el deseo y la complacencia, en la superficie del cielo teñido de púrpura, donde está el banquete de las almas y la abundancia de alimentos, en ese lugar, haz que yo sea inmortal

Donde reina la alegría y el deleite, el goce y el goce colmado, donde se alcanzan los anhelos del deseo, en ese lugar, haz que yo sea inmortal.”

Esos huéspedes de los dioses y los mismos dioses se nutren con las ofrendas de los seres vivientes. Su inmortalidad parece ser precaria.

Por otra parte, los goces de los huéspedes, de los paraísos distan mucho de ser siempre de orden espiritual. Se les promete numerosas mujeres y una potencia sexual inagotable.

---

los sanyásins indios que renuncian a nuestro mundo, al de los antepasados y al de los dioses: bhous, bhouvar, sva.



Esta felicidad muy material no es compartida por todos los difuntos. El Mundo de los Padres, el Pitri loka está representado a veces en las Escrituras védicas como una sombría morada subterránea donde no llega la luz del sol, ni la de la luna. Esa descripción se asemeja a la del país de las "Fuentes Amarillas" que encontramos en China. El reino de Hades de la mitología griega era también un lugar oscuro y sombrío.<sup>19</sup>

Al igual que los difuntos admitidos en los Paraísos, aquellos que descienden a la morada sombría llevan consigo su forma semifísica, su "doble", y éste necesita ser alimentado. Un ritual muy detallado indica la manera de ofrecer los alimentos —tortas de arroz y agua clara— y los términos de la fórmula consagrada con la cual se presenta la ofrenda.

La fórmula expresa la creencia de los donantes en el poder que poseen los Padres difuntos para procurarles ventajas materiales o, por el contrario, para perjudicarlos.

A cambio de la comida que les ofrecen, los descendientes piden a los Padres que les otorguen prosperidad, riquezas, una posteridad varonil vigorosa, y larga vida.

No todos los Padres habitan en las moradas sombrías o en los paraísos. Un gran número de ellos flotan en la atmósfera y nos rodean, errando invisibles alrededor de nuestras viviendas, o deambulando en el interior de las casas, entre los objetos que en vida les pertenecieron. Y son mencionados expresamente en el ritual antiguo, como lo son siempre en el ritual moderno del *shrada*.

"Honor a vosotros, Padres que habitáis en el espacio  
Honor a vosotros, Padres que habitáis en la tierra."

<sup>19</sup> Hadès, rey de los muertos, corresponde al Yama de los hindúes.

recitaba el sacrificador hace tres mil años, al depositar los alimentos en los lugares y en el orden prescritos.

Esos Padres, provistos de un cuerpo, tenían necesidades análogas a las nuestras. Por consiguiente, además de las comidas se les ofrecían medicamentos, perfumes, vestimentas e incluso utensilios y muebles, pero todos estos objetos no eran, como en el caso de los chinos, simulacros de papel —monedas, caballos o casas de papel, etcétera— sino objetos reales y concretos. Se presumía que los Padres se apoderaban de sus "dobles", compuestos de una materia sutil análoga a la de sus propios "dobles" y convenientes para su uso. En cuanto a la parte sólida y real, la casa, el mobiliario, etcétera, los sacerdotes brahmanes sacaban partido de ella.

De esos tiempos lejanos data también la costumbre de ofrecer a los Padres un trozo del traje, algunos cabellos o pelos del cuerpo<sup>20</sup> destinados a su vestimenta. El temor que inspiraban los fantasmas de los Pitri semidesencarnados que daban vueltas en torno de los seres vivientes todavía subsiste.

"Aquí tenéis las vestiduras para vosotros, ¡oh Padres!  
no nos arrebatéis nada más para vuestro uso."

repetía el hindú en la época de los Vedas. Y aun lo repite hoy día.

Los Padres que no están sentados en el banquete de los dioses, y quizás aquellos que lo están, echan de menos la vida que llevaban entre nosotros y acechan la ocasión de recuperarla asimilando el principio vital de los seres vivientes. Están dispuestos a convertirse en vampiros. Son temibles, y la gente les tiene miedo.

<sup>20</sup> Comentando este rito, Max Muller observa que sólo era practicado por los ancianos más próximos a la muerte que otros donantes y que temían ser arrastrados por los Padres.

Sus deudos temen que difieran su partida después de haberse saciado.

“Os habéis regocijado, ¡oh, Padres! Ahora alejaos por vuestros profundos caminos.”

Una vez concluido el rito, los asistentes sacuden los faldones de sus trajes, por temor a que algún Padre se aferre a los mismos para quedarse entre los vivos. Después barren el lugar donde se llevó a cabo la ceremonia. Los Padres no deben encontrar las huellas, ya que eso les daría la posibilidad de marcarlas y regresar. Se volverá a llamarlos cuando llegue el momento prescrito para ofrecerles una nueva comida que prolongará su precaria existencia.

Tampoco ellos alcanzaron la inmortalidad en el estado en que se encuentran. Su destino sigue siendo incierto, tanto para los hindúes de los tiempos pasados como para los de la época contemporánea, pero todos confían en las palabras del Bhagavad Gíta: “Aquello que es, no puede dejar de ser”..

Veamos otra descripción muy popular del viaje de *Jiva*, tomada de Caruda Purana.

Cuando el hombre está a punto de morir tiene la súbita visión de la Unidad Suprema.<sup>21</sup> El hálito vital escapa después de su cuerpo y los enviados del Rey de la muerte (Yâma) extraen su *Jiva* del cuerpo. Ese *Jiva* tiene la dimensión de un pulgar.

Los enviados tienen formas espantosas y están armados con lazos y mazas. Profiriendo terribles amenazas arrastran a *Jiva* a lo largo de la ruta que conduce al reino de Yâma.

El *Jiva* está hambriento y atormentado por la sed; bestias

<sup>21</sup> Compárese el *Bardo Thôð tol*, pág. 55 y la descripción precedente.

teroces lo amenazan; los enviados de Yâma lo golpean y lo arrastran implacablemente a lo largo de un camino que ofrece, en forma alternativa, abruptas subidas y pendientes vertiginosas.

A continuación, puede dirigir una rápida mirada al Yâma.

Éste come las tortas y bebe el agua que le ofrecen los miembros de su familia. Sin embargo, todavía no ha podido saciar su hambre y su sed, pero con ayuda de los alimentos ingeridos logra confeccionarse un nuevo cuerpo que se nutre con las ofrendas funerarias hechas, de nuevo, al undécimo y duodécimo día de sus funerales.<sup>22</sup>

Los enviados del Yâma vuelven a apoderarse de él y lo llevan ante el Rey, después de recorrer un largo camino. Durante ese nuevo viaje el Jiva sufre las penurias del calor y del frío y es amenazado por las bestias feroces. Entonces recuerda las malas acciones que cometió en su vida y se aflige por las consecuencias penosas que tuvieron para él. Busca en vano en derredor suyo algún protector que acuda en su ayuda, pero no lo encuentra.

Durante el curso de ese peregrinaje subsiste gracias a las tortas funerarias que le son ofrecidas todos los meses. Al cabo de seis meses llega al borde de un río. Una barca está amarrada a la orilla, pero antes que se le permita ocupar un lugar para atravesar el río debe suministrar pruebas de las buenas acciones que ha realizado. Si no puede hacerlo, será arrojado al agua y arrastrado con un arpón por el río como si fuera un pez hasta la ciudad de Yâma. Ese viaje dura un año.

La ciudad de Yâma tiene cuatro puertas; por ellas entran,

<sup>22</sup> Obsérvese que el prolongado deambular del Jiva que describimos a continuación se cumple en un tiempo muy limitado, como los episodios de los sueños, y al igual que éstos, ese viaje es también subjetivo. En cuanto a las sensaciones que produce, se dice que son experimentadas por el cuerpo sutil.

respectivamente, los hombres que fueron caritativos, sabios y valientes. Por la puerta que mira al sur entran los pecadores.<sup>23</sup>

El Rey de la Muerte está sentado en su trono, rodeado por los sabios, los prudentes, los buenos. Todo es Verdad y Justicia en derredor suyo. La mentira, la injusticia, los sentimientos malignos, no tienen acceso en su Ciudad.

El ministro del rey, Chitrugupta, tiene una Corte personal y ayudantes que registran las obras cumplidas por cada ser humano en pensamientos, palabras y acciones. Se lee la página del registro correspondiente al hombre que comparece ante ese tribunal, después de lo cual se pronuncia la sentencia. El hombre que vivió mal será condenado a sufrir en los mundos inferiores durante lapsos a veces inconcebiblemente largos; pero antes de reencarnarse como persona humana pasará por una serie de reencarnaciones que abarcan diversos órdenes de seres animados.

El Jíva que se encuentra en una matriz humana recuerda las circunstancias de sus vidas anteriores, revive en la memoria sus deseos, sus errores, sus malas acciones, el daño que causó a los demás. Se promete a sí mismo no recaer en los mismos funestos procedimientos, culpables de los tormentos que ha padecido...

El *Jíva* nace, y su memoria se oscurece gradualmente... Luego, al sufrir el efecto de las tendencias que permanecieron incrustadas en él, el efecto de la ignorancia que no pudo vencer, empieza de nuevo a acumular, sin discernimiento, los actos buenos y malos y es transportado en la ronda (el *samsâra*) hacia nuevas muertes y nuevos nacimientos.

<sup>23</sup> El Norte es en la India, como en el Tíbet, la dirección sagrada que siguen los desencarnados para llegar a la morada de los dioses o alcanzar la Liberación suprema "mediante la cual los hombres que conocen al Brahman van hacia el Brahman" (*Bhagavad Gita*, IX, 24). Por el contrario, la dirección sur se considera penosa.

La "ronda" prosigue igualmente para aquellos que durante su vida en la tierra fueron caritativos, justos, etcétera.

Éstos abandonan la Corte de Yâma en suntuosos carros que los conducen a las moradas celestes. La descripción del viaje y de los maravillosos lugares donde habitan llena muchas páginas de la literatura india. Los distintos paraísos están pintados con un lujo de detalles materialistas que revela el apego a los placeres físicos de quienes los imaginaron. Hay allí inmensos jardines donde los bienaventurados y las deidades se recrean y entretienen. Nadie siente hambre, sed ni fatiga. Sólo se oyen sonidos agradables, sólo se aspiran suaves fragancias. La tristeza y la vejez son desconocidas. Las funciones naturales enojosas no se manifiestan. Las guirnaldas de flores con que se adornan los huéspedes de estos felices lugares no se marchitan, etcétera.

No obstante, la permanencia de los *Jivas* en esos paraísos de delicias, aunque medida según nuestra escala podría prolongarse durante muchos siglos, no es ilimitada. Los buenos efectos de los actos que los llevaron a esos paraísos se agotan y sobreviene la reencarnación, con las vicisitudes que ella implica. Los *Jivas* no alcanzaron la inmortalidad.

Sin embargo, los individuos ansiosos de lograr la inmortalidad para sus pequeños *Yo* individuales no se cansan de proseguir sus búsquedas. Sin duda no se cansarán jamás.

¿Qué será de mi "Yo" cuando mi cuerpo deje de existir?  
¿Qué será de ese "yo" que parece distinto de mi cuerpo, que es capaz de registrar las sensaciones experimentadas por éste, que es capaz de compararlas y de razonar acerca de ellas, qué será de ese *Yo*, en fin, con todo lo que ese término implica de indecible?

Vemos que Arthabhāya se inquieta sobre ese particular <sup>24</sup> e interroga a Yajnavalkya:

“Cuando las partes que constituyen el individuo se disuelven, cuando su actividad cesa de funcionar (cuando el hombre muere), ¿qué sucede con su espíritu?”, pregunta.

“Toma mi mano, Arthabhāya”, dice Yajnavalkya. “Vayamos a un lugar apartado. Semejante pregunta no puede debatirse entre la multitud.” Se alejaron, por consiguiente, y conversaron.

Tampoco nosotros sabremos algo más.

El texto continúa: “Hablaron de las obras...” Lo que dicen no tiene ninguna relación con el interrogante de Arthabhāya. “Por las buenas obras uno se hace bueno; por las malas obras uno se hace malo.”

El comentarista Anandagiri sostiene que de manera indirecta Yajnavalkya da a entender que la unión con el Brahman —el Ser Absoluto— que equivale a la inmortalidad, sólo puede alcanzarse por medio de las obras.

De ese relato se infiere claramente que la enseñanza relativa al destino del Jīva después de la muerte era estrictamente esotérica y que los iniciados debían abstenerse de divulgarla en público.

En las mismas Upanisad encontramos el ejemplo de otro encuestador, en este caso una mujer. He aquí el episodio:

El ilustre Sabio Yajnavalkya —más legendario que histórico— resuelve retirarse al bosque para terminar allí sus días, entregado a la meditación.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> *Brihadaranyako Upanisad*, III, 13.

<sup>25</sup> Según el código religioso de los indios, la vida del brahmine se compone de cuatro periodos. Al salir de la infancia, recibía el cordón,

Yajnavalkya tenía dos esposas. Llamó a la preferida y le comunicó su resolución.

—Maitreyi —dijo Yajnavalkya—, quiero elevarme por encima de la condición de jefe de la casa. Por lo tanto, dividiré mis bienes entre tú y Katyâyana.

—Oh, Venerable —respondió Maitreyi— si la tierra entera con todos sus tesoros me perteneciera, ¿llegaría a ser, por ello, inmortal?

Yajnavalkya dijo: —Tu vida será semejante a la de los ricos, pero la riqueza no puede procurarte, de ningún modo, la inmortalidad.

Maitreyi replicó: —¿De qué me servirá la riqueza si por su intermedio no obtengo esa inmortalidad que tú conoces?

Yajnavalkya respondió: —Escucha: Siempre te he querido y lo que me dices te vuelve aún más querida para mí. Ven, siéntate, voy a explicarte en qué consiste la inmortalidad. Trata de comprenderme.”

A continuación sigue un largo discurso. Lo que Yajnavalkya revela a su esposa es la doctrina que más tarde será enseñada por la Escuela del Advaita Védanta y que lo es siempre por los adeptos de esa Escuela: Este Universo y cada una de nuestras almas personales son la Existencia en Sí, el Brahman sin que nadie lo secunde. Saber realizar nuestra unidad esencial con el Brahman equivale a tener conciencia de nuestra inmortalidad.

---

insignia de su casta y empezaba sus estudios. Una vez terminados se casaba y se convertía en padre de familia. En su vejez abandonaba sus bienes y se retiraba a la soledad para entregarse a la meditación. Además, podía más tarde abrazar la vida del *sannyâsin* errante que rompe todos sus vínculos.



Y he aquí la historia de un cuestionador audaz.

¿A qué otra autoridad mejor informada que el propio Rey de la Muerte podría uno dirigirse para recabar datos sobre los misterios del más allá?

Las Sagradas Escrituras de la India conservaron el relato de la memorable plática de Nachiketa con Yâma, que cito a continuación:

“Un jefe de familia, el acaudalado Vajasravana, deseoso de renacer en compañía de los dioses, ofreció todos sus bienes en sacrificio.

Tenía un hijo llamado Nachiketa.

Éste, animado por un sentimiento de inmensa piedad filial, pensó: «Aquel que ofrece semejante sacrificio no debe omitir nada. Si conserva la menor cosa para él, fracasará en un mundo donde reina el dolor».

Nachiketa preguntó a su padre:

«A quién vas a entregarme?»

Vajasravana no le respondió.

El joven repitió su pregunta sin obtener respuesta.

La reiteró por tercera vez.

Entonces el padre, exasperado, le gritó: «Te entrego a la muerte.»

El padre se arrepintió de la promesa hecha en un arranque de cólera.<sup>26</sup> Pero Nachiketa, perseverando en sus sentimientos

<sup>26</sup> Esto nos hace pensar que en la época en que fue redactado este relato, en la India se practicaban sacrificios humanos. En cuanto a la fecha del Katha Upanisad, de donde se extrajo el relato, es muy incierta. Sólo basta recordar los sacrificios de las viudas quemadas vivas en la hoguera donde se consumía el cuerpo de sus maridos, sacrificios que se perpetuaron hasta la época moderna. El último solemne sacrificio humano parece haberse celebrado en Nepal en honor de la diosa Taléjou, hacia mediados del siglo XIX.

de piedad filial, pensó que no convenía que el padre faltara a su palabra.

Y el padre lo envió a la morada de Yâma (lo sacrificó).

Sucedió que cuando Nachiketa<sup>27</sup> llegó ante la morada de Yâma, éste estaba ausente y no pudo recibirlo con el ceremonial prescrito por la ley. Sus ministros le reprocharon su ausencia y Yâma se disculpó ante su honorable visitante.

—¡Oh, Brahmanel un huésped venerable, has esperado tres noches ante mi puerta sin que se cumplieran contigo los deberes de la hospitalidad; por eso te rendimos honores.

Expresa tres deseos. En reparación por las tres noches que has pasado sin recibir una acogida honorable, esos deseos te serán concedidos.

—¡Oh, Muerte! —replicó Nachiketa—, que los pensamientos coléricos de Vajasravana se apacigüen, que su espíritu se calme, que no sienta cólera hacia mí y me acoja como su hijo. Éste es el primer deseo que formulo.<sup>28</sup>

—Por mi gracia —dijo Yâma—, tu padre te recordará con afecto. Descansa en paz esta noche. Tu padre te hará un buen recibimiento cuando seas liberado del mundo de los muertos.<sup>29</sup>

Nachiketa prosiguió:

—¡Oh, Muerte! tú sabes qué es el fuego celeste.<sup>30</sup> Instrúyeme acerca de ese rito. Los habitantes de los pa-

<sup>27</sup> Su espíritu, su Jîva, o su cuerpo sutil.

<sup>28</sup> Nachiketa quiere resucitar, quiere retornar entre los vivos y al seno de su familia.

<sup>29</sup> Cuando tú resucitarás.

<sup>30</sup> Era un rito brahmánico por medio del cual se lograba acceder al mundo de los dioses.

raíces son inmortales.<sup>31</sup> Éste es el segundo deseo que formulo.

—Voy a instruirte —dijo Yâma—. Debes saber, Nachiketa, que el fuego que permite obtener la posesión de los mundos divinos está situado en la cavidad del corazón.”

Y Yâma explica a Nachiketa el simbolismo material del rito brahmánico llamado “el Fuego celeste”. Agrega que en adelante ese rito será denominado el Fuego de Nachiketa.

“He aquí tu segundo deseo, ¡oh Nachiketa! Ahora formula el tercero.”

Lo que antecede es sólo un preámbulo. Nachiketa abordará ahora el tema que le llega al alma.

—Éste es mi deseo. Algunos dicen que hay un principio espiritual<sup>32</sup> que sigue existiendo después de la muerte. Otros niegan su existencia. Quiero saber qué es ese principio, quiero que me instruyas: éste es mi tercer deseo.

—¡Oh, Nachiketa! —respondió Yâma—, desde los los tiempos más remotos los propios dioses buscaron la respuesta a esa pregunta! Es un tema en extremo sutil, muy difícil de comprender. Pregúntame otra cosa, no me obligues a responderte. Libérame de concederte ese deseo.

—Si los mismos dioses buscaron la respuesta a esa pregunta, si, como tú dices, ¡oh, Yâma! es difícil de com-

<sup>31</sup> Gozan, por lo menos, de una longevidad tan prolongada que para la escala humana, equivale a la inmortalidad.

<sup>32</sup> Un Jiva, un alma distinta de los elementos que constituyen la persona, es decir, distinta del cuerpo, de los sentidos, de las facultades mentales, del espíritu. Una suerte de personalidad independiente.

prender, quizá no podré encontrar ningún otro Maestro que no seas tú para responder, y no existe para mí ningún otro deseo más importante que éste.

—Pídeme, Nachiketa, hijos y nietos que vivan cien años, pídememe numeroso ganado, elefantes, caballos y oro en abundancia, pídememe la tierra entera, pídememe vivir todo el tiempo que desees. Si tú conoces cosas aún mejores pídemelas, al mismo tiempo que riquezas y una larga vida. Si quieres serás un Rey que reina sobre la inmensa tierra. Colmaré todos tus deseos. Todos los deseos difíciles de satisfacer: las ninfas celestes con sus carros y sus instrumentos de música. Que ellas te sirvan. Te las entrego, pero no me obligues a responderte lo que atañe al estado de Jíva después de la muerte.

—¡Oh, Yâma! todos esos placeres se agotan. La vida del hombre es breve y con ella desaparecen los caballos y todo lo demás, las danzas y canciones. La riqueza no satisface al hombre; sólo disfruta de ella mientras viva. Guarda, pues, los carros, la danza y la música. El deseo que expresé es el que quiero que satisfagas.

—¡Oh, Muerte! dime eso acerca de lo cual los hombres tienen dudas. Dime qué es el gran «Más allá». Nachiketa sólo desea conocer ese secreto.”

Yâma no consigue vencer la obstinación de su interlocutor. Atado por la promesa que le ha hecho, debe responderle. ¿Qué le dirá?

Su largo discurso, que el Katha Upanisad relata en el maravilloso y cautivante estilo de las antiguas Upanisad, trata la teoría fundamental de la filosofía india: la unidad del Yo

individual<sup>33</sup> y del Gran Todo: la Existencia en que son todos los seres. Todos los seres que son manifestaciones de ese inconcebible *Todo* que los indios llaman el Atman o el Parabrahm.

“—Ellos discuten —dice Yâma— a propósito del Atman. Unos afirman que existe; los otros, que no existe, y no ven que ellos son el Atman.”

¿Nachiketa quedará satisfecho con esa respuesta? No, sin duda. No más que los cuestionarios que lo precedieron y, probablemente, que aquellos que lo sucederán en el curso de los siglos. Pero la India no tiene otra respuesta para darle.

Podríamos examinar rápidamente los métodos que aspiran a obtener, si no la inmortalidad, por lo menos una considerable prolongación de la vida humana.

Todas las Escuelas filosóficas, todas las religiones vieron nacer a su alrededor, ramas divergentes que, a fuerza de interpretaciones y adaptaciones a las tendencias prevalecientes en los medios donde se propagan, llegaron a enmascarar considerablemente el tema inicial de la doctrina madre.

El Yoga detenta quizás el récord de esas “adaptaciones”. Bajo su nombre se elaboraron las teorías y prácticas más diversas, a veces en completa contradicción con la finalidad declarada del auténtico Yoga.

En el espíritu de su fundador, Patanjâli, el Yoga consiste en poner fin al continuo deambular del espíritu.

“El Yoga es la supresión de las fluctuaciones del espíritu, la cesación de las modificaciones del espíritu, *Citta vritti ni-*

<sup>33</sup> O más bien dicho, que creemos individual porque nos engaña una vista y una sensación erróneas. Se trata de reconocer la identidad del Jivâtma con el Paramâtma: el alma individual con el alma universal.

rodha", según la fórmula con la cual inicia Patanjali esta obra fundamental<sup>34</sup> al definir su doctrina.

Yoga significa "unión". La unión tal como es comprendida por el Yoga es exactamente la que procura lograr el Védanta, el cual la tomó de las antiguas enseñanzas de los sabios indios que nos fueron transmitidas por las Upanisads.

Hay razones para presumir que esa enseñanza expresa la concepción que yace en el trasfondo del pensamiento indio: un panteísmo o panateísmo<sup>35</sup> primitivo. No se trata del problema de la inmortalidad individual sino de la eternidad en el inconcebible infinito del Atman-Existencia en el cual nosotros somos, que *nosotros somos*.

Hemos visto que esta perspectiva no satisface de ningún modo a los espíritus deseosos de ser tranquilizados en cuanto la perennidad eterna de su "yo" actual. La reencarnación que aquélla promete por el sistema de "cambios de domicilio" del Jiva les parece igualmente insatisfactoria a causa de los intervalos existentes entre las sucesivas vidas, a causa de la incertidumbre del misterio que planea sobre el destino de su "yo" durante esos intervalos y, por último, a causa de la pérdida mnemónica que priva a los Jivas de la posibilidad de acoplar a su "yo" actual los acontecimientos con que estuvieron mezclados anteriormente; y la misma imposibilidad habrá de repetirse en cada una de las reencarnaciones.

<sup>34</sup> Se puede comparar esta declaración con la del Buda que preconiza la cesación de las "confecciones" mentales (los samskaras) a las que se entrega el espíritu.

<sup>35</sup> Dos filósofos indios contemporáneos: Satischandra Chatterjee y Dhirendramohan Datta escriben al comentar los Himnos 10 y 90 del Rig Veda: "Dios impregna el mundo, pero no está enteramente contenido en él. Permanece fuera de él. De acuerdo con la teología occidental esta concepción es «panateísmo» y no «panteísmo». El *Todo* no es la totalidad de Dios, pero todo está contenido en Dios, que es más grande que ese *Todo*." (*An Introduction to Indian Philosophy*, Universidad de Calcuta, 1944).

Una sección del Yoga, el Hâthâ Yoga, parece tener a disposición de los candidatos a la inmortalidad algunos medios apropiados para conducirlos a su meta. A decir verdad, los tratados del Hâthâ Yoga casi no insisten sobre ellos y pasan prácticamente desapercibidos entre la abundancia de prácticas preconizadas para purificar los centros vitales del organismo y producir la estabilidad espiritual mediante el control de la respiración.

En el comentario adjunto al texto de la autorizada obra de Swâtmarâ Swami, el Hâthâ Yoga Pradipika, leemos:

"Hâthâ es considerado como un nombre compuesto formado por dos sílabas. *Ha* significa la luna y *tha* significa el sol.<sup>36</sup> Éstas corresponden al hálito que se difunde a través de la fosa nasal derecha y la fosa nasal izquierda. El control de la respiración con la finalidad de limitar los cambios del principio pensante es denominado Hâthâ Yoga.

"No sería prudente considerar al Hâthâ Yoga como una simple gimnástica peligrosa, ya que una práctica moderada de esos ejercicios demostró ser eficaz para asegurar una buena salud y la longevidad. El Hâthâ Yoga aporta consigo el poder de prevenir los males físicos y mentales. Su práctica regular actúa sobre el corazón, los pulmones y la circulación de la sangre. Confiere incluso el poder de retardar indefinidamente la muerte. Sin embargo, el verdadero Yogui, que conoce las consecuencias de ir contra las leyes naturales, rara vez ejerce esa facultad."

El Hâthâ Yoga da gran importancia a los ejercicios de control de la respiración en su sistema de entrenamiento psíquico y espiritual.

<sup>36</sup> Reconocemos allí la idea del *Yin* y el *Yang* de la filosofía china.

Como referencia que atestigua la eficacia de esas prácticas, los Maestros que las enseñan citan un texto:

“Brahman y los dioses que se entregan a la práctica del prānayāma se liberaron del temor a la muerte; también nosotros debemos adoptar esa práctica.”

Prānayāma<sup>37</sup> es el nombre dado a una gimnasia respiratoria que se aplica a la inspiración y la espiración y, sobre todo, a la retención del aliento (kumbaka) durante el mayor tiempo posible. Gran número de indios, sea cual fuere la secta religiosa a la que pertenecen, practican todos los días esa gimnasia. Los efectos que esperan de ella son sumamente variados, pero a menudo de carácter físico. Algunos creen, sin embargo, que la retención del aliento tiene consecuencias mentales y espirituales, que conduce a la concentración del espíritu, a *samādhis* extáticos, a “arrebatos místicos”, o confieren poderes mágicos.

Los yoguis vieron en esa gimnasia un medio de suicidarse en el curso de un estado de intensa beatitud producido por el ahogo que, según ellos, obliga al hálito vital a introducirse a través del cuerpo por las arterias místicas, que lo hacen subir hasta el centro superior. “El loto de cien mil pétalos” situado en la parte posterior del cráneo, que figura en todos los sistemas de cultura física de la India.

Empero, antes de llegar a ese centro superior, el hálito ha debido transitar a través del cuerpo por la vía de las tres arterias místicas y tocar los diversos centros vitales. Encontramos aquí una teoría y una práctica análogas a las de los taoístas,<sup>38</sup>

<sup>37</sup> Prānayāma incluye *powata*: la inhalación; *rechaka*: la espiración; *kumbaka*: la retención del aire aspirado.

<sup>38</sup> Véase el capítulo I.



pero en el Hâthâ Yoga no se trata de alimentar el cuerpo absorbiendo el aire e "ingiriéndolo", es decir, de asimilarlo en el curso de su viaje a través del cuerpo. El Hâthâ Yoga imagina esa circulación del aire como una limpieza que desembaraaza a los *nadis*<sup>39</sup> de las impurezas que se oponen a la libre circulación de la energía vital.

Esa purificación actuará sobre el espíritu y lo preparará para alcanzar la iluminación espiritual.

Cualquiera sea la importancia que se da en el Hâthâ Yoga a la gimnasia respiratoria, ésta no es más que una de las variedades de los numerosos ejercicios inventados por los expertos de esta Escuela. La mayoría de esos ejercicios no se relacionan con nuestro tema, la inmortalidad, por lo cual no nos ocuparemos de ellos. Me limitaré a mencionar aquellos que atestiguan la obstinación en la búsqueda de la inmortalidad personal aun por los medios más extraños.

Como ejemplo, veamos el ejercicio de alargamiento de la lengua:

Hay que cortar gradualmente, día tras día, el hilo que sujeta la lengua hasta que ésta se encuentre enteramente libre y pueda darze vuelta de manera de alcanzar la extremidad del paladar y obstruir el orificio del canal que conduce el aire a los pulmones. Por otra parte, la lengua alargada debe tocar el punto situado entre las dos cejas y también las orejas.

Se dice que seis meses de ejercicios cotidianos es el tiempo mínimo necesario para llegar a resultados satisfactorios con esta gimnasia. El yogui que la realiza a la perfección y que es capaz de permanecer, aunque sea durante medio minuto solamente, con la lengua dada vuelta y reteniendo la respi-

<sup>39</sup> Especialmente, en las tres arterias principales de la anatomía mística a lo largo de las cuales se dice que se produce la circulación de la energía vital; denominadas respectivamente: *ouma*, *roma* y *kyangma*.

ración estará libre según nos aseguran, de enfermedades, de la vejez, e incluso de la muerte.

Otro resultado de este ejercicio es descrito como sigue:

“Cuando el yogui ha cerrado el orificio de la tráquea, su simiente no se escapará, aun si se halla en los brazos de una mujer joven y apasionada.”

Observemos que la retención del líquido seminal, así como de la respiración, figura entre los medios que se consideran apropiados para acrecentar la longevidad y conducir incluso a la inmortalidad.

Los Maestros que enseñan el Hâthâ Yoga creen que con la pérdida del semen, al igual que con la respiración, se escapa la sustancia vital del hombre. El candidato a la longevidad se empeña, por consiguiente, en conservarlos dentro de sí para nutrirse con ellos. Con esta finalidad, elabora un complejo sistema de prácticas diversas que comprenden la unión sexual. Mencionamos, entre ellas, las que procuran aumentar la totalidad de la energía contenida en el semen y hacerlo ascender a lo largo del *nâdis* hasta el centro vital situado en la parte superior del cráneo, así como se pretende hacer subir el aire que se conserva reteniendo la espiración en el ejercicio del *prânayâma*.

El Hâthâ Yoga no deja de prestar atención a Koundalini, la energía (la *shakti*) que dormita, semejante a una serpiente enroscada sobre sí misma, en el centro vital inferior situado bajo el vientre. Se indican numerosos métodos para despertar esa energía, “Hacer desenroscar la serpiente”, y obligarla a izarse por las venas místicas hasta la meta siempre buscada: el centro de la parte superior del cráneo.

Se recomienda no tomar demasiado al pie de la letra las extrañas recetas anunciadas en los tratados del Hâthâ Yoga;

muchas de ellas están redactadas en función de imágenes simbólicas, inteligibles sólo para los iniciados.

Según éstos, algunos de los métodos que para el profano parecen aplicarse al cuerpo, atañen en realidad a una actividad psíquica o espiritual y los objetos mencionados difieren mucho de los que llevan el mismo nombre en el lenguaje corriente.

Sin embargo, no puede negarse el hecho de que el Hâthâ Yoga prescribe múltiples ejercicios de índole realmente física y que también son numerosos en la India los adeptos del Hâthâ Yoga que los practican.

Entre los ejercicios singulares citamos los siguientes:

Hacer mover los intestinos para que circulen dentro del vientre y llevar la masa intestinal arriba del ombligo.<sup>40</sup>

Elevar el cuerpo, con las piernas derechas extendidas hacia arriba y apoyadas sobre la cabeza, mientras las manos sostienen las caderas.

Se cree que este ejercicio, cuando se realiza todos los días aumentando poco a poco su duración, permite, después de un tiempo más o menos largo, vencer a la muerte.

Otros ejercicios practicados asiduamente durante años deben conducir, si no a la inmortalidad, por lo menos a una perennidad prolongada y casi indefinida.

Los Maestros del Hâthâ Yoga ponen en guardia a quienes podrían sentirse tentados de utilizar esas prácticas para retardar el momento de la muerte o alcanzar la inmortalidad. Los consideran muy peligrosos para la "salud espiritual" porque contravienen la ley del Karma.

A modo de conclusión yo diría que si bien se oye hablar de Yoguis que en una época incierta, generalmente muy re-

<sup>40</sup> La eficacia de esta práctica parece demostrada para facilitar la digestión y prevenir la constipación.

mota, alcanzaron una longevidad casi inverosímil, no se conoce actualmente ninguno que sea inmortal, a la manera de los Inmortales chinos.

Como complemento útil de nuestra somera reseña del Yoga y las prácticas respiratorias, incluimos dos citas por las que estoy en deuda con eruditos indios contemporáneos.<sup>41</sup>

"Varios Maestros espirituales lograron establecer, mediante esfuerzos que prosiguieron durante millares de años, cinco vías que aspiran a alcanzar la luz primordial. Son las Escuelas filosóficas y de entrenamiento psíquico denominadas respectivamente: Sankya, Yoga, Pasupatam, Pancharatram y Smritimatam. Los fundadores de estas cinco Escuelas reconocieron la importancia del Yoga.

"Se llega al Kumbaka, a la retención total del aliento por medio del control de la respiración (prânâmaya) y, por el Kumbaka, se arriba al laya, es decir, a un estado de conciencia en el cual uno se sumerge en el principio Supremo perdiendo su propia identidad.

"Es casi imposible determinar la época en que vivieron los diversos autores de las obras fundamentales de la Escuela Yoga, pero gracias a experiencias personales es posible asegurar que el poder para alcanzar la etapa del laya es un hecho".<sup>42</sup>

Desde tiempos inmemoriales se practicó el control progresivo de la respiración como medio de alcanzar los diversos fines de la disciplina religiosa, incluida la más alta de esas metas: la liberación de los lazos psicofísicos.

El dominio de la respiración conduce gradualmente al es-

<sup>41</sup> Por la amable mediación de Madame Mira Alfassa, fundadora del Ashram Shri Aurobindo en Pondichéry.

<sup>42</sup> Traducido del tamul por Shri pandit Nilakantha Mahadeva joshi.

tado de samadhi (concentración total de la mente) que es su resultado final.

En los taoístas encierra un sentido cósmico relativo a las producciones y transformaciones de valor cósmico, es decir, la liberación de la pérdida de energía cósmica y el acceso a altos grados de poder psíquico que conducen, finalmente, a la inmortalidad.

El aliento (en esta acepción) no debe asimilarse estrechamente a la función fisiológica de la respiración. El Hálito es la Realidad Suprema, el Movimiento intrínseco, el Poder creador.

Al ejercitar el pequeño hálito mortal y elevarlo al nivel requerido, se puede transformar aquello que es imperfecto, grosero y mortal en nosotros, en algo puro e inmortal.

En todos esos ejercicios es necesario avanzar con prudencia y bajo la dirección de un guía competente. Estas prácticas juegan con dos poderosas fuerzas cósmicas: Vāyu y Agni, el viento y el fuego, y su puesta en funcionamiento podría producir resultados peores que un fracaso, si no se mantienen en el equilibrio deseado.

Agni alumbra y también consume. Vāyu mueve y lleva consigo, pero ¿qué, adónde y hacia qué Fin? ¿Dónde está el Soma<sup>43</sup> que nutre, satisface y realiza?

La ciencia nuclear moderna y sus aplicaciones tropiezan actualmente con un interrogante similar.<sup>44</sup>

<sup>43</sup> Bebida que se ofrece a los dioses durante los sacrificios y que ellos también beben en sus moradas celestes.

<sup>44</sup> Resumen de una nota de Swami Pratyagatmananda, una autoridad en el Yoga tántrico.

# Conclusión

No me considero capacitada para juzgar las diferentes concepciones relativas a la inmortalidad y a los medios para alcanzarla que examinamos en el curso de la rápida reseña que acabamos de realizar. Me limitaré a citar las opiniones de dos hombres de razas y culturas muy distintas y que viven, asimismo, en medios completamente disímiles.

Uno de ellos, un ermitaño contemplativo del Tibet (un gomchén), me habló en una caverna situada en un repliegue de la montaña y arreglada de modo muy precario para que le sirviera de alojamiento.

El otro era un indio erudito, antiguo alumno de una universidad norteamericana.

El primero me dijo:

Aquellos que quieren convencerse de su perdurabilidad fundándose en la creencia en las reencarnaciones y los recuerdos que conservan —o que otros pretenden conservar— de sus vidas anteriores, toman un camino equivocado. Creen que su Yo es un bloque homogéneo, mientras que, como lo enseña el budismo, es un agregado <sup>1</sup> y cada uno de los elementos que

<sup>1</sup> Los cinco agregados físicos y mentales son: cuerpos, sensaciones, percepciones, construcciones mentales (ideas, voliciones), conciencia-conocimiento.

componen ese grupo es esencialmente transitorio y su existencia, momentánea, depende de múltiples causas.<sup>2</sup>

Es absurdo decir *yo soy* una reencarnación de Tsong Khapa, de Srong bstan Gampo<sup>3</sup> o de cualquier otra persona. Sin embargo, los agregados que vivieron bajo el nombre de Tsong Khapa, de Srong bstan Gampo, o de cualquier otro individuo estaban compuestos, como lo somos nosotros, por sensaciones, percepciones y conciencias.<sup>4</sup>

La actividad de esos elementos, como cualquier otra actividad física o mental, engendra fuerzas (energías).<sup>5</sup> Éstas se expanden y cuando encuentran condiciones propicias y grupos (de individuos) receptivos, se incorporan a esos grupos, . . . se reencarnan y prosiguen su vida.

Por consiguiente, no hay que decir: “Yo era Tsong Khapa” o “Yo era Srong bstan Gampo”, pero se puede pensar: “esa percepción, esa sensación, esa toma de conciencia que siento actualmente quizá fueron experimentadas por alguna de esas dos personalidades o por otras. En el momento presente, manifiestan la perduración de su existencia por intermedio del agregado que llamo Yo.

<sup>2</sup> Causas próximas, causas lejanas en el tiempo y el espacio. Causas que manifiestan sus efectos a corto plazo y causas que lo manifiestan tardiamente. Causas directas e indirectas.

<sup>3</sup> Tsong Khapa, el reformador del clero tibetano, nacido en 1356. Srong bstan Gampo, ilustre rey del Tibet, nacido hacia el año 617.

<sup>4</sup> La conciencia significa en el budismo la facultad de tomar conocimiento de un objeto físico o mental que se registra en el espíritu; es decir, un conocimiento que se incorpora a la sustancia de nuestro Yo. Los elementos transitorios de nuestro grupo son capaces de transmitir a sus descendientes las impresiones experimentadas o sus efectos: las modificaciones físicas y mentales que aquéllas pueden implicar. Hay memorias mentales a veces conscientes, a veces inconscientes, y memorias físicas de las que no tenemos conciencia, salvo si nos hemos ejercitado para llevarlas al nivel de la conciencia clarividente. La herencia y el atavismo son formas de memoria.

<sup>5</sup> Shug (shugs) o tsa (rtsal).



Por otra parte, no se trata exclusivamente de huéspedes que nos son transmitidos por nuestros antepasados. Las percepciones, las sensaciones, las conciencias-conocimientos transitan a través del mundo y no son patrimonio propio de ninguno de nosotros.<sup>6</sup>

En esa oportunidad abordé la cuestión de lo "ya visto", la impresión que experimentan algunos de haber estado antes en un lugar o en circunstancias con las cuales no tuvieron sin embargo ningún contacto previo.

Mencioné la opinión, prevaleciente en Occidente, de que la persona que tiene la impresión de haber estado ya en un determinado lugar o en circunstancias análogas se acordaba, en realidad, de relatos oídos o de imágenes percibidas, cuyo recuerdo estaba sumido en su subconsciente.

Quizá sea así, respondió mi interlocutor, pero la "conciencia" de haber estado ya en ese lugar o en esas circunstancias *ha existido*, ha sido experimentada por ciertos individuos, ha podido transmigrar y "reencarnarse" en la persona que la siente en ese momento y manifestarse en forma de recuerdos más o menos lúcidos.

Todo lo que fue, persiste.

El intelectual indio, orgulloso de su educación norteamericana, me dio explicaciones bastante extensas que trataré de resumir:

Es difícil discernir la frontera límite que existe entre lo "viviente" y la materia llamada inanimada. En cuanto al origen de la primera "materia viviente" que se diferenció y se desprendió de la materia no viviente, sigue siendo para nosotros tan desconocido como lo era en la época en que Buda declaraba: "Sin comienzo conocido es el origen de los seres".

<sup>6</sup> Compárese con la teoría relativa al *Aláya vyanana*, el fondo universal depositario de las conciencias.

Empero, hay algo de lo que podemos estar casi seguros y es que las diversas acciones y reacciones que constituyeron la actividad de los seres humanos a lo largo de los millones de años que duró la evolución dejaron, bajo una u otra forma, huellas en la sustancia que compone cada uno de los seres que existen actualmente. Fuerzas activas transmitidas por nuestros antepasados habitan en nosotros, se reencarnaron en nosotros.

No es posible remontar indefinidamente la larga fila de esas reencarnaciones, si bien podemos encontrar en los datos científicos un firme puntal para nuestra convicción. Por medio de la meditación, de la introspección asidua, es dable llegar a discernir, activas en nosotros, bajo la forma de impulsos, de pensamientos, de maneras de ver, la presencia de múltiples personalidades que constituyen nuestro Yo presente y aseguran, por su intermedio, como a su vez lo aseguramos nosotros, al vivir en nuestros descendientes, una perennidad inconmensurable... quizá eterna.

Aquello que es, no puede dejar de ser.

## ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Prólogo .....	9
Capítulo I .....	13
Capítulo II .....	43
Capítulo III .....	117
Conclusión .....	151

Este libro se terminó de  
imprimir el 10 de agosto  
de 1976 en los Talleres  
"El Gráfico / Impresores".  
Nicaragua 4462, Rs. As.